

POLÉMICAS DE LA CIENCIA ESPAÑOLA

¿QUÉ SE DEBE A ESPAÑA?

JAVIER DE LORENZO

Memoria de Grado presentada en abril de 1962 en la Escuela Oficial de Periodismo, Madrid. Fue Ponente D. Emiliano Aguado.

A pesar del tiempo transcurrido, de la redacción, de algunas expresiones que hoy exigirían de bastantes precisiones, lo incorporo aquí, con mínimas modificaciones.

Desde entonces los estudios sobre el tema, antologías, ensayos...se han multiplicado. De haberlos conocido, o no habría realizado este trabajo o lo hubiera hecho de modo muy diferente. Una de sus partes, la última, sirvió de apoyatura para un Seminario impartido en el Curso de Filología Española “Un siglo después del 98”. Univ. Valladolid, Castillo de la Mota, Medina del Campo, junio 1998.

INTRODUCCIÓN

Las Polémicas de la Ciencia Española son reflejo de una división ideológica que se ha mantenido permanente en la sociedad española. Esta división ha tenido su manifestación más clara, como polémica, en las revistas, en los periódicos. En estos medios se ha mantenido. Los brotes de antagonismo se han ampliado, y perpetuado, en libros, folletos, conferencias. Una ampliación que ha sido, de un modo bastante general, posterior a los momentos culminantes de las polémicas, en las que los artículos, los ensayos en las revistas junto a discursos en los Ateneos correspondientes parecían tener su razón de ser casi exclusivamente.

Es por eso que las diferentes Polémicas tienen interés para el periodismo. En él se han forjado. Me atrevería a decir, que ha sido por él por quien han surgido con tan viva luz.

El antagonismo, la división interna se hace latente desde los orígenes del imperio. Va teniendo su reflejo en los distintos escritores, en los distintos momentos que el transcurrir del tiempo iba presentando como coyuntura favorable para la cristalización de las polémicas.

De estas, hay que advertir que se considera como única, como **la** polémica de la ciencia española, la que tiene lugar en el último tercio del siglo XIX. Es por ello que me centre básicamente en la misma y en los entornos que la posibilitan pero que es una más de entre todas las que se han ido estableciendo.

Se caracteriza, el siglo XIX, por un ambiente constante polémico y de permanente situación de guerra civil. Como herencia de finales del siglo XVIII recibió una separación ideológica en dos frentes: afrancesados y tradicionalistas. Los intelectuales europeizantes, modernistas, y los tradicionalistas representantes de lo que consideraban como más auténtica y real cultura, costumbres, ideas de la nación española.

Si el periodismo como tal solo se puede considerar a partir del siglo XVIII, de sus finales, antes de este momento la situación de división ideológica se había reflejado en las

epístolas, poemas... de los escritores del siglo XVII. Es donde se hace problema el hecho España manifestado, básicamente y en un primer momento, en qué debe el mundo, Europa, a España. Y este problema, con sus distintas acepciones, va a ahondar, de modo irrevocable, la escisión de la intelectualidad española.

Porque aunque se hable de *Polémica de la Ciencia*, lo que se debate no son los aportes que los españoles hayan hecho a la Ciencia en particular aunque se cubra todo bajo este rótulo, sino que es algo que se quiere más profundo: el propio ser de España, sus estructuras, sus formas de gobierno, el despotismo político, la intolerancia religiosa, qué forma de gobierno es la más adecuada, su atraso económico e industrial... y hasta termina surgiendo el problema de la raza y, por supuesto, la inferioridad española...

Bajo la pregunta *Qué se debe a España* aparentemente en lo científico lo que se debate es la influencia de la religión, en concreto, de la católica, en las estructuras del Estado. Es el auténtico tema, mientras todo lo demás aparece como marionetas, como telón de fondo; lo que importa es si los gobiernos católicos son aptos como motor de civilización de las naciones, si son aptos para que estas lleguen a ser auténticas naciones capitalistas e industrializadas o si esos gobiernos abocan a las naciones en las cuales imperan a la decadencia y la postración.

Lo que se debate es lo que para algunos es el mantenimiento de una nación -España- en un subdesarrollo cuando otras naciones han logrado pasar a la Revolución Industrial y, para ello, han desarrollado el instrumento básico de la misma: el conocimiento científico apoyado en la técnica. De aquí que la Polémica se inicie, precisamente, en los finales del siglo XVIII. Justamente cuando la Ciencia nueva ha dado paso a la Ilustración y como consecuencia a la llamada Revolución Científica, con lo que se considera progreso de las naciones avanzadas.

Es por ello que las distintas polémicas de la ciencia española, aunque lleven ese título, realmente dejan a un lado el tema, la ciencia, para centrarse en lo que realmente parece interesar: el ser de España y si España ha dado al mundo algo más que la intolerancia, el fanatismo religioso, el despotismo...

Como he indicado, lo que por antonomasia se denomina "La Polémica de la Ciencia Española" tiene lugar en los entornos de 1876, pero no se puede olvidar que aquí se retoman

nombres, preguntas, problemas que se han planteado, ya, en lo que califico de *Primera polémica* que se inicia en 1782, un siglo antes y que se reproduce en una *Segunda* con el discurso de Echegaray en 1866. Tema de Polémica que se prolonga en los últimos años del siglo XIX con la intervención de una serie de científicos y se continúa en los primeros años del siglo XX para seguir en los años cincuenta de este siglo, mezclada con lo que calificar por antonomasia “el problema España”. Un problema en el que se insertan tanto la Polémica como programas sociales y políticos como los regeneracionistas.

El desastre de 1898, centrado en la derrota y abandono de Cuba, conduce a intentos de superación pero también de críticas y de movimientos hasta literarios que plasman su Generación correspondiente. Porque es un momento en el cual, y a través de los periódicos, España está “sin pulso” como afirmará Silvela en un artículo publicado en *El Tiempo* el 16 de agosto de 1898. Francisco Silvela, que será jefe de gobierno el año siguiente, acepta la tesis de que España se encuentra en plena decadencia y aboga por su regeneración obligada en todos los terrenos, desde la educación hasta la industria... Una España sin pulso que se calificará como “España invertebrada” por parte de Ortega quien llega a la contraposición de los pueblos castellanos, casi en ruinas, desolados, con los pueblos de las naciones avanzadas... en los primeros años del siglo XX.

Con ello indico que es tema que subtiende la cultura española durante más de dos siglos, tres siglos. Eso sí, con diferentes fases y matices. Fases y matices que es lo que se va a exponer, brevemente, aquí.

Hay que considerar, por ello, los orígenes de esta situación, de la problemática alrededor de este tema de lo que se debe a España. Sin una visión previa de la configuración social española sería imposible comprender el por qué de las polémicas, las causas de tan desaforados ataques que llegan a rozar y penetrar en las intimidades personales de quienes toman partido.

Un estudio completo de esta configuración general no es de este trabajo. Sin embargo, ciñéndome a la que ha permanecido en la historia como **la** Polémica de la Ciencia Española, creo imprescindible dar un breve esquema de la situación del siglo XIX, ajustándome a un entorno, lo más reducido posible, del año 1876, año en el cual se inicia la polémica.

Insisto en que en este entorno es el periodismo, por antonomasia, el *cuarto poder*. La prensa llega a su más alta expresión como imagen de las distintas instancias, de las distintas corrientes políticas que cubren la escena. Un artículo basta, en algún momento, para provocar una crisis ministerial o una noche trágica como la de San Daniel.

Los gobiernos atienden con temor o recelo la evolución de ese periodismo al que, siempre, pretenden someter. La primera medida que suelen tomar los gobiernos conservadores que consiguen llegar al poder equivale a una supresión, que llega a ser total en algunos momentos, de la libertad de prensa.

Si nos fijamos en la fecha, 1876, se ve el interés, de un modo claro, que la prensa de la recién surgida Restauración tiene para defender o atacar ciertas personas, ciertas ideas, ciertos hechos.

Por otra parte, en el calor de la Polémica surge un nombre. Con él se titulan artículos, con él se vitupera al contrario, con él se intenta presentar a éste ante la opinión no contendiente pero sí polarizada en uno u otro campo, como anti-español o, lo que es lo mismo, anticatólico, anti-tradicional. (Escribo anticatólico, no anti-religioso. Lo español, para cierto sector polemista, el ultramontano o conservador, equivale necesariamente a católico). El nombre, Mr. Masson. Y, Mr. Masson es la *Enciclopedia*. Representa el recuerdo de lo más “abyecto” de otra polémica previa con el mismo fondo, los mismos temas, los mismos insultos. Frente a ese nombre ligado a la Ilustración francesa, los tradicionalistas se apoyan en otro nombre, Menéndez Pelayo.

Por todo ello hay que hacer un breve resumen de los antecedentes de “lo que se debe a España”, antes de enfrentarnos con los antecedentes directos y con **la** Polémica en sí.

La discusión no concluye con el cambio de frentes, con el paso del periodismo al libro. Ni con el paso del tiempo. Ya he indicado la situación que surge con el desastre de Cuba. A la muerte de Menéndez Pelayo vuelve a aparecer pujante –si es que alguna vez desapareció del todo- y con idénticas características e incluso título, que se convierte, ya, en sinónimo del campo de batalla al que concurrir.

Y en los primeros años del siglo XX, en 1913 y en Oviedo, acude al tema un joven matemático, Rey Pastor, que trata de poner una cierta objetividad en uno de los campos centrales de esa Polémica: lo que se debe a España en el terreno matemático, en la misma

línea que en la Segunda Polémica, en la línea de Echegaray. Rey Pastor lo hace, en polémica ciertamente, aunque en medios universitarios que, por supuesto, tendrán su repercusión en el periodismo, aunque atenúa un poco las causas de esa inexistencia.

Lo que interesa destacar es que el periodismo lo refleja y es en el periodismo en el que se intentan dirimir los temas del pasado siglo, de resolver tanto lo que se debe a España como, más básico, el “problema de la decadencia de España”, “el problema España”.

Es preciso indicar, antes de pasar a una exposición de la situación social en el siglo XIX, el origen de la Polémica. También su origen justifica dicha exposición.

En los artículos que D. Gumersindo Azcárate publica en la *Revista de España*, a raíz de las elecciones, populares y libres, en las que el entonces Ministro de la Gobernación, Romero Robledo, hizo triunfar la causa de la Restauración canovista, se afirmaba que la libertad de pensamiento había sido impedida en España durante tres siglos por la Inquisición, afirmación reiterada desde la primera Polémica por todos los liberales.

Y la libertad de pensamiento llevaba inherente el desarrollo de las ciencias positivas o exactas. Y las ciencias positivas, el engrandecimiento y no decadencia de los pueblos que las cultivasen.

Es un pensamiento que se repetido muchas veces desde la Primera Polémica, pero es el ahora da ocasión a los artículos de Menéndez Pelayo que sigue el plan previamente elaborado por Gumersindo Laverde. Es el origen de la Polémica. Es el entorno en el que Pío IX proclama el neo-catolicismo. Y en el ensayo de Gumersindo Azcárate se mezclan: derecho político –surge por unas elecciones para el pueblo, sin el pueblo–, religión –el Santo Tribunal–, las ciencias positivas –en las cuales cierto sector incluye la filosofía–, decadencia y postración de España y tiempo en el que se realiza o verifica dicha postración –siglos XVI, XVII, XVIII–.

LAS PRIMERAS POLÉMICAS

1. Antecedentes

Un inicio: Defensa de España El siglo XVII ve las primeras publicaciones que señalan una preocupación, un tanto pesimista, por España. Hay un evidente contraste entre la juventud nacida en la opulencia del imperio y una madurez que, tras recorrer Europa, se enfrenta con la misma sociedad. La visión de ambas es opuesta, antagónica. Ya perciben la estratificación española en dos capas que se van a hacer irreconciliables: los gobernantes, los gobernados. Al recorrer Europa, ya notan las diferencias de desarrollo entre las diferentes naciones y España.

Si los autores españoles perciben ese antagonismo, esas diferencias, y tiñen sus escritos de un tono amargo, escéptico en ocasiones, también hay autores extranjeros que comienza a transmitir su visión de España. Visión que no se ve mitigada por ningún motivo de tipo nacionalista. Al contrario. Es España, la potencia que domina y combate a Europa. Y, si se puede, hay que denigrarla. Hay que hacer campaña contra ella. Hay que combatirla no solo con las armas sino con las ideas. Para ello, la Península ofrece campo perfectamente preparado. No es preciso inventar calumnias; solo prestar atención y aumentar, escasamente, los defectos.

Si Cervantes se va a doler del estado de nuestros caminos, comunicaciones, posadas, miseria y sordidez en comparación con las de Italia, cómo no van a señalar los extranjeros los mismos puntos, sin mitigarlos con el dolor de sentirlos defecto propio, sino a marcarlo y hacerlo notar aún más como defecto y estado de la nación que los combate.

Sin embargo, la contraposición no va a salir de la queja pesimista, individual; de la advertencia al Gobierno. No va a hacerse polémica con los restantes escritores españoles.

Todavía España se siente con fuerzas y sale al combate con los autores extranjeros. No provoca guerra civil, a la que será tan dada y no solo en el terreno intelectual. Quevedo

se enfrentará con las estructuras interiores españolas. Hará que, incluso, el Duque de Osuna escriba al rey, en marzo de 1611:

Las haciendas y vidas de los pobres, y el patrimonio y justicia de V.M., todo está vendido por dinero, siendo los desórdenes y delitos tan exorbitantes, que en todo lo que yo he andado, y adónde con más libertad de conciencia se vive, no he visto ni oído tal.

Quevedo y la “España defendida” Quevedo ve la necesidad de salir al paso, de combatir a los extranjeros que, según él, difaman a España. Apremia hacer nuestra historia, impedir que la hagan los que tienen otros intereses, los que van a prescindir de toda objetividad en lo realizado por España. Se alza contra lo que considera atonía de nuestro gobierno.

Tenemos, pues, dos cosas que llorar los españoles: la una, lo que de nuestras cosas no se ha escrito, y lo otro, que hasta ahora lo que se ha escrito ha sido tan malo que viven contentas con su olvido las cosas a que no se han atrevido nuestros cronistas, escarmentados de la que las profanan y no las celebran.

“La España defendida” surge por este motivo. Hay que enfrentarse, desmentir a los escritores que, como Mercator, Mureto, Scalígero retratan España y critican el estado de los caminos, de las posadas, del atraso del pueblo en general... Y también hay que hacer la crónica de lo que se ha hecho en España que ni los extranjeros pero tampoco los españoles realizan, y olvidan. Sin embargo, y en el fondo, Quevedo no está muy lejos de la visión que los que cita tienen de nuestras estructuras. Le diferencia de ellos un punto esencial. España es el país de Quevedo y lo que él ama y quiere, con todo su ser.

Los extranjeros señalan una deficiencia que se va a hacer crónica: la Universidad. La ven como lugar donde “se pasaba el tiempo en fútiles cuestiones de sofistas”, donde “apenas se hablaba el latín” y “no se imprimían sus trabajos por falta de un lenguaje en que pudieran expresarse adecuadamente”.

Quevedo ya nota la decadencia, la está sintiendo llegar. Intenta mostrar la gravedad del momento por el que atraviesa España. Desconfía de nuestros propios intelectuales, de su capacidad real. Con la diferencia de que él lo señala para una posible superación, en la misma línea que años antes ha indicado Francisco de Aldana en su *Epístola a Felipe II*. Pero también hace una profecía. Escribe

A la par que España sigue la rápida carrera de su decadencia, va apoderándose de nuestro ánimo un pesimismo desolador. Pronto veremos cómo en el siglo XVIII arraigan aquí las impugnaciones de nuestra cultura, y serán los españoles los que las escriban.

Con Quevedo, inmediato, Saavedra Fajardo, España parece ser defendida de las críticas de los extranjeros. Otros como él vendrán y surgirán en el ámbito nacional. Pero la discusión no se hará ya solamente con los extranjeros. Las polémicas se harán internas, se convertirán en pequeñas guerras civiles puramente españolas, se cumplirá con creces la profecía de Quevedo...

2. La Primera Polémica

La Ilustración va a suponer, para España, auténtico cierre. El triunfo que la razón ilustrada supone no penetra en la Península que permanece aislada de alguno de los logros que esa razón supone. d'Alembert llegaría a afirmar que si se pudieran pasar matemáticos de contrabando a España, los pensamientos claros y distintos, el enfoque racional que esos matemáticos manejan, se extenderían de tal manera que se eliminaría la Inquisición y, con ello, España pasaría a ser una nación de las más adelantadas. Y ya d'Alembert está señalando los puntos que se harán permanentes en las Polémicas: el atraso español debido a que el gobierno está supeditado a la Iglesia, la ausencia de científicos germen del desarrollo de las naciones...

La razón matemática se ha convertido en la clave del método correcto y, por ello, instrumento esencial para cambiar las actividades humanas y no sólo para comprender y explicar la naturaleza; es el instrumento con el que se logra avanzar en el conocimiento de las ciencias naturales y, consecuente, lograr el desarrollo de la sociedad, siempre que se de un gobierno adecuado.

Este es uno de los puntos centrales que se encontrará en todas las Polémicas: el papel de la razón matemática –y como consecuencia de las ciencias naturales- como *el* instrumento no sólo para el conocimiento sino para modificar la actividad humana en general. Lo que se plantea, más en general, es el papel que el conocimiento científico tiene para el progreso y porvenir de las naciones. Un punto que va más allá de la o las polémicas de la ciencia española: será la pugna entre una razón dialéctica y una razón instrumental o formal, entre ésta y una razón vital. Temas que seguirán siendo de constante tensión a lo largo del tiempo, a lo largo del siglo XX.

En 1776 Masson de Morvilliers publica un breve tratado de geografía hispano-portuguesa. En él pone de manifiesto el desconocimiento que tiene de la Península o, más bien, el estado en el que se encontraba una disciplina como la Geografía -no sólo física, sino pretendidamente económica-. Para Masson de Morvilliers, el río Ebro se encuentra en el Mediodía; carecen las catedrales españolas del más mínimo trozo que se pueda citar con elogio, de tomar como posible modelo. Para él, los españoles admiran a Suárez, Molina, Gómez Pereira y otros de la misma “estofa”. España está despoblada y lo está por las bajas que, causa fundamental, provoca la viruela...

Masson de Morvilliers y La Enciclopedia

Y Masson de Morvilliers, a pesar de ese desconocimiento, se muestra como el especialista en la historia y geografía de la Península Ibérica por lo cual será el encargado de escribir el artículo **España**, incluido en la **Géographie Moderne** t. I, pp. 554-68, de la **Enciclopedia Metódica** que aparece en París en 1782.

El Artículo comienza

Uno de nuestros grandes escritores dice que España debería ser uno de los poderosos reinos de Europa, pero que la debilidad de su gobierno, la Inquisición, los frailes, el perezoso orgullo de sus habitantes, han hecho pasar a otras manos la riqueza del Nuevo Mundo. Así, este hermoso reino, que causaba antes tanto terror a Europa, ha caído gradualmente en una decadencia de la que le costará levantarse.

El tema, claro: un reino que fue pero que ha caído en la decadencia absoluta, como ya estaba señalando Quevedo. Y, de modo explícito, Masson apunta unas causas: debilidad de gobierno, inquisición, frailes...

El Gobierno español es débil y paralítico; las ciencias y las artes están absolutamente abandonadas; los generales carecen de toda pericia militar; el clero tiraniza a la nación; en fin, no hay otra cosa entre los españoles que ignorancia, apatía o gravedad ociosa.

Bien entendido que la culpa de la decadencia es, para Masson

acusamos solamente al gobierno: es éste quien en todos los países crea guerreros, sabios, agricultores y hombres. España, esta nación hoy paralizada, tiene necesidad de una gran sacudida que la saque del letargo político en que se encuentra.

Y continuó la lectura porque ahora viene el papel que los Ilustrados asignan al conocimiento científico y al papel de la religión como yugo de un pueblo:

El orgulloso, el noble español se avergüenza de instruirse, de viajar, de tener algo que ver con otros pueblos. ¿Pero las ciencias que él desdeña, las artes que desprecia no son nada para su felicidad? ¿No tiene necesidad de ellas para hacer que los ríos sean navegables y trazar los canales de comunicación con objeto de transportar lo superfluo de una provincia a otra? ¿No

tiene necesidad de ellas para corregir leyes antiguas y ridículas, para perfeccionar su navegación, su agricultura, su comercio; para sus primeras necesidades o para sus recreos, para librarse del yugo demasiado riguroso de los curas, para rechazar los errores peligrosos, de los prejuicios más peligrosos todavía; en fín, para formar legiones en el arte de defenderse y de impedir que lo despoje algún ambicioso vecino?

Masson está dando un canto de la razón tecnológica más que a la conceptual, a su importancia en todos los órdenes de la actividad humana, de la organización social de la misma. Y va a señalar que

El español tiene aptitud para las ciencias, existen muchos libros y, sin embargo, quizá sea la nación más ignorante de Europa.

Y es la más ignorante porque carece de libertad, porque necesita permiso de un fraile para leer y pensar, porque todo libro de un protestante está proscrito por ley, porque

un libro impreso en España sufre regularmente seis censuras antes de poder ver la luz, y son un miserable franciscano o un bárbaro dominico quienes deben permitir a un hombre de letras tener genio.

Cuando todas las naciones intentan emularse por el progreso de las ciencias y las artes, emulándose en cuanto a los descubrimientos que pueden hacer en bien de la humanidad, España se ve ahogada por la Inquisición. Y Masson de Morvilliers plantea estas preguntas que, por su repercusión, soy yo quien las subraya:

Pero ¿qué se debe a España? Desde hace dos siglos, desde hace cuatro, desde hace seis, ¿qué ha hecho por Europa?

Y más adelante

Se han apagado las artes, las ciencias, el comercio. Tienen necesidad de nuestros artistas en sus manufacturas. Los ilustrados están obligados a instruirse a escondidas en nuestros libros. En España no existen matemáticos, ni físicos, ni astrónomos, ni naturalistas.

A pesar del panorama, Masson de Morvilliers hace elogios al pueblo español. Y termina su Artículo con unas frases de esperanza en el futuro del pueblo español, con el explícito reconocimiento de que se han ido produciendo reformas industriales, progreso en general.

Sólo quiero subrayar lo que Masson plantea: unas preguntas, una afirmación, una dicotomía, una tesis:

Las preguntas,

¿qué se debe a España? ¿qué ha hecho por Europa?

la afirmación,

En España no existen matemáticos, físicos, astrónomos, naturalistas

la dicotomía

España - Europa

la tesis

sólo el conocimiento científico, apoyado en la matemática, es el instrumento para la transformación de las naciones, para su progreso y desarrollo tanto material como espiritual

Y las réplicas

Todo hubiera quedado en el vacío más absoluto, como quedó en el extranjero, si al editor Antonio Sancha no se le hubiera ocurrido traducir la Enciclopedia. Esa traducción, con la consiguiente difusión de sus ideas, va a provocar la respuesta a las afirmaciones dadas por Masson de Morvilliers, da paso a la Primera Polémica. Unas réplicas que, sorprendentemente, se van a centrar casi por modo exclusivo en las frases que antes he subrayado:

Pero ¿qué se debe a España? Y en dos siglos, en cuatro, en diez, ¿qué es lo que ha hecho por Europa?

Cavanilles El primero en replicar, desde París, es el presbítero Antonio José Cavanilles, nuestro gran botánico. Publica *Observaciones del abate Cavanilles sobre el artículo "España" de la Nueva Enciclopedia* que aparece, en las versiones francesa y española, en 1784. Un ataque a la Enciclopedia por haber publicado un artículo extravagante que no da crédito alguno a la obra en la que se edita, además de mantener el odio mutuo entre España y Francia.

Lo que hace Cavanilles es retomar, precisamente, las preguntas y la afirmación de Masson. Y trata de responder aceptando que no se tiene un d'Alembert o un Euler, pero viene a recordar que, en España, hay matemáticos como Tosca, como Bails, geógrafos como Subiras, marinos y astrónomos como Ulloa y, sobre todo, Jorge Juan

Nombrando a este último, M. Masson experimentará quizá alguna sorpresa al haber olvidado que España había producido un hombre cuyas obras han sido traducidas a todas las lenguas, y que han sido conocidas ventajosamente en toda Europa.

El Artículo de Cavanilles muestra dos características por las que no cumplirá, de modo perfecto, su cometido. Pero son las que se mantendrán en todas las vindicaciones que se hagan en las distintas fases de la Polémica de la Ciencia Española:

- a. apología de lo que ha hecho España por Europa, por el mundo, y
- b. lista de nombres de matemáticos, físicos, astrónomos, naturalistas...

De la vindicación o apología, nada que decir. De las listas, por muy ilustres nombres que se incluyan en ellas, no dicen absolutamente nada si no van acompañadas de un estudio crítico, comparativo, de lo que de hecho han realizado esos nombres, algo que no se encuentra en el artículo de Cavanilles. La valoración es difícil, ciertamente, pero imprescindible.

En el artículo de Cavanilles falta un tercer elemento porque no acepta la decadencia de España y, por ello, la posible búsqueda de las causas de la misma. Causas de una decadencia que serán las que se acepten también como responsables de la ausencia de científicos en España. En cualquier caso, Cavanilles ha tratado de mantenerse en lo que se estiman ciencias y artes y, por supuesto, ni ve la dicotomía planteada por Masson: si España es o no Europa, porque él está en Europa.

Carlos Denina El 26 de enero de 1786 el abate piemontés Carlos Denina sale en defensa de España. Pronuncia un Discurso en la academia de Berlín, en asamblea pública, en el día del aniversario del rey. Y, casi definitivamente, fija el tema ¿Qué se debe a España?

En este Discurso aparece otro rasgo que se hará común: invertir la pregunta y hacer ver lo que no se debe a Francia, en este caso. Así, se indica que América la descubre un piloto genovés, la imprenta un alemán, los anteojos un italiano, el péndulo un holandés, las leyes de la naturaleza un inglés... Y como ya Cavanilles ha defendido a España dando una relación de autores contemporáneos, Denina va a hacerlo respecto a lo que los españoles han contribuido en las ciencias y las artes durante los siglos que cita Masson. Pero Denina señala de qué ciencias y artes va a tratar:

Para seguir algún orden, hablaré de las ciencias y de las artes en su división ordinaria. Teología, Jurisprudencia, Medicina, Física, Matemáticas, Literatura y Bellas Artes.

Lo cual le permite hacer un canto o elogio de las órdenes religiosas, una defensa de la Inquisición, un ataque a los inquisidores jacobinos, una defensa de la forma de gobierno monárquica... El abate Denina ha querido centrar la Polémica pero, con ello, la ha transformado hábilmente: y de hacer listas vindicatorias de sólo científicos y apología de España la ha convertido en defensa del sistema político y religioso, con lo cual ha ido bastante más allá de lo que Masson y el mismo Cavanilles consideraban 'ciencias y artes'.

Giro clave porque es el que seguirán posteriormente los vindicadores de la Ciencia y el sistema político español.

Giro que pone de relieve otro punto esencial: a qué llamar ciencia. Masson lo había delimitado con nitidez: ciencia es la ciencia natural pero, desde el pensamiento tradicional, ciencia es todo tipo de conocimiento como pone de relieve Denina. Pero, con ello, se plantea, también con nitidez, el valor que pueda darse a la ciencia.

Forner y su Apología En España las *Observaciones* de Cavanilles habían provocado cierto revuelo. Con palabras de Francisco Vera

El griterío que se produjo con motivo de las *Observaciones* de Cavanilles llegó a conmover hasta a los sesudos académicos de la Española, que anunciaron como tema de su concurso para el año 1785 una *Apología o defensa de la Nación, ciñéndose solamente a sus progresos en las Ciencias y en las Artes*, cuyo premio no llegó el caso de adjudicar.

Y aunque no se adjudicara el premio, Juan Pablo Forner es el encargado por Floridablanca de realizar dicha Apología con la correspondiente defensa de la Monarquía y la Ciencia españolas: defensa de la Monarquía como forma de gobierno apta para el desarrollo de las ciencias y las artes. Apología que se publica en 1786.

Forner hace una Apología en toda regla. Y se va a centrar, precisamente, en la tesis de Masson. Frente a ella, y como buen tradicionalista va a sostener dos tesis:

- . el cultivo de las ciencias naturales y de la nueva filosofía es germen de incredulidad y desórdenes sociales;
- . lo que hay que cultivar son las ciencias políticas, teológicas y militares, ciencias a las que debía España, precisamente, su grandeza y su imperio.

Se descartan las ciencias de las que hablaba Masson y Cavanilles y se pasa a mantener la importancia de las restantes ciencias especialmente las teológicas. Una línea que, de modo realmente curioso, retomará Unamuno al lanzar su soflama del “Inventen ellos” que implica que unos –los extranjeros- hagan las ciencias naturales y exactas y otros –los españoles- las de pensamiento y la razón humana y vital. Lo que retomará Laín Entralgo, en el fondo, hace menos de diez años.

Son dos tesis contrapuestas a las mantenidas por d'Alembert, por los ilustrados a lo Masson, y que claramente sitúan las dos perspectivas respecto al valor de la ciencia y las

innovaciones técnicas, las artes, para la vida humana, para el progreso y desarrollo de una nación.

La *Apología* de Forner hace que la predicción de Quevedo se cumpla en toda regla. Concita contra ella, contra su autor, a todos los enemigos del extremeño, que son muchos. Además, se sienten heridos por haber sido Forner el encargado oficialmente de defender España y por los ataques de que se consideran objeto por parte del mismo cuando habla de los españoles superficiales que, en lugar de trabajar seria y objetivamente sobre nuestra historia, la convierten en fábula y cuanto más fábula inventan, más genios se consideran. Finalmente, las dos tesis mantenidas por Forner son opuestas a las que mantienen los ilustrados que, en este caso, son los ilustrados españoles, los afrancesados.

Las réplicas a la Apología son durísimas. Nueva característica, no entran en el fondo de la cuestión planteada. Entran en "el estilo y la persona" como afirmaría Sainz Rodríguez.

Junto a Forner se sitúan tradicionalistas como Estela, Fernández Navarrete, Jovellanos, Campomanes. En el bando opuesto, Iriarte, Vargas Ponce, García de la Huerta, Cañuelo, Andrés Borrego. Este último se destacó por sus sátiras y a él se atribuyen los versos que reflejan la hondura de pensamiento:

Ya salió la Apología
del grande orador Forner;
salió lo que yo decía:
descaro, bachillería,
no hacer harina, y moler.

y, por supuesto, el que se le pagara a Forner por este trabajo 6.000 reales y el producto de la venta de la Apología, que es mucho moler...

Es Cañuelo, en la revista semanal **El Censor**, quien realiza el ataque más duro, quien mantiene la polémica. Todas las semanas publica un *Discurso* en esta revista. Y en el CX, defiende a Masson de Morvilliers, situándose como espectador de este país y admitiendo que nada ha hecho por el mundo, por Europa. En el CXIII, que titula "Contra nuestros apologistas", hace un violento ataque a Forner con unos intentos de precisión:

Pero no confundamos nada: es menester distinguir. Hay ciencias, y hay ciencias; hay artes, y hay artes; y hay modos de contribuir, y modos de contribuir.

Y tras tan rotunda y clara distinción, Cañuelo pasa a admitir que

si se habla de esas ciencias y esas artes que sirven meramente a la gloria de una nación, o a la mera utilidad temporal suya, o cuando más al conocimiento de la verdadera religión, de sus dogmas, de su moral, del espíritu de la Iglesia y del Evangelio, etc; si se habla de unas tales ciencias y artes, digo que es certísimo que ellas nos deben muy poco o nada.

Y Cañuelo reconoce y exige el reconocimiento de que no tenemos ni hemos tenido matemáticos, ni científicos, ni filósofos... Que las ciencias y las artes que España ha difundido por Europa y que, en el fondo, es lo que Europa debe a España, son

el abatimiento, la ignominia, la debilidad, el hambre, la desnudez y todos los demás trabajos de este mundo, que podemos incluirlos todos bajo el nombre de pobreza, la cual, efectivamente, es su verdadera causa.

En contraste y gracias a las ciencias naturales, y en los últimos siglos, las demás naciones se han ido enriqueciendo... Y Cañuelo reitera las preguntas de Masson para admitir que nada se debe a España en las ciencias y las artes.

Enfocada la Polémica como vindicación de nuestros filósofos, matemáticos, físicos, naturalistas por parte de uno de los sectores en lucha para contraponerlos a la despectiva pregunta de Masson de Morvilliers, salen a resurgir nombres y más nombres de hispanos. Hay un campo, sin embargo, en el que el propio Forner ha de reconocer la ausencia de estos: es el terreno de las ciencias exactas y naturales...

Es polémica que permanece hasta finales de siglo. Cañuelo tuvo dificultades con la Inquisición y, tras la Revolución francesa, se establece un endurecimiento en cuanto a las posiciones ideológicas por parte de la corte de Carlos III. Ello hace que cualquier tipo de polémica quede anulado.

Curiosamente, la Polémica que centran Forner y Cañuelo se da en un período en el que, impulsada por Carlos III, hay cierta actividad científica. De modo efectivo aparecen nombres como los aportados por Cavanilles. La Guerra de la Independencia, el reinado de Fernando VII suponen un corte respecto a esas actividades científicas. Un corte que lleva, incluso, al cierre de las Universidades.

Siglo XIX. Segunda Polémica

Y a cubrir este terreno, el considerado de fundamental importancia precisamente por los Ilustrados y en el cual centran básicamente sus ataques, es a lo que acuden los tradicionalistas exaltadores de nuestro pasado, de todo nuestro pasado.

Pero también a buscar motivos de la ausencia de unas glorias científicas españolas se lanzan los pensadores liberales. Doy un salto, aparente, en el tiempo. En un ambiente cargado políticamente, el 11 de marzo de 1866 ingresa en la Real Academia de Ciencias Exactas, Naturales y Físicas D. José Echegaray. Titula su discurso: “Historia de las Matemáticas puras en nuestra España”.

Un matemático: Echegaray José Echegaray, una de las personalidades más brillantes de nuestra cultura, pertenece a la primera generación de científicos formados en las recién creadas Escuelas Superiores de Ingenieros. Con él, aparecen matemáticos como Rey Heredia, Simón Archilla, Lucio del Valle, Gumersindo Vicuña, Eulogio Jiménez... Una generación cuya actividad será básica en el último tercio del siglo XIX. En el fondo, autodidactas o formados en los ‘viejos’ matemáticos como Cortázar, Vallejo, Lista, Odriozola... que fueron quienes elaboraron los programas y organizaron las enseñanzas al re-abrir las Universidades en 1834.

De entre ellos, Echegaray, Eduardo Torroja y Zoel García de Galdeano, constituirán la triada de matemáticos *sembradores* como los denominara Gino Loria en 1919, triada a la que hay que agregar Torres Quevedo, entre otros, porque son los que importan las ideas últimas de la Matemática que se está haciendo básicamente en Francia.

Matemático, pero ingeniero. Quiero decir, no pertenece a la Universidad Central. Matemático que tiene una información rigurosa y al día de lo que hacen los de otros países, especialmente en Francia, con una figura a seguir: Cauchy.

Echegaray, con sus compañeros de generación, difunde en la comunidad matemática española la Matemática que se hacía en Europa. Se convierten en la generación clave para la existencia de una auténtica comunidad matemática española que se va plasmando en el último tercio del siglo XIX. Con una convicción que comparte con todos los compañeros de su generación y que harán suya las sucesivas generaciones: que antes de ellos, nada había; se niega la historia y ellos se convierten en una iniciación, hay una ruptura con todo el hacer científico previo.

Matemático, pero ingeniero y, por lo tanto, aparentemente marginado a los problemas que tiene la Universidad Central. ¿Marginado? Repito el título de su Discurso de ingreso: *Historia de las Matemáticas puras en nuestra España*.

Al fin va a juzgar una parte de nuestra historia científica un especialista en la materia. Hasta el momento, todos los que han intervenido en la Polémica proceden del campo de las letras. Echegaray reúne, al fin, las mínimas condiciones exigibles para poder hablar de ‘nuestra’ matemática. Y, por lo pronto, comienza señalando el motivo de haber elegido este tema, difícil tema, y ello porque

al fin es la ciencia más abstracta que en sus concepciones a primera vista parezca, germen fecundo de progreso para pueblos, enérgico purificador del alma, luz que alumbró a la humana inteligencia con divinos resplandores

Pero hay que delimitar el campo de estudio:

Entiendo por Matemáticas puras la ciencia eminentemente racional, no la Física ni la Astronomía, ni todas aquellas que, si bien acuden al análisis algebraico o geométrico como poderoso auxiliar, son por naturaleza, y por el carácter de los fenómenos que estudian, verdaderas ciencias de observación.

Parecía imprescindible aclarar sobre qué terreno se encuentra uno. Ya he indicado que en la Polémica anterior y en lo que sigue, llega un momento en que no se sabe qué se entiende por Ciencia, por Matemática. Hay momentos en que ciencia llega a confundirse con filosofía, con teología, jurisprudencia y hasta con historia. Y precisamente es uno de los elementos de confusión en los que se mueven quienes polemizan.

Delimitado el campo de estudio, Echegaray comienza por rastrear el origen de la Matemática, sus vicisitudes, los pueblos y razas que la cultivan. Reconoce que España fue el centro del saber en Europa, bien entendido que la España no cristiana, sino la árabe, centrada en las escuelas de Córdoba, Sevilla, Murcia, Toledo. Y viene la conquista. Período en el que, para Echegaray, redujimos a cenizas tanto las bibliotecas como el recuerdo de los geómetras árabes y arrojamos de nuestra historia sus glorias por lo que ninguna puede decirse que nos pertenezca. A partir de aquí, "silencio y soledad" es lo que va a encontrar en su camino de historiador de la Matemática pura en la Península...

Disciplina que, a partir del siglo XV, comienza su andadura en Italia pero pronto se extiende a Francia, Holanda, Alemania, Inglaterra. Y se estudian los dos grandes conceptos que considera básicos de la Matemática: la cantidad y el orden. Y el gran siglo para Europa, tras el brillo del XVI, es el XVII, donde, entre otras cosas, se tiene el álgebra de Vieta, la geometría de Descartes, el cálculo de Newton y Leibniz. Pero

¿qué ha sido para nuestra España?

Echegaray no encuentra nombre alguno en las historias extranjeras que ha consultado. Y se vuelve a las historias nacionales. Acude a la **Biblioteca hispana** de Nicolás Antonio que comprende desde el 1500 al 1700: y allí hay muchas historias de libros teológicos y místicas disertaciones sobre casos de conciencia. Pero sólo se encuentra una página y menguada en la cual

solo halla libros de cuentas y geometrías de sastres.

Y esta es una de las metáforas que será utilizada posteriormente en cuanto al tipo de trabajo matemático realizado por los matemáticos españoles de esta época, en concreto por Rey Pastor...

Ante esta ausencia de matemáticos durante los siglos XVI y XVII Echegaray busca una causa. Se niega a aceptar que los españoles tengan una incapacidad congénita para la ciencia, que sea una raza impotente para el estudio de la matemática pura. Y ello cuando, a la vez, es un pueblo que ha dado sublimes poetas, admirables artistas, filósofos profundos. Y también figuras como Núñez, Omerique, Jorge Juan. Hay que buscar las causas para que puedan evitarse en el futuro, para que no siga impidiendo esa ausencia,

para que llegue al fin el día en que se borre la mancha que en el siglo XVII, siglo de despotismo y de la intolerancia, cayó sobre nuestra historia.

Si esto ha ocurrido en el XVII, lo mismo en el XVIII donde Echegaray reconoce la existencia, en España, de Ulloa, Jorge Juan, Císcar, ninguno equiparable a los matemáticos continentales... Y ante un panorama como este Echegaray afirma, entre otras cuestiones,

Angustiosas reflexiones se agolpan en mi mente al recordar este nuestro lastimoso atraso, y atraso crónico, en uno de los ramos del saber que más glorias han dado a la época moderna, y que tanto contribuye a vigorizar las más nobles facultades del alma; al ver cómo pasa un siglo y otro siglo, el XVI, el XVII, el XVIII y ni un sólo geómetra español aparece, no ya en primera línea, que fuera mucho pedir para tan gran postración, pero ni aún en segunda siquiera; como si viciada esta raza durante siglos enteros, necesitásemos siglos también para arrojar el virus que en nuestra sangre inoculara una generación ciega y fanática.

Evidente, para Echegaray, el atraso, la absoluta inexistencia de matemáticos en España a lo largo del XVI, XVII, XVIII. Sólo ahora, desde pocos años antes, hay un apunte de esperanza gracias a la creación de las Escuelas de ingenieros, de las Facultades de Ciencias. Esperanza para el porvenir siempre que se eliminen las trabas y se conquiste la libertad filosófica, que es la libertad del pensamiento.

En cuanto a su discurso ha de reconocer que no es el de la historia de la ciencia en España porque

mal puede tener historia científica, pueblo que no ha tenido ciencia. (...) no es la historia de la ciencia, aquí donde no hubo más que látigo, hierro, sangre, rezos, braseros y humo.

Echegaray, con énfasis, exclamará

la ciencia matemática nada nos debe: no es nuestra; no hay en ella nombre alguno que labios castellanos puedan pronunciar sin esfuerzo.

Y lo que Europa debe a España, nada. Y ello porque

Es triste ver cómo con nuestro despotismo político y con nuestra intolerancia religiosa, no contentos con ahogar al genio en nuestra patria, íbamos por Europa aventándolo con nuestros sangrientos pendones.

Las causas, claras: despotismo político, intolerancia religiosa, y braseros y humo o Inquisición...

Echegaray también hace una precisión: la Matemática pura debe cultivarse por ella misma, por el amor a la verdad y no por su utilidad. Y aquí va a la tesis de Masson directamente:

¿La importancia de la ciencia reside sólo en sus aplicaciones, o a más de estribar en ellas, depende del valor que la ciencia tenga por sí misma, dado que tenga alguno?

Y plantea una tesis: la ciencia es lo más útil que hay y no sólo de manera indirecta por sus aplicaciones en la industria material en la que "rechinan las fábricas, silba la locomotora, hierve el vapor", sino por una aplicación directa, la de satisfacer el ansia de verdad que tiene el individuo:

Esto no excluye la aplicación práctica de la verdad abstracta; más bien puede aquí decirse: "Amad a la ciencia por la ciencia, a la verdad por la verdad, que el resto se os dará de añadidura".

Las verdades ideales de las matemáticas son tan reales, más reales, si me es permitida esta frase, que las del mundo físico...

Las preguntas de Masson de Morvilliers, contestadas por un especialista en la materia quien ha fijado, además, los siglos de decadencia y postración: los siglos XVI, XVII y XVIII, aquellos en los que se provoca la Revolución científica. Ha buscado unas causas que se resumen en la metáfora "látigo, hierro, sangre, rezos, braseros y humo", en otras palabras, la Inquisición, los autos de fe...

En su respuesta al discurso de recepción, Lucio del Valle acepta la tesis de Echegaray

pues que el atraso de las ciencias matemáticas en nuestro país durante los siglos XVI, XVII y XVIII es un hecho real y positivo (p. 117)

pero reconoce que, al menos, hubo matemáticos de cuarta fila

Ciertamente que no podemos citar nombres dignos de figurar al lado de los de Newton, Descartes y Leibnitz; pero los hay que merecen respeto, y que prueban que hubiera podido nuestra patria llegar adonde han llegado otras naciones, a encontrarse en circunstancias favorables para ello (119)

Débilmente, Lucio del Valle también asume la existencia de circunstancias no favorables. Que son, naturalmente, el despotismo político y la intolerancia religiosa encarnada en la Inquisición. Como al final del discurso de Echegaray, también ve un horizonte más claro y Lucio del Valle sostiene

Yo conozco, como mi amigo Echegaray, gran adelanto en España de unos treinta años a esta parte.

Adelanto gracias, justamente, a la creación de las Escuelas Especiales. Son ellos, los de las Escuelas, los adelantados de vanguardia de las matemáticas y las ciencias en general, y no las Universidades, centradas más bien en lo teológico, lo literario y político.

La Polémica Las réplicas a Echegaray no se hacen esperar. El 17 de marzo, el periódico *Las Novedades* incluye un violento artículo, anónimo, aunque atribuido por Francisco Vera a Felipe Picatoste, donde se afirma

La gran desgracia de este país consiste en que sus hijos, lejos de defenderle, le acriminan; lejos de glorificarle, le culpan y ayudan a renegar de un pasado en que hay seguramente mucho bueno que nos es desconocido, porque no queremos conocerlo.

En concreto y refiriéndose a Echegaray, "profundo matemático, elegante escritor y distinguido ingeniero" indicará que

esas mismas razones nos obligan a exigir del Sr. Echegaray lo que las ciencias y el país tienen derecho a esperar de sus méritos, y no lo tienen ciertamente para esperar un discurso en que maldiga de la ciencia patria y de su historia.

Y el anónimo autor desempolva la pregunta realizada por Masson ochenta años antes y pasa a contar la respuesta de Denina, de la que extrae algunos párrafos. Recuerda la Revista *El Censor* en la que se publicó

un artículo, del cual parece glosa el discurso del señor Echegaray

y la contestación al mismo de Poinset, en París, con el título **Lo que Francia debe a España en artes y ciencias**. Pero no entra en el tema. Reconoce

Nuestro objeto es solamente protestar contra el espíritu de un discurso que creemos muy inconveniente, y aun poco exacto en algunas apreciaciones...

En cualquier caso, el recensionista ha escogido la figura de Masson y, de manera indirecta, ha equiparado a Echegaray con la misma.

Antonio Sánchez Pérez publica, mes y medio después, dos artículos más contra Echegaray. Escribe:

discursos de esta naturaleza se hacen fácilmente, sin conocer mucho ni poco la ciencia cuya historia se pretende bosquejar.

Y él mismo, para no ser cogido con su propio argumento, saca un geómetra, que ya ha salido: Jorge Juan. Su labor crítica es tan floja que, después de leer el artículo, la sensación sigue siendo la misma. Jorge Juan era un genio reconocido por toda Europa. Pero ¿en qué era genio? ¿dónde y por qué ideas o métodos nuevos lo reconoció Europa? No hay respuesta. Se debaten las superficies, sin penetrar en la auténtica historia.

Echegaray ha insistido en los temas de la Polémica: inexistencia de matemática con unas causas, despotismo político, intolerancia religiosa con la Inquisición, y la aceptación, ya generalizada, de la decadencia de España y de que Europa, en este terreno, nada nos debe. Es aceptar la posición de Masson, de Cañuelo... Se acepta la tesis de que son las ciencias, y en concreto las Matemáticas, la clave en el progreso de una nación, pero no sólo en el progreso material sino espiritual.

Pero cabe una pregunta: en las circunstancias en las que Echegaray pronuncia su discurso de ingreso, ¿se limita a hacer historia de la Matemática en España o está describiendo lo que en su entorno se produce: despotismo político, intolerancia religiosa? ¿Hace historia de la ciencia o política inmediata, con un compromiso claro por una de las posiciones en disputa?

Simultánea: otra campaña periodística Y ello porque esta Polémica se enlaza en el tiempo con otra campaña periodística. Desde 1857 la prensa tradicionalista ataca de modo permanente a Sanz del Río y su ideología krausista. Sobre todo desde el Discurso de inauguración del curso académico 1857-58. Los ataques más fuertes los desencadena el periódico carlista *La Esperanza* de Pedro de la Hoz y van firmados por Ortí y Lara, Torre Vélez... Tampoco se quedan atrás los que representan a los denominados neo-católicos, luego llamados ultramontanos, y que son periódicos como *El Pensamiento Español*, *La Regeneración*...

Al ser incluido en el Índice el libro de Sanz del Río **El ideal de la humanidad**. en 1865, los ataques alcanzan un punto culminante:

Y la campaña, ahora, vino a degenerar, de intelectual, en político-religiosa, acabando por tomar carácter puramente pasional en los artículos sobre los “Textos vivos” con que algunos periódicos, en particular *El Pensamiento Español* (.) pedían fuesen expulsados de la enseñanza ciertos profesores tachados de heterodoxia y especialmente Sanz del Río. La persecución adquirió “estado parlamentario” con una interpelación de D. A.M. Luarda, en el Congreso. (*B.I.L.E* “En el centenario de Sanz del Río” por *un discípulo* (¿Giner?), nº 653, año XXXVIII)

De hecho, la expulsión se llevó a efecto en 1867, justamente el año anterior al discurso de Echegaray. Pero los ataques se hacían a Sanz del Río no por él, sino por lo que representaba de anti-español, anti-católico... La expulsión de sus cátedras afecta desde Castelar por su artículo “El rasgo” en 1865 hasta Fernando Castro, Salmerón, Sanz del Río... Se está en vísperas precisamente, de la Revolución de septiembre en 1868, de la instauración de la Primera República...

En cualquier caso, la Segunda Polémica de la Ciencia Española, la campaña periodística contra Sanz del Río y el krausismo nos dan los precedentes inmediatos de lo que se va a considerar *la* Polémica de la Ciencia Española. Ya han surgido los sectores en que se van a mover los actores principales, las ideas con las que se va a actuar, las acusaciones y defensas correspondientes. Falta el momento histórico adecuado que será 1876.

1876: LOS ENTORNOS DE LA POLÉMICA DE LA CIENCIA ESPAÑOLA

El siglo XIX es una época conflictiva al igual, en el fondo, que las anteriores. España aparece dividida, de manera radical, en dos bandos: liberales, tradicionalistas. Y a lo largo del siglo se tienen, al menos, dos polémicas en torno al mismo tema: lo aportado o no por España en las ciencias y las artes. Conviene, por ello, situar aunque sea en esquema, la situación social, el papel del periodismo como cuarto poder.

Situación social

Lo que se tiene es que el siglo XVII ve una grave crisis económica. La sufre toda Europa. El reinado de Felipe III es el eje de un cambio en la coyuntura económica española. Pero España ha llegado a ser la nación más poderosa de la Tierra. Ha estado en el poder más global. Y el poder la vuelve conservadora. Sus estructuras le han permitido alcanzar la hegemonía. Y las petrifica. Las naciones contemporáneas avanzan por los caminos, entonces revolucionarios, de las ciencias positivas. España pone de manifiesto la impotencia política de sus dirigentes, que llevan a la descomposición social, solo igualada en pocos momentos posteriores de la evolución histórica, al pueblo español.

El hecho en sí de que pase a ser una potencia de segundo orden en menos de un siglo y, más rápidamente aún, a ser una nación a la que Europa puede olvidar, y olvida, es un hecho que, en las circunstancias en que la casa de Austria dejó el gobierno, tenía que ocurrir indefectiblemente. Señalar una fecha, una circunstancia, es sólo un accidente histórico. Una “batalla de Rocroy” se cernía sobre la nación española, y ocurriría más tarde o más temprano. El nombre Rocroy es el accidente histórico.

La petrificación de estructuras lleva a la postración y derrota. España cierra sus fronteras a las ideas de revolución o simplemente de reformas, al espíritu del siglo. Pierde el sentido de lo actual.

La Reforma pasa junto a España, dando un impulso al resto de naciones, pero España no quiere enterarse. Recientes estudios sociológicos han puesto de manifiesto la íntima relación con que protestantismo y capitalismo en su forma anglosajona se han unido. El primero se hizo imprescindible para el nacimiento del segundo. España, desde el catolicismo, combatió la Reforma. Se mantuvo alejada de cualquier forma de capitalismo. Pero sin estructuras a cambio que la mantuvieran a la altura que el azar histórico la había llevado.

Causas posibles de la decadencia son varias. Demográficamente España está despoblada. La agricultura, atrasada, sufre los estragos del latifundismo, del constante aumento de manos y tierras muertas. Industrialmente, se carece de capacidad productiva. El pueblo, agobiado por los impuestos que solo caen sobre él, encuentra dos caminos fabulosos para escapar de los mismos: milicia, clero. Además, en ambas clases, preponderantes, pueden llegar a alcanzarse puestos importantes en la sociedad, en la corte.

Se desprecia el trabajo, que es un castigo divino. No hay forestación. Plata y oro no preocupan a la corte más rica que haya tenido nunca España. Las posesiones americanas cubren este sector. Todo se reduce a importar. Aquí no se trabaja, al menos las clases dirigentes, y se vitupera al trabajador, por no ser hidalgo.

Demografía Causas y efectos se mantienen de modo constante en España. En el entorno que aquí interesa, en 1884 se publica en Madrid el Tomo II del Censo realizado a 31 de diciembre de 1877. Este censo de población, según empadronamiento hecho por la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, da como cifra para la población total de España la de 16.634,345.

La gran masa es agrícola: 5.045,154. En esta cifra se incluye la profesión de ganadería e industrias derivadas de la misma. Representa el 30,33 % del total.

A su lado, la industria fabril, minera y derivados, la industria propiamente dicha, ocupa solamente a 212,940 españoles, lo que equivale al 1,28 %. Mientras, el comercio, que

ocupaba a extranjeros en su mayoría, sobre todo en nuestros puertos, daba trabajo a 135,980 y los transportes a 160,735 españoles.

En contraste, ejército y armada regulares tenían a su servicio a 163,923 hombres de modo permanente, a lo que habría que añadir las constantes quintas forzosas que tenían que realizarse por causa de las permanentes guerras civiles. Además, 406,767 españoles se incluyen en servicios personales y domésticos.

Estas cifras no son expresivas solamente por sí, en sentido absoluto. La densidad de población resultaba del 36,8 habitantes por km². Mientras, la de Europa variaba desde Francia, con solo 72,69 a Bélgica con 175,88.

Además, esta población se encontraba con una absoluta falta de uniformidad en su distribución. Sur, meseta y oeste mostraba mínimas cifras, como Cuenca en que la densidad de población era de 14 habitantes por km².

Situación agraria Esta mala distribución, con mínimos en las zonas fundamentalmente agrícolas, hacía que la agricultura diera rendimiento mínimo. Al cultivo de tres hojas y a los procedimientos rudimentarios del labrador español –y no sólo a las inclemencias del clima– se agrega el que sólo el 51 % de la tierra cultivable se hallara en explotación.

La mala distribución, los latifundios constituyen un problema ante el cual los gobiernos fracasan porque tratan de mantener las mismas estructuras que pudieran ser válidas siglos antes, pero que ya no lo son. El obrero del campo tiene que huir de su tierra. Marcha en emigración al extranjero, emigración que sufre un extraordinario aumento con la Restauración, o marcha a las ciudades. Intenta huir de las tasas de salarios, ridículamente bajos, de la distribución de la propiedad, de los problemas que la sequía o la riada plantean todos los años, de permanecer en paro forzoso, sin trabajo y sin paga, las dos terceras partes del año.

Esta era la situación de los braceros. Pero también lo era la de muchos pequeños propietarios que, lentamente, iban desapareciendo. Se acentuaba de un modo permanente, la radical separación entre latifundistas, terratenientes absentistas, y el auténtico trabajador campesino. Los pequeños propietarios no tienen razón de existir. Mientras el gran propietario vive o bien en la corte o bien en Sevilla, su representante labrador o arrendatario lleva los problemas de la finca. Es él quien hace trabajar a los braceros; quien se va a

convertir en nuevo gran propietario. El caciquismo alcanza una de sus más altas cotas a partir de 1876.

Situación administrativa El problema del campo, de la agricultura y el reparto de la propiedad es un problema que permanecerá, al parecer irresoluble. Pero es el que dará repentinos destellos, los destellos de problemas urgentes cuya solución se trata de aplazar o de ocultar.

La pequeña burguesía cuya vida era tan sórdida como la del proletariado, se ligaba a la suerte de los militares, de las personalidades ministrables, y a esa personalidad unían su suerte. Ya sabían que ese militar o político, una vez conseguido el favor real o el del primer ministro, los llevaría consigo. Los colocaría en los puestos que antes ocupaban los empleados del ahora militar o político en desgracia, empleados que pasaban a la posición de “cesantes”. Cesantía que terminaría con la vuelta al favor real del ahora caído en desgracia.

Toda la administración, de esta forma, mantenía una continuidad absoluta. Lo que hacía que cada cambio de gobierno y administración hicieran resentir de modo lamentable – si en el estado en que ya se encontraba el país podía resentirse aún más- a toda la nación española.

No se trataba solamente de la suerte y hambre de los empleados públicos encuadrados oficialmente, y que por el censo de 1877 sumaban 90,984, de los que sólo eran hombres 85,947. Se trataba de la Administración total de España.

Por fin, en 1867 se consigue llevar un Proyecto de Ley de empleados de la Administración Civil a las Cortes. En ese Proyecto se intenta suprimir las repercusiones que sobre dichos empleados ejercían los vaivenes de la política. Proyecto de Ley, se quedó en Proyecto.

Situación industrial La situación de la industria es parecida. Sin embargo es un sector en el que surge un cierto aumento económico español. De los 212,940 obreros en 1877 se pasa a los 243.867 en 1887. Ahora bien, este aumento en el número de trabajadores va acompañado de una funesta distribución por la superficie de España.

La industria se va a localizar básicamente en dos regiones. Solo Vascongadas y Cataluña van a contar con 118,000 de los obreros. Dos regiones, y no precisamente de extensiones las mayores de España, van a agrupar más de la mitad de todos los obreros

industriales. Este aumento y localización industrial se presentarán al final como realmente catastróficos. Al continuar progresando, sin arreglo de las estructuras básicas, se irá ahondando el antagonismo, que no tardará en presentarse, entre la ciudad y el campo, entre determinadas ciudades y zonas y el campo, el resto de España.

Si los braceros de Andalucía y Extremadura permanecen 142 día hábiles del año sin trabajo, y cuando lo tienen su jornada es de 12 horas o más, por una ridícula paga, el obrero industrial trabaja en condiciones que no pueden ser consideradas más halagüeñas.

La jornada oscila entre las 10 y las 11 horas. Vive en barracones que reúnen pésimas condiciones higiénicas. Solo los capataces, directores, sacerdotes y militares que los protegen, pueden sentir envidia de esas condiciones. Los obreros carecen de libertad de compra. Los alimentos y vestidos solo pueden adquirirlos en aquellos almacenes que los capataces tienen o quieren. La paga suele estar gastada antes de ser cobrada.

Naturalmente, el trabajo se resiente; la disciplina, en el rigor de la palabra, carece de sentido. El rendimiento es bajísimo. Se hace proverbial el cigarrillo entre golpe y golpe de pico.

Y, sin embargo, el proletariado campesino abandona el campo para venir a esta zona donde, al menos, come durante todo el año.

A pesar de los gobiernos, en España se produce una incipiente corriente industrializadora que permite el establecimiento del ferrocarril y que obliga a desarrollar la industria del acero con sus altos hornos, por ejemplo. Lo mismo ocurre con el proceso de industrialización textil con sus pugnas contra el trabajo artesanal...

Antagonismo Pueblo-Parlamento Estos problemas, los problemas fundamentales de una nación, preocuparon a los distintos gobiernos de Madrid, al Parlamento. Hubo algunas discusiones en este que llegaron incluso al máximo acaloramiento oratorio. Sin embargo, poco es lo positivo, pocos son los hechos, pocas las soluciones realistas que se llevaron a la práctica.

El aspecto general del siglo en estos entornos y años posteriores, es el de una separación en dos distintas capas de la sociedad española. Separación existente en todos los países. Separación que aún permanece en algunos. Y que suele estar motivada por unas razones lógicas de tipo económico. Pero lo característico de España es que la desconexión

entre el pueblo y las oligarquías que manejan el Parlamento, lleve implícita un desconocimiento absoluto, total en cada clase de lo que conviene hacer, como tal clase, y de lo que motiva los actos de la otra.

El antagonismo Pueblo-Parlamento es un antagonismo no solo de intereses económicos, sino de desconocimiento. Hasta cuando durante la Primera República se habla por y para el pueblo, esa falta de realidad, de visión de los problemas fundamentales, queda completamente patente.

El Parlamento, las Cortes españolas, se baten en el más completo vacío. Se las ve actuar, legislar, clamar y emplear palabras que, en ocasiones, constituyen discursos magníficos, gloria de la oratoria hispana. Pero aparte la intrínseca belleza de las palabras en sí, solo el vacío. Se habla de un pueblo al que no se conoce. Se gobierna a un pueblo al que se niega la existencia. Se legisla para un pueblo, y todo queda en la *Gaceta*. Unas bellas marionetas, algunas verdaderamente excepcionales, actuando en el más completo desconocimiento de la realidad española, con total desasimiento de esa realidad a la que dicen representar.

D. Vicente Gay, catedrático de Universidad, atribuía las causas y efectos de este desconocimiento de los problemas fundamentales del pueblo, de la nación española que tenían los diversos gobiernos, a la ausencia de datos. Ausencia que llegaba a ser preferible, en algunos momentos, a los datos oficiales que solían contener siempre más de una contradicción entre sí. D. Vicente Gay escribía:

En el momento actual, no hay para nosotros otra política posible que la de caminar a la gracia de Dios, o dejarnos guiar por los falsos proyectos de vagos ideales, porque la actividad de los partidos políticos no se esfuerza en ir más allá de vanas rivalidades oligárquicas... Será así, en tanto nos faltan los elementos de conocimiento complejos de las masas. En las tinieblas, no es posible hacer política nacional. No hay otro remedio que abandonarse al azar o a la improvisación.

Y al azar y a la improvisación se abandonan los distintos gobiernos que se van sucediendo. Mientras, el pueblo permanece al margen, observando con total indiferencia. Se ha dicho que esto constituye la atonía del pueblo español. La historia suelen escribirla, hacerla, los que están junto a las marionetas.

Solo existe una preocupación que parece unir de modo total a los distintos gobiernos que se suceden: cerrar el paso a la revolución. Un gran amigo de España, y de Cánovas, el francés Gastón Routier, escribía:

Fuera de Madrid, Barcelona, Sevilla y algunas otras grandes ciudades y en esas mismas ciudades fuera de algunos lugares y cafés donde se reúnen los políticos, se puede decir que la vida del español no está afectada por las novedades políticas, por las polémicas de los diarios y que el pueblo español asiste de espectador sabio e impassible a las discusiones de los partidos y no intenta moverse más que si ve comprometer los intereses supremos de su país.

Miedo a la revolución Revolución era lo que más se temía. Para reprimirla solo se les ocurría, a todos los gobiernos, reforzar las medidas represivas, garantizar el orden público con guardia civil y ejército. Pero no hacer la más mínima reforma era llevar adelante, precisamente, a lo que se intentaba cortar el paso, a la revolución.

Surge a veces la duda de la capacidad política de las oligarquías conservadoras, que han luchado desesperadamente por mantener sus privilegios. Lo que no es nada extraño. Si no, no sería oligarquía. Lo extraño es lo torpemente que han luchado, aunque hayan permanecido en el poder durante más tiempo que sus contrarios. Jamás se les ha ocurrido encauzar unas posibles reformas, evolucionar al compás del tiempo. Con lo cual hubieran mantenido sus privilegios, como lo han mantenido los capitalismo del mundo. Pero también hubieran hecho posible un más alto nivel de vida para todos, y así hubieran suprimido, o al menos aplazado por tiempo indeterminado, una revolución que se presenta como absolutamente necesaria. El inmovilismo, contrario a los intereses de la propia nación de la que forman parte, ha sido la causa de los estallidos o brotes que de un modo periódico jalonan la historia de España.

Ya en marzo de 1868 la revolución se ve como inmediata. El entonces ministro de Hacienda, Barzanallana, declaraba en el Parlamento ante una situación considerada como catastrófica, con déficit oficial de 50 millones de pesetas aunque en fuentes gubernamentales bien informadas, que solían proceder del propio gobierno, se afirmaba que era de 270 millones:

para resolver la cuestión de hacienda es necesario acometer resuelta y decididamente una multitud de reformas, de las cuales veo con tristeza que se asusta el partido conservador, aún entre los más ilustrados e inteligentes de sus miembros.

A esta declaración, la *Revista de España*, de claras tendencias monárquicas, y en su sección “Revista Económica”, de marzo, agregaba:

Vemos de nuevo al señor Barzanallana, según declaración propia aplazando y sacrificando por consiguiente en parte sus planes económicos a los intereses de la política y a las exigencias de partido... Para reprimir la revolución, para hacerla odiosa, era necesario un gobierno decididamente reformador.

Motivos de descontento La cosecha cerealista del año es pésima. El hambre hace estragos. En la misma Revista se lee

Sentimos la escasez de subsistencias, contemplamos la falta de trabajo para las clases proletarias, y la paralización de los negocios mercantiles e industriales.

Para compensar este déficit alimenticio, España importa trigo. Pero no basta. La revolución estalla en septiembre. Mientras el hambre acelera la ebullición popular, la corte se divierte. El marqués de Valdeiglesias nos relata en sus **Memorias** el ambiente de la alta sociedad del momento: “El mes de junio que precedió al de septiembre, en que estalló la revolución, había sido muy animado en la alta sociedad”. Y nos relata las fiestas de los Duques de Osuna; nos habla del desconocimiento tan absoluto en esa corte de todo lo que en España, su pueblo, ocurría.

En general puede afirmarse que todas las algaradas, toda la ebullición social que se presenta en los campos y ciudades españolas, es consecuencia no de unas doctrinas políticas que todavía no se conocían en la Península sino de un estado de miseria que, al sobrevenir una mala temporada cerealista, se hacía completamente insoportable y obligaba a los campesinos en estado de desesperación a marchar sobre los pueblos y descargar sus resentimientos y odios, largamente contenidos, en las clases que consideraban como privilegiadas, en terratenientes, burgueses, clero.

Se introducen las ideas socialistas A estas algaradas, generalmente campesinas, viene a sumarse, desde 1874, otro factor: el anarquismo. En el campo revista la forma de La Mano Negra.

El siglo XIX gusta de las sociedades secretas. La Mano Negra ha estado en tal nebulosa que se ha llegado a negar, incluso, su existencia. Con motivo del proceso de Montjuich se acusó al gobierno español de ser él el creador de tal organización, solo existente en la cabeza de los gobernantes para poder eliminar de esta forma a todos sus adversarios políticos. Sin embargo, parece no haber dudas de la auténtica existencia de esta organización. Su origen se remonta a 1874. Parece consecuencia inevitable de la situación agraria a la que, por vez primera, se le suma una ideología: el anarquismo.

Las ideas socialistas y anarquistas son tardías en España. Realmente, todas las ideologías eran bastante confusas. Con la desaparición de los gremios, los obreros se

encontraron sin organizaciones más o menos auténticas en que pudieran encuadrarse y por las que encauzar las exigencias de sus posibles reivindicaciones.

En Cataluña tratan de iniciarse asociaciones a las que el gobierno central suele reprimir con mano francamente dura. El derecho de asociación solo estaba autorizado, en la práctica, para los grupos que ya se sabía iban a colocarse junto al gobierno y no a plantearle problemas de ningún tipo.

Las sucesivas huelgas de 1855 en Cataluña, Zaragoza, Valencia, de 1856 en Palencia, Zamora, Valladolid –motivadas por la elevación en el precio del trigo-, las “cruzadas de Loja” en 1861, 1863... no reflejan de ningún modo la existencia de unas organizaciones mínimas, ni siquiera el triunfo de las ideas socialistas.

Hay que tener en cuenta que el primer manifiesto socialista español se publica en Madrid tres meses después del sublevamiento de Prim. Que esta sublevación es la que permite una serie de libertades, de expresión y asociación, por las que consiguen difundirse las ideas socialistas. Así, en febrero de 1870 consiguen sacar a luz el primer número de *La Solidaridad* en la que fue redactor Anselmo Lorenzo. Y el 19 de junio del mismo año tiene lugar en Barcelona el Primer Congreso Obrero Español. Ahora bien, hay que leer los orígenes de la propaganda que hacían para darse cuenta de que la clase obrera donde el analfabetismo era casi absoluto, no llegaba a comprender nada de lo que le hablaban.

Como muy hace observar Fernández Almagro:

Por medios violentos pretendían carlistas, cantorales, republicanos de cualquier matiza, militares sueltos, hacer la Historia de su patria. Y suerte fue que todavía no hubiese adquirido la clase obrera, tomada en su conjunto, conciencia política de ninguna especie, porque entonces se habría dilatado y complicado enormemente el ámbito de lucha. Solo en Madrid o en Barcelona se sentía el proletariado mordido por las incipientes organizaciones de la Internacional, que no databan sino de 1869, al paso que en Andalucía se daba el fenómeno muy distinto, aunque conexo, del anarquismo campesino...

Realmente lo que se mostraba de modo claro era que la industria, básicamente el capitalismo, no había arraigado en España. Un capitalismo que para desarrollarse, exige de los sindicatos, de las organizaciones obreras como contrapeso dialéctico con el que potenciarse de manera pujante.

Fracaso del Partido republicano Solamente el partido republicano podía organizar y controlar a las masas. Sin embargo, sus dirigentes carecieron del más mínimo sentido práctico. Se limitaron a expresar una serie de teorías, principalmente las de la república de

corte federalista a las que no alcanzaba el conocimiento, inteligencia ni preparación del pueblo. Y de promesas, que dadas las circunstancias tuvieron que quedarse en promesas.

Así, y después de las campañas de Castelar, Orense, el marqués de Albayda, en que postulaban demagógicamente las supresiones de quintas, de los impuestos de consumo, rebaja en las contribuciones, universalización de la propiedad... la República terminó por decretar quintas extraordinarias y votar impuestos extraordinarios con los que hacer frente a las guerras civiles.

Precisamente faltó, en el momento de la revolución, el partido que encauzara sus ideales y que, colocado en el poder, no hiciera de este la más mínima expresión de poder que llegó a ser.

Todo se volvía manifestaciones públicas, murgas que tocaban por las calles el “Himno de Riego”, mítines en que se propalaban ideas disolventes, propaganda en provincias... el pueblo, hambriento, aún más aquél año, porque se había perdido la cosecha y reinaba gran miseria, reclamaba tumultuariamente lo que se le había ofrecido al solicitar su ayuda para derribar al régimen

Escribe Alfredo Escobar, testigo presencial de esas algaradas y murgas desde su periódico, *La Época* y recoge posteriormente en sus **Memorias**.

Las frases de Castelar reflejan hondamente la mentalidad de los que debían dirigir la Revolución donde soy yo quien pone el énfasis:

Tenemos ahora la República. Es suficiente por el momento: La revolución ha terminado.

Anarquismo: La Mano Negra Mientras el Partido Socialista Obrero Español no aparece por vez primera hasta el 2 de mayo de 1879, y el Partido Republicano no sabe o puede ser el partido del proletariado español, los anarquistas celebran su primer congreso, que es el primero del mundo, en el Teatro Moratín de Córdoba en 1872. Aparecen como los únicos representantes de la clase obrera española. Sus ideas, carentes de contradictores, realistas, se propagan a velocidades extraordinarias, sobre todo en el campesinado confirmando lo que apunté de la ausencia de un auténtico capitalismo como estructura económico-social. En ocho meses consigue doblar el número de sus afiliados.

Fuera de la Federación anarquista quedan muy pocas independientes. Su número de afiliados es mínimo, aunque alcancen un cierto poder, como la de Impresores madrileños.

La disolución de la Internacional, hecha por Sagasta el 17 de enero de 1872 por apoyar la Comuna de París, tras largas discusiones en el Parlamento, da un golpe de gracia a

los revolucionarios socialistas. Contaba entonces la Internacional con unos 300,000 afiliados españoles. Pero hay que tener presente que entre campo e industria había en España entre cuatro y cinco millones de trabajadores.

Los anarquistas pasan a la clandestinidad. Y crean la organización secreta *La Mano Negra*. Hay campos y cosechas que arden de manera misteriosa, asesinatos que se atribuyen al bandolerismo, en decadencia pero todavía con fuerzas.

No se consigue descubrir la existencia de la organización hasta 1883. La integraban 218 federaciones con 57.934 federados, aunque este número, dado por Fernández Almagro, parece altamente exagerado. Magalhaens Lima estima en 40,000 los afiliados y Zancada lo reduce a 20,000. Sea cual sea la cifra exacta, que permanecerá desconocida, el hecho es que la Mano Negra actuaba con mando sobre toda Andalucía y se ramificaba por Levante hasta Cataluña.

Restauración alfonsina Mientras, en Madrid, los partidos políticos se dedicaban no a la política gubernamental u opositora, sino a las preocupaciones y rencillas personales. Los socialistas se escindían en anarquistas y comunistas. Los republicanos en el poder decretaban su persecución. Pero dejaban libre paso a la propaganda alfonsina.

Así, la Restauración se puede presentar en España como la única salida aceptable para la gente de orden. Que era la que, a fin de cuentas, ponía o quitaba la forma de gobierno que más le interesaba. Falto de auténtica representación popular, sin opinión pública alguna, el pueblo era gobernado sin posible intervención suya.

En Madrid hacían campaña alfonsina periódicos como *La Época*, *La Política*, *El Tiempo*, *El Eco de España*, *El Diario Español*. Y, fuera de la prensa, las casas de la nobleza ardían en fiestas, como más real campaña para atraerse a las figuras principales del campo republicano. Porque con solo las figuras, estaba hecho todo.

Todos lo apetecían. El Ejército, acaso en primer término, desgarrado por la indisciplina y pequeños caudillajes. La Iglesia venía sufriendo por su parte graves quebrantos, perseguida como estaba por el incendiario de la revolución o negada por el sectario de gabinete, y además, herida en el otro costado por el cura trabucaire, que tantas cosas imprudentemente mezclaba. La aristocracia aún conservaba cierto poder social, y (.) constituía una fuerza de innegable autoridad sobre la alta burguesía y buena parte de la clase media que gustaba imitarla; sobre la población campesina, también, vivos aún los lazos, de la muy extendida propiedad “señorial”. (Fernández Almagro: *Cánovas*, pp. 239-40)

Como todos los cambios, la Restauración supuso un auge de nombres perseguidos durante la Revolución y caída de los favorecidos por esta. Durante la Revolución había pasado lo mismo. La solución, para algunos, estaba en el exilio. Las olas de exiliados que llega a Francia, Inglaterra... durante nuestros últimos años de historia se hacen continuas, constantes.

Sobre el fondo de las guerras civiles –carlista, cantonal, cubana-, del hambre y los motines populares, de la casi nula marcha de las ideas socialistas, de la iniciación de una industria incipiente, los gobiernos centrales se suceden en Madrid; la corte y sus periódicos se mueven en polémicas que solo alcanzan el ámbito de los que las hacen y el de alguna provincia privilegiada a la que llegan esos periódicos. Los problemas de fondo parecen no afectar. Se les tiene lejos. Las noticias de los motines llegan como un rumor de otro mundo. Los dos planos en que la sociedad total española está escindida, no logran enlazar por puente alguno.

Orden público La Restauración vuelve a imponer el orden público. Trata de aparecer ante el mundo como la única fuerza cuya forma de gobierno es auténticamente española. Se hacen elecciones, naturalmente apañadas. Y con ello crean precedente gravísimo. De ahora en adelante, todos los partidos en el poder tratarán de hacer lo mismo. Hay nombres que protestan. Se les acalla sobornándolos o persiguiéndolos.

El orden es lo primero. Se conceden, sobre el papel, las mínimas libertades. La de propaganda por la imprenta, reforzada por Real Decreto –el mismo que daba la primera convocatoria electoral canovista- no influía demasiado, porque los partidos republicanos tenían a sus más eminentes dirigentes en el silencio, en el exilio o en las hechuras de méritos que los integraran a los nuevos poderosos. Y como hace notar Fernández Almagro,

una cosa era la libertad de imprenta, que todos los partidos venían ejercitando sin cortapisa ni quebranto, y otra cosa hartamente distinta la sinceridad electoral, que el propio censo, el mismo del período revolucionario, muy hastiado ya, no pensaba seguramente en reclamar.

Gumersindo Azcárate alza la voz, protesta. Publica los artículos “El self-government y la monarquía doctrinaria”, recogidos más tarde en libro, en los que hace un análisis de las distintas formas de gobierno y, al llegar a la monarquía doctrinaria, asegura que esta falsea el régimen parlamentario suprimiendo los elementos sociales que placen al gobierno

convirtiendo la autoridad que debiera emplearse tan solo en mantener el imperio de la ley en un medio de sostener, y si es posible perpetuar, un partido en el Poder...

Estos artículos, publicados en la *Revista de España*, alcanzan difusión grande. En el plano superior español. En el plano en que

un cierto aire de zarzuela, más que de romanos, envolvía a todos ellos...

Política exterior Si la política interior española, si toda su situación social estaba como he tratado de esbozar en este brevísimo esquema, en política exterior puede decirse que España estaba muerta.

Se da el hecho curioso de que el Primer Congreso internacional que consigue celebrarse en España, en 1880, crea un delicado problema al gobierno. La conferencia trataba de Marruecos, y fue una deferencia hacia Cánovas que tuviera lugar en Madrid. Albert Mousset, cronista francés, escribía:

Le gouvernement espagnol était alors éloigné de la diplomatie européenne que le ministre d'Etat, José Elduayen, dût demander à son représentant à Paris de lui envoyer des indications sur la formation et la présidence des réunions analogues qui s'étaient tenues à Londres, à Paris et à Berlin, afin de ne pas faillir par inexpérience aux règles du protocole. (**L'Espagne dans la Politique mondiale**, P. 1923, 3^a ed. P. 28)

España había sido el mayor imperio sobre la Tierra. En menos de un siglo, el XIX, su extensión queda reducida de 20 millones de km² a solamente uno. Pero si la decadencia interior influyó de modo decisivo, tampoco hemos de olvidar un hecho claro. Un hecho que, de haber sido reconocido en su momento, hubiera cambiado, quizá, la política española.

El hecho es que los países extranjeros también hacen historia, y cuentan en ella. Si la batalla de Rocroy supuso el fin de la hegemonía española sobre los campos de Europa no se debe tan solo a que España estaba en plena decadencia, rota interiormente, desmoralizada, sin industria, despoblada, con gobiernos impotentes. Ya antes también le ocurría todo esto. Los soldados que mandaba el Gran Capitán ya iban harapientos. Lo que ocurre es que ahora Francia es una potencia, con una demografía en auge, industria, organización estatal como ninguna otra nación del momento. Y la prueba de ello es que el Rey Sol impone su dominio. La batalla de Rocroy estuvo ganada por los españoles, como habían ganado en tantas otras ocasiones. Pero el poder de reacción francés ya era insuperable para nuestros escasos hombres, con los escasos medios con que siempre contaron.

Y esto es lo que ocurre en Cuba. Mucho se ha escrito sobre el desastre. Estados Unidos era un país que iniciaba su desarrollo hacia el imperialismo. La doctrina Monroe

tenían que aceptarla todos los países del mundo. Y esa doctrina significaba ceder a una sola nación el dominio sobre todo el continente americano. Cuba se perdió porque le interesaba a Estados Unidos, a alguna de sus poderosas compañías capitalistas. Y el gobierno español solo consiguió, a cambio, el ridículo. Aunque ciertamente la campaña desarrollada por los regeneracionistas, y con la vuelta de los españoles de Cuba, con los capitales que algunos consiguieron traer, no todo quedó en desastre.

A pesar de lo cual en España quedan brumas imperiales... Y así, se colabora con Francia en sus primeras campañas en Indochina aportando soldados tanto de la Península como de Filipinas. Campaña que, para España, se saldó con unas prebendas ridículas. O las campañas en Marruecos, ganada alguna batalla a precio de miles de soldados muertos...

La Instrucción Pública: Leyes, reformas, depuraciones...

Un punto me queda por tratar en esta rápida visión panorámica sobre la situación social española de los finales del siglo XIX. De un punto de inmensa repercusión no solo sobre la sociedad, sino sobre nuestro tema: la Instrucción Pública en España y que ya se ha ido mezclando, como no podía ser de otra manera, en todo lo anterior. Es tema que se circunscribe al campo de las oligarquías, burguesía y clase media. La simultaneidad de la instrucción, su concretización en este período, es nula.

Pseudos-intelectualismo Si en el conjunto total de la sociedad española se nos aparece una escisión profunda en dos estratos, en el de la intelectualidad se refleja esta división con análoga profundidad. Pero la división no es ya en dos estratos, es una atomización casi absoluta. Sin embargo, dos grupos se van a caracterizar con rasgos muy propios, aunque no constituyan en sí bloque alguno compacto.

Estos grupos, sucediéndose en el poder, o combatiendo entre sí, van a ocupar la escena de la intelectualidad española.

Ante ellos se presentan los problemas fundamentales que hemos intentado reseñar. Problemas que, sin embargo, no les hacen tomar conciencia de sí mismos. Se debaten lejos de ellos.

Al quedar fuera del marco del sustrato de la realidad, estos grupos no constituyen clase intelectual alguna. Permanecen, más o menos abiertamente, al servicio de las

oligarquías. Su intelectualidad, al quedar fuera del compromiso, al no aportar o reflejar los más íntimos deseos y aspiraciones de las masas, al no darles forma, se quedan en pseudos-intelectualidad.

No son, en el fondo, radicales. Aunque hay algunos que incluso llegan a constituir la totalidad de uno de los grupos contendientes en la Polémica que pretenden ser los representantes de un radicalismo liberal. Que, como tal radicalismo liberal, no es más que pseudos-radicalismo.

Instrucción Pública Las pugnas estéticas y teorizantes se van a ahondar en el campo más debatido: la enseñanza. Esta se va a considerar, incluso, salvo en algunos momentos teñidos de roussonianismo, como la base de una nación. Que será tanto más próspera cuanto más ayuda dedique a esta el Estado.

Aparece la lucha en el terreno de la enseñanza porque esta es vista como un derecho eminentemente político y, para algunos, religioso. Y como tal va inseparablemente unida al poder estatal. Aquel grupo que llegue a dominar la enseñanza, lo que habrá conseguido en el fondo es el dominio de los resortes del Estado, se habrá adueñado del poder. Por esta importancia dedico al tema algo más de extensión.

Y porque hay que tener presente, además, que según el censo de 1860, España contaba con 15.673,415 habitantes, de los que solo 3.130,015 sabían leer y escribir, 705,660 leer y no escribir y 11.837,415 eran completamente analfabetos. Cifras tomadas de M. Colmeiro en la *Revista de España* nº 30, tomo VIII, año 1869.

Estas cifras ya dan idea de la magnitud que la instrucción pública planteaba, como problema, a todos los gobiernos.

En primer lugar aparece la caótica situación de la enseñanza en España. Es en 1807 cuando se consiguen implantar los estudios de ciencias en las Universidades como rama obligatoria de artes. Pero si el plan de estudios resultaba francamente esperanzador, carecía de realismo. El problema estaba en la falta de personal capacitado para poder llevar a cabo esta enseñanza. Las ciencias habían entrado triunfantes en las Universidades pero pocos había allí para poder enseñarlas. La invasión francesa, la guerra, acabaron con este plan de reformas.

Si en las Cortes de Cádiz la enseñanza recibe una primerísima atención, el reinado de Fernando VII, más duradero, supone el retroceso hasta un grado desconocido en todos los órdenes. Aunque en intento de ironía, “lejos de nos la funesta manía del pensar” es lema de las universidades españolas que llegaron a ser cerradas. Refleja, con bastante acierto, la mentalidad imperante.

1845: un Plan de Enseñanza base El 29 de septiembre de 1833 es proclamada reina de España Isabel II, quien había nacido el 10 de octubre de 1830. Se inicia, así, un largo período de guerras civiles por el tema sucesorio bajo el sobrenombre de “guerras carlistas”.

Durante la Regencia se reabren las Universidades y bajo el mandato del Duque de Valencia, se crean en 1845 las Escuelas de Ingenieros, el Instituto Geológico y Minero, el Instituto Geográfico y Catastral, las Reales Academias –aunque la de Ciencias Exactas, Naturales y Físicas no se materializa hasta 1847-. Y se procuran las reformas educativas.

Así, en mandato de 1845, se ordena a Gil de Zárate, José de la Riva y Guillén la confección de un plan total de enseñanzas. Este plan, con distintas reformas que todos los gobiernos se sienten obligados a realizar, especialmente la Ley Moyano, y que no afectan para nada a lo esencial, logra mantenerse a lo largo del siglo salvo la reforma del año 1868. Es el Plan 1845 con el que se organizan las enseñanzas universitarias de las ciencias físico-matemáticas creando una sección especial dentro de la Facultad de Filosofía y Letras.

Como primera medida, pero medida clave, se adoptó la secularización de la enseñanza. Secularización ya iniciada con la creación de las Universidades. Las palabras del propio Gil de Zárate, defendiéndose de los ataques de que le hicieron objeto por esta medida son terminantes:

Entregar la enseñanza al clero, es querer que se formen hombres para el clero y no para el Estado; es trastornar los fines de la sociedad humana.

La enseñanza, en poder del Estado, va a poder hacerse una realidad colectiva. Si antiguamente era el clero la clase que estudiaba, única, en estos momentos lo hacen las clases alta y media. Las necesidades económicas han eliminado ya los prejuicios de la dignidad manchada por el trabajo o el estudio. Como fin inmediato se presenta conseguir la total difusión cultural. Y, con ello, según la forma que el Estado de a la enseñanza, podrá elevar o dejar en la decadencia y postración en la que se encuentra al pueblo español.

Pero esta supeditación a lo estatal hace que la libertad de enseñanza sea prácticamente suprimida. Es en el año 1834 cuando se permite el establecimiento de centros privados de enseñanza. Y cuatro años más tarde estos colegios se encuentran en estado lamentable porque el gobierno no exigía ni a directores ni a profesores prueba alguna de aptitud ni de moralidad. Naturalmente esta libertad absoluta significaba, en la práctica, nulidad también absoluta de enseñanza. Desde el plan de 1845 se impone en España la mayoría en escuelas públicas, regidas por el Estado, que así las controla.

Si la secularización y supresión de la absoluta libertad de enseñanza pueden considerarse como revolucionarias, y van a dar motivo a polémica intensa, no lo es menos el plan restrictivo que para ciertas carreras se va a imponer. En el informe elevado a la Reina dando cuenta de la conveniencia de las reformas y de cuáles deben ser estas, Gil de Zárate escribió:

Tendremos menos teólogos, menos jurisconsultos, menos médicos; pero habrá más labradores, más artesanos, que con provecho suyo y de la patria, trabajen en dar impulso a cuanto constituye la civilización material de las naciones.

Justamente Gil de Zárate está aceptando, en el informe a la Reina, las tesis centrales que dieron origen a la primera polémica de la ciencia: hay que elevar la civilización *material* de las naciones a través de las artes, de las técnicas. Y, para ello, el gobierno debe establecer, y establece, la gratuidad en la enseñanza primaria. Pero a partir de la secundaria va a ir gravando los estudios de modo paulatino pero intenso. El proyecto agrega:

En las carreras cuyo título habilita para una profesión, poner todos los obstáculos de dinero, tiempo y estudios, con el objeto de impedir que en ellos ingrese un número de individuos superior al que necesita la sociedad; porque, de lo contrario, esta y aquellos quedan a la vez perjudicados.

El número “clausus”, tan fatídico para el desarrollo auténtico de una nación, va a tomar, así, forma de realidad necesaria. Pronto se impondrá como señor absoluto.

Y ya el propio Gil de Zárate, siguiendo la corriente del pensamiento liberal, va a escribir, en su obra **La instrucción pública en España** que edita en Madrid, en 3 volúmenes en 1855, una frase que encontrará resonancias y paralelismos en la Polémica de la Ciencia española,

No son muchos en ninguna parte los profundos matemáticos, los sublimes astrónomos, los diligentes naturalistas; pero ¿qué se dirá de una nación donde se carecen absolutamente de esta clase de sabios? La falta de ellos suele ser la prueba más palpable de atraso, y la acusación más amarga que contra gobierno alguno puede hacerse. Por desgracia, en España

no se juzga de la utilidad de una enseñanza sino por el número de alumnos que asisten a ella; y en viendo que estos escasean, al punto se levanta un clamor general para suprimirla. (.) Sin embargo de que estas sublimes enseñanzas se reservaban para la Universidad de Madrid, y de que algunas no se llegaron a establecer por esperanza a que se formasen profesores capaces de desempeñarlas...

Gil de Zárate repite, en el fondo, los mismos temas que Masson realizara y ya he indicado que la Polémica de la Ciencia española ha surgido con esa tesis contra la tradición de la grandeza de España. Es la pregunta permanente, ¿qué se debe a España? En estos terrenos. Y es la afirmación por loarte de todos los liberales de que no hemos tenido ni tenemos científicos que mostrar al mundo: Europa nada nos debe en estos campos y ello es muestra del atraso de la civilización española. Y va a ser la acusación no solo al gobierno sino también, y de modo principal, a lo que solo es falta de gobierno supeditado siempre el español a una organización particular, a la iglesia católica. Y una organización particular, por mucho que tenga por el bien común, solo velará por un interés, el suyo. Pueden existir, y de hecho existen, divergencias profundas entre los fines de una organización particular y los de la sociedad de la que forma parte, en la que debía estar perfectamente integrada.

El plan de enseñanza de 1845, en el que además se hace al Rector de Universidad no un profesor más nombrado por los estudiantes y por el claustro, sino un funcionario público representante del gobierno, va sufriendo un retoque anual. Uno por ministro que pasa por Gobernación y luego por el de Comercio, Instrucción y Obras Públicas.

Pero quiero destacar una novedad importante. Se crea la figura del becario al extranjero y se conceden becas a los mejores estudiantes para estudiar fuera de España. Con una de ellas va a marchar a Alemania Sanz del Río.

Apertura al exterior, a la cultura de otros países a través de la concesión de beca que será un arma que lanzarán contra los responsables de este plan y, en especial contra D. José de la Revilla, durante la Polémica de 1876, los componentes del grupo tradicionalista, los neocatólicos. Para estos, España debería mantener sus fronteras cerradas, principalmente las universitarias. Como las mantuvo Felipe II impidiendo salir al extranjero a los estudiantes españoles porque traerían a la vuelta las perniciosas ideas de la Reforma. Lo extranjero es foco de premisas revolucionarias que atentan a lo más profundo del ser España...

Plan 1857 En el año de 1857, nueva reforma solo doce años después de la anterior. Es la llamada por antonomasia la Ley Moyano, promulgada el 9 de septiembre de 1857.

Establece una Enseñanza Superior escindida en Universitaria –dada en las Facultades- y Superior –dada en las Escuelas de Ingenieros, Arquitectura, Bellas Artes y Conservatorio junto a una enseñanza Profesional como la de Ayudantes de Veterinaria, Comercio, Náutica, Construcciones Navales. Maestros de obras, Aparejadores, Agrimensores...

A partir de ahora los cursos y programas deberían ser rigurosamente regulados por la administración central. Se pretendía con esta medida uniformizar la inmensa variedad de asignaturas que se habían ido estableciendo en España. Cada Universidad podía realizar el plan de cursos que quisiese, poner las asignaturas que a los estudiantes les pareciera bien...

A la vez, el gobierno se reservaba el nombramiento de Rectores, Directores de Escuela, Decanos, Profesores...

En la atomización docente producida tras la gran reforma de 1845, la reforma de 1857, centralizando y uniformizando, trataba de mantener la misma línea pero tratando de corregir los errores que se habían ido produciendo. Sin embargo, la Ley no fue cumplida jamás de hecho y los profesores seguían siendo, en la práctica, totalmente libres de establecer el programa que quisieran para su enseñanza.

En esta Ley también se intentó regular, de alguna manera, los libros de texto que eran, en su inmensa mayoría, extranjeros, principalmente franceses.

Un extranjero opina Gastón Routier, al que ya hemos citado anteriormente, escribe refiriéndose a la enseñanza en España:

El bachiller que sale del Instituto no conoce una palabra del griego, muy poco latín, y a juzgar por las explicaciones que puede entender en la Universidad, está lo mismo al final de un año de estudio...; ignora absolutamente la historia contemporánea...

Y líneas más abajo

Es cosa absolutamente curiosa que no existe en ningún otro país, la instrucción de la juventud adolescente se limita a las generalidades; la ciencia pura no atrae al español. *Nadie estudia por punto general, sino que ha de servirle para subsistir* (en español en el original)... Suficientes quizás para formar profesionales, las Universidades no tienen el carácter de alta cultura que abre constantemente horizontes nuevos al espíritu de investigación, y fortifique la voluntad e inteligencia por una disciplina racional.

La visión que Gastón Routier, hispanófilo a ultranza, saca de nuestras Universidades, es profundamente desoladora. Nos habla de la España de 1897. Período en el que todo estaba en orden, en un orden perfecto. Una visión que, sin embargo, no es estrictamente correcta:

las reformas educativas han tenido sus consecuencias positivas, al menos en terrenos como el matemático como ya he señalado, pero también en las ciencias en general. En el último tercio del siglo XIX se tiene, en cierta medida, un ambiente bastante reformado...

1866: Represión y depuraciones Nuevamente en el poder, en 1866, el Duque de Valencia y su partido moderado, promulga nueva Ley sobre la enseñanza. La Universidad es, en estos momentos, un foco revolucionario. Quienes han salido al extranjero, con becas, han traído nuevas ideas. Hay que suprimirlo.

Castelar es el primero en ser expulsado. Un artículo escrito en la revista que él dirige, y que va para iniciados, "El rasgo", publicado en abril de 1865, provoca un escándalo sin precedentes en la Corte. En contrapartida su expulsión cuesta nueve muertos y más de cien heridos. Es la noche de San Daniel del día 10 de abril.

Si a la Ley de Instrucción Pública de 1845, hecha bajo el mandato del mismo Duque de Valencia, se había agregado, por circular de 3 de febrero de 1847, la nota siguiente:

En los informes que acompañen a las actas de oposiciones respecto a las personas que vengan propuestas para la provisión de las cátedras, se abstengan de hacerlo en lo relativo a sus opiniones políticas

en la Ley de Instrucción Pública de 1866 se va a obligar a todo lo contrario. Además, se va a constreñir aún más la enseñanza de las ciencias. El propio Cánovas se ha de levantar en el Congreso de Diputados, el 11 de abril de 1867, para exclamar:

¿Qué relación tiene con la perturbación o conservación del orden público la supresión de uno de cada dos profesores de matemáticas, que se ha llevado a cabo en los Institutos de primera enseñanza?

Y habría que agregar, también en pregunta de responsabilidades

...ni con que la trigonometría se explique tan solo en la Universidad de Madrid, como si fuera asunto infestado, o manantial fecundo de máximas perturbadoras o revolucionarias?
(*Revista de España* nº 1, t. I)

Si la supresión era de este tono en el terreno de las matemáticas, no lo era menos en los demás.

Tras la expulsión de Castelar, el ministro marqués de Orovio manda formar expediente, en 1867, a Sanz del Río y exigirle, al igual que a Fernando de Castro, Salmerón y otros, una profesión de fe religiosa, política y dinástica. Al negarse a firmar esta declaración, totalmente contraria a las leyes entonces vigentes, son expulsados de sus cátedras.

La enseñanza sigue siendo un problema para el poder y el orden público.

Revolución: Plan 1869 Y llega la ‘Gloriosa’, la septembrina en 1868. Y se crea un plan de estudios nuevo, completamente nuevo.

Por lo pronto la obligatoriedad de la enseñanza primaria que había sido sancionada en el Artículo número 7 de la Ley de 9 de septiembre de 1857, queda derogada por Decreto de 14 de Octubre de 1868. Otro Decreto, también dado por Ruiz Zorrilla, de 21 de Octubre, lleva nuevamente a sus cátedras a todos los depurados y refuerza el matiz de libre a toda la enseñanza porque agrega que cualquier hombre o mujer puede fundar el establecimiento o centro de enseñanza que quiera. Y, por supuesto, da paso a un nuevo plan de estudios, nuevo, completamente nuevo.

La inscripción de matrícula no se hace obligatoria ni la asistencia a clase, ni el orden de estudio de las asignaturas, ni textos, ni métodos, ni programas. He aquí el resumen de la Ley de Instrucción Pública que promulga el Gobierno Provisional.

La Revolución vive en el más soñador de los mundos, completamente ausente de la realidad que la circunda. Para ella todo es libertad. Y, sin embargo, tiene que despertar y muy pronto, del sueño de palabras sin sentido. En el Preámbulo de la Circular de 8 abril de 1869, tiene que exclamar:

Confío el Gobierno en que el buen deseo e ilustración de las Juntas, serían el auxiliar más poderoso de sus miras en pro de la instrucción popular...; pero la inexperiencia de algunas, la actividad irreflexiva de otras y la inercia de la generalidad, han dado lugar a que el Gobierno fije su atención en este punto, y vea con disgusto que estas Juntas, creadas para el bien y la prosperidad de la enseñanza pública, son en algunas provincias sus más rudos adversarios, y defraudan por completo las esperanzas que al instalarse hicieron concebir a la nación. Han patrocinado a los pueblos que arrojaron sin paga a los maestros; han decretado por sí y ante sí separaciones, sin escuchar siquiera a los destituidos; han promovido y probado la supresión de escuelas... Apenas pasa un día que llegue a nuestros oídos la triste noticia de que un pueblo renuncia sin pena a la primera enseñanza, cerrando su escuela y dejando de pagar su mezquina dotación al maestro.

Amargas palabras para unos dirigentes de la República en que era fundamental el criterio de la bondad intrínseca del hombre. Confiaban ciegamente en la responsabilidad de un pueblo que no había tenido nunca la oportunidad de saber qué era eso ni, por tanto, la posibilidad de ejercitarlo.

La Ley de Instrucción Pública de la Revolución se basa, en el fondo, en estas palabras:

Donde quiera que un hombre, el más oscuro de su país, se sienta con fuerzas para predicar y enseñar la verdad, puede levantar una cátedra, y alumbrar con la luz de su entendimiento las tinieblas en que está sumido el de los demás.

1875: Depuraciones Tras la Primera República, el período de Amadeo, la Regencia canovista en 1874 y, finalmente, la Restauración monárquica en 1875. Con la Restauración, todas las libertades se vienen abajo. Tras la supresión de algunos periódicos, el gobierno de Cánovas comienza la represión de las personalidades del régimen anterior.

El marqués de Orovio, protagonista de la expulsión anterior en 1867 de Castelar, Salmerón, Sanz del Río, Fernando de Castro y otros, vuelve a serlo ahora y con más depuraciones. Sigue, fielmente, la reacción neo-católica que proclama el papa Pío IX. Consigue promulgar un Real Decreto como Ministro de Fomento, con fecha 25 de febrero de 1875 por el que se suprimen las libertades de cultos y creencias y que da motivo a la separación o dimisión de sus cátedras de Castelar, Salmerón, Giner de los Ríos, Figuerola, Morayta, Azcárate, Moret, Fernando de Castro, González de Linares, Montero Ríos...

Institución Libre de Enseñanza Gracias a estas medidas represivas, los profesores que permanecieron en España consiguen unirse entre sí. Dan la réplica al gobierno recién creado y fundan, con Giner de los Ríos, Figuerola y Salmerón a la cabeza, la Institución Libre de Enseñanza. Institución que intenta recoger el espíritu de la Universidad Libre de Bruselas fundada en 1834, sin

ninguna intervención de la Iglesia ni del Estado, y administrada en forma perfectamente autónoma por un Consejo de Administración en el cual el cuerpo de enseñanza está representado y con libertad de cátedra absoluta. (P. Jobit, *Les éducateurs de l'Espagne*, P. 1938, p. 65.

Sus Estatutos son aprobados por Real Orden en agosto de 1876.

El Artículo 15, que siempre aparece a la cabecera del Boletín quinquenal que la Institución publica, establece:

La INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu o interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia el Profesor, único responsable de sus doctrinas.

Dedicada a la enseñanza como fin fundamental, la Institución es la primera que ha introducido en España el trabajo manual en *toda* la enseñanza primaria, y tal vez en Europa la que la ha incluido en la secundaria.

Muy pronto se convirtió en el centro pedagógico de los liberales españoles. Y muy pronto alcanzó justa fama en Europa como institución laica privada.

Las medidas legislativas más importantes, entre las muchas que consiguió, fueron la equiparación de maestros y maestras en 1883; la ley de colonias escolares en 1887; y, sobre todo, la creación de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en 1901.

A cambio, y por reacción, los sucesivos gobiernos de Cánovas también intentan atraerse a la juventud. Para las primeras elecciones generales, en las que por sufragio universal se iba a conocer si la nación española deseaba o no la Restauración, Cánovas recomienda con insistencia a Romero Robledo, encargado de conjurar los peligros de ese sufragio, que lleve gente nueva. Gente de Ateneos, centros culturales, Universidad. A todos aquellos que destaquen un poco.

Este interés llevará al propio Cánovas a modificar una ley para dar paso a Menéndez Pelayo. La ley impedía opositar a cátedra universitaria antes de cumplir los veinticinco años. Hay que sustituir, hay que completar el vacío que las anteriores medidas represivas habían dejado en la Universidad. Menéndez Pelayo podrá opositar.

Figuras representativas y El cuarto poder

Los puntos anteriores son un esbozo del fondo socio-económico y de instrucción pública sobre el que la Polémica de la Ciencia Española va a moverse. Se podía haber agregado la función que el ejército y el clero tienen en esta situación. Pero ya advertí que un estudio de este tipo no pertenecía a la configuración y estructura de un trabajo de este tipo.

Colocados ya con cierta perspectiva sobre la situación social española, en los entornos de 1876, es hora de detenerse en los protagonistas de *la* Polémica y del cuarto poder, el periodismo.

Los bandos en que los protagonistas principales van a moverse ya han ido aclarando, a través de la Segunda Polémica de la Ciencia Española y de los incidentes con Sanz del Río, las posturas que van a adoptar. Han lanzado las ideas, los argumentos que esgrimirán una y otra vez. Y lo hacen a través de revistas y periódicos que son los órganos de los bloques correspondientes. Revistas y diarios que disputan la voluntad del lector, del escaso

lector, hacia unas u otras ideas, hacia unas u otras formas políticas de gobierno apoyados en unos u otros bandos que no auténticos partidos políticos.

Dos son las clases que hemos mencionado en que se dividía la pseudos-intelectualidad española: tradicionalistas – progresistas o liberales. Respondían a la división que la preocupación por la forma de Estado, por el papel de la Iglesia y el clero en esa forma, se había producido en toda la sociedad española.

Hay un grupo de escritores, novelistas en su mayoría, que se mantienen en una postura intermedia. Un eclecticismo que no les lleva a tomar partido aparentemente. De este grupo, muy reducido y atomizado, no interviene ningún miembro en la Polémica. Solamente Valera hará una breve intervención.

Krausismo. Concepto de Estado. Operatividad

El grupo liberal progresista no es grupo totalmente unificado. La libertad de pensamiento, precisamente, les lleva a diferencias ideológicas que, a veces, terminan en choque personal. Sin embargo, un bloque hay muy determinado dentro de este grupo que constituyen lo que los demás denominan los krausistas.

Pero hasta los máximos representantes de esta escuela filosófica –si es que hay tal escuela- no mantienen una rigidez conceptual común absoluta. Hay cambios y modificaciones en sus posturas; pasos al positivismo, a la corriente hegeliana de izquierda, al propio catolicismo.

Hemos de tener en cuenta que, realmente, el sistema metafísico de Krause es una corriente ecléctica y armonista que como auténtico sistema filosófico no aportaba ni decía nada filosóficamente profundo. Pero precisamente por la preocupación de Krause sobre los fines y estructura del Estado tendría una repercusión inmensa pero no de límites estrechos sobre los intelectuales españoles.

Para Krause el Estado ha de hacer coexistir las libertades externas de los hombres porque en caso contrario este no podría realizar la vida propia del ser individual que contiene.

Tiene, el Estado, dos fines. Uno directo, determinar el derecho; otro, indirecto, lograr, mediante el derecho, la cultura social. Y se entiende por Derecho el

conjunto de las condiciones internas y externas que dependen de la libertad humana y son necesarias para el cumplimiento racional del hombre. (P. Jobit, op. cit., p. 69)

Naturalmente el Estado ha de penetrar, por este fin indirecto, en todas las esferas de la actividad humana. Interviene en todas ellas, sean religiosas, morales, políticas, intelectuales, económicas... Es el ordenador de la vida total del hombre. Pero este, para poder realizar la vida que le es propia, requiere una democracia como forma social y de gobierno. Lo que no está, de ningún modo, contrapuesto a la supremacía estatal.

Aunado este concepto de Estado con el panteísmo en el terreno religioso, con una concepción científica del mundo y, sobre todo y de modo principal, con un sentimiento ético, con una postura ética ante los hechos y la conciencia humana, Sanz del Río crea en España una ideología que marcará un progreso en todos los órdenes.

Por lo pronto hay un rechazo de plano a toda la ideología fraseológica oficial. Sanz del Río, lo mismo que después Giner, no permanece en los clásicos estudios españoles, de superficialidad absoluta. Pero no se abandonará a la simple especulación, tampoco. Los dos, lo mismo que todos sus discípulos, van a estar en constante referencia a la situación del momento en el que viven. Situación a la que pretender reformar en ideas y con soluciones totalmente pragmáticas. Reflejo de esta mentalidad es la Institución Libre.

La operatividad del sistema, de la mentalidad krausista mantenida por Sanz del Río y Francisco Giner consigue llegar al máximo. Es doctrina que, en el fondo, no es sistema cerrado, por lo cual consigue la incorporación de las mentalidades del momento. Implícita lleva una actitud de protesta que a medida que pasa el tiempo se va haciendo más clara, más general sobre todo en el campo ético. Y más concreta en el plano educativo. Las referencias al momento actual que realizan todos, es otro reflejo de esa íntima actitud que va implícita en el krausismo positivista.

Esta actitud lleva a un cierto cercamiento de los krausistas con el socialismo. Así, el propio Giner se interesa vivamente por las doctrinas socialistas y llega incluso a opinar que la “cuestión social”, como entonces se decía, determinaba la conveniencia “de una modificación visible en las ideas y en los hechos que al Estado se refieren”.

Y Salmerón, en la defensa de la Internacional en el Congreso, mantenía que la Internacional de Trabajadores venía a consagrar un nuevo principio de vida y

Él ponía a la sociedad a los principios que representaba la organización internacional, no ya por encima de las instituciones y poderes del Estado, sino por encima de los mismos principios religiosos.

Importancia El krausismo ha suscitado el estudio, por vez primera en España, de los temas sociológicos. Ha hecho renacer el espíritu filosófico español y puede decirse, con Antonio Zozaya, que “toda la nueva España es hija de Giner”.

El propio Menéndez Pelayo, su más declarado contrincante, tuvo que reconocer en 1886 que gracias a los krausistas se despertaron en España los estudios filosóficos.

El padre P. Jobit es más categórico. Afirma:

Lo que yo quiero decir es que el krausismo ha tenido una acción profunda sobre la Universidad española y a través de ella sobre toda una parte de la juventud pensante que por reacción –obligándoles a tomar conciencia de ellos mismos- ha actuado sobre los partidos y grupos espirituales que la combatían. En una palabra, ha penetrado con su calor, inquietud y sus problemas, en toda la España contemporánea, simpática o adversaria. (Op. Cit. P. 5)

Con palabras de Ortega y Gasset:

Por los años del 70 quisieron los krausistas, único esfuerzo medular que ha gozado España en el último siglo, someter el intelecto y el corazón de sus compatriotas a la disciplina germánica. Mas el engaño no fructificó porque nuestro catolicismo, que asume la representación y la responsabilidad de la historia de España, ante la historia, acertó a ver en él la declaración del fracaso de la cultura hispánica y, por tanto, del catolicismo como poder constructor de pueblos. Ambos fanatismos, el religioso y el casticismo, reunidos, pusieron en campaña aquella hueste de almogáraves eruditos que tenían plantados sus castros ante los desvanes de la memoria étnica.

Hay que ser objetivos, sin embargo. No completaban los krausistas todo el grupo liberal progresista. Estaban los llamados contemporáneos. Estos suman la doctrina krausista a la dialéctica hegeliana, al doctrinarismo revolucionario de Proudhom o al positivismo radicalizado de Comte. Son los que introducen a Kant y a otros pensadores alemanes así como dan noticia también de las distintas actividades culturales no solo de Alemania sino de Francia, Gran Bretaña... No solo el krausismo y la ILE modificaron el panorama intelectual español de finales del siglo...

Sin embargo, es característico de todos ellos, y por lo que surge precisamente el enfrentamiento a la ideología oficial, el considerar no solo la forma política del Estado actual como necesariamente negativa, sino a toda la cultura y tradición española. Más bien, el rechazo a la posición dominante que la iglesia católica y el clero más o menos trabucaire habían tenido y tenían en la sociedad española. Y, como tal, hay que prescindir absolutamente de esa forma política para el futuro, implantando unas estructuras completamente modernas.

Persecuciones La introducción de estas ideas costó persecuciones continuadas. De algunas que padeció Sanz del Río ya he hablado en su entrecruce con la Segunda Polémica. Francisco Giner le sucede en potencia ideológica y ética. Y Giner se ve desposeído de su cátedra en 1875 y en 1883. Y, por no retractarse de sus opiniones, pasa cárcel. Las depuraciones de catedráticos, de pensamiento krausista en su inmensa mayoría, quedaron expuestas en páginas anteriores. No compensan, realmente, la expulsión en algunos momentos como los republicanos de algunos neocatólicos...

Con la mayor concretización de las ideas krausistas, con la adopción de su talante ético principalmente por todos los sectores, la profundidad intelectual y conceptual se va perdiendo. Aumenta, eso sí, la fuerza de la actitud ética. Actitud de protesta frente a la corrupción que aumentó tras la llegada de la Restauración.

Es un terreno propicio para ser atacado. Así, los tradicionalistas van a insinuar que esa actitud va decayendo cuando la Institución va obteniendo logros. Un discípulo de Menéndez Pelayo, fiel, Bonilla y San Martín, escribía en 1914:

Aparte de esto, entre los arrojados krausistas de entonces, que proclamaban sus ideas a los cuatro vientos y sufrían persecución *por la justicia*, y ciertos ladinos sucesores de ahora, que cubilitean en todos los presupuestos, van del brazo con todos los Gobiernos y no buscan tanto la afinidad del pensamiento como las concomitancias de la conducta, me atengo más a los primeros que a los segundos.

De las personalidades de este sector más destacadas que intervienen en la Polémica de la Ciencia Española –Azcárate, Salmerón, Perojo...- destaco una: Manuel de la Revilla. Y voy a detenerme en ella tanto por su juventud como por ser una auténtica figura tipo de nuestro siglo XIX, con todas sus contradicciones. Y, además, por ser el periodismo su verdadero campo de acción, su arma más temible.

La figura de Manuel de la Revilla, además, está en casi total olvido en nuestra historia, como tantas otras.

Manuel de la Revilla. Su vida y su tragedia: el periodismo

“Una inteligencia que vivió a expensas de un organismo débil y enclenque”, Manuel de la Revilla había nacido en Madrid el 26 de octubre de 1846. Hijo único de D. José de la Revilla, patrocinador de la marcha a Alemania de Sanz del Río como becario oficial del gobierno.

Contaba Manuel de la Revilla, al comenzar la polémica, 29 años. Y ya era considerado como una de las personalidades poderosas del momento. Personalidad de paso meteórico por la escena porque murió a los 34 años, completamente loco (¿esquizofrenia?).

A los veinte años había fundado un periódico de intenso matiz revolucionario, *El Amigo del Pueblo*. Después colabora en *El Pueblo* que, fundado en 1860, defendía la República unitaria.

Manuel de la Revilla brillaba en Ateneo donde estaba considerado como uno de los más ardientes revolucionarios. Y, sin embargo, y en el fondo, Revilla no lo era. De sí mismo llegó a exclamar:

Yo tengo la desgracia o la fortuna de estar siempre fuera de todos los extremos; y digo que es gran desgracia, porque al que en tal situación se encuentra siempre está recibiendo descargas por derecha y por izquierda: si no estoy conforme con la conservaduría literaria y artística, menos lo estoy con la demagogia que se levanta.

Este justo medio constituyó, unido al afán del triunfo fácil, del triunfo personal por encima de otras consideraciones, que su padre le inculcó como fin y supremo destino, la gran tragedia de Manuel de la Revilla: nunca consiguió vivir de acuerdo consigo mismo, ni con el medio social que le rodeaba. Esto, y su apasionado afán por la justicia y la verdad, hicieron que la miseria económica rondara en sus entornos de modo permanente.

Ya muy joven, con doce años, había leído a casi todos los enciclopedistas por consejo y bajo la dirección de su padre.

Manuel de la Revilla jamás consiguió ser joven. Cuando llegó a la Universidad, prácticamente un niño, con toda la carga de sus impresionantes lecturas sobre un cuerpo enclenque, miope, con su sombrero de copa y su bastón, el contraste debió ser formidable. Su amigo González Serrano, uno de los dos o tres que tuvo comenta:

Como Revilla era por entonces un consumado orador y hasta escrito público, parecía, tratado de lejos, caricatura de presumido doctor, lo cual le valía repulsa y enemiga de los condiscípulos, y le mantenía en un completo alejamiento de todo trato social.

En la Universidad encuentra a Salmerón. Es, Salmerón, otro jovencísimo profesor. Nacido en Almería en 1838, a los veinte años era profesor auxiliar de Instituto; a los 25, Catedrático de Universidad. Su pensamiento se adscribe al krausismo. Y Revilla se unirá al momento al pensamiento de la personalidad que más le influyó, a Salmerón,

Es curiosa la profunda diferencia de posturas que, ante el mismo catedrático, tienen Revilla y Menéndez Pelayo. Acostumbrado el primero al pensamiento filosófico, más o

menos profundo, pero filosófico y a las ideas de la Ilustración, entra en el terreno de la admiración, no solo personal, sino de doctrina. Aunque más tarde abandone este campo, demasiado débil para su posterior radicalización.

Por el contrario, Menéndez Pelayo tendrá que huir matriculándose fuera de Madrid de la misma asignatura, del mismo catedrático. Los prejuicios que el santanderino trajo al llegar a la Universidad Central le impidieron el más mínimo acercamiento o comprensión hacia una materia que no era, precisamente, de bibliografía o crítica histórica y, sobre todo, de la personalidad de quien impartía esa materia: metafísica.

Estas dos tan dispares posturas se van a reflejar en la antipatía personal que, de entrada, existió entre ambos. Antipatía personal que solo fue superando el tiempo y sentirse compañeros del claustro universitario.

Para Manuel de la Revilla la máxima aspiración de su vida llegó a ser una cátedra de Universidad. Hay que tener en cuenta que, entonces, la Universidad era uno de los centros de la vida intelectual de España. Y un catedrático de entonces pesaba, además, en toda la trayectoria política de la nación.

Por fin, durante los primeros momentos de la Restauración se presentó a oposiciones. Propuesto en primera posición en la terna, Cánovas aceptó conceder el nombramiento, a pesar de que fuese declarado peligroso y fogoso republicano. Y Revilla fue catedrático de Literatura General e Historia de la Literatura española.

Esto confirmó lo que algunos de sus contradictores afirmaban de las reacciones de su carácter. Que era interesado y calculador, lo que resultaba completamente falso. Ya antes había puesto de manifiesto las dudas y vacilaciones que, como auténtico asténico, debería mostrar, aunque su facha exterior, como asténico, impidiera notar esas dudas, bien cubiertas por la máscara de la frialdad y la serenidad.

González Serrano recuerda:

A este propósito las oscilaciones y veleidades de mi buen amigo Revilla durante todo el período revolucionario, oscilaciones que le inutilizaron para lo que tenía, según yo creo, singularísima actitud, para la vida política... Efecto de esta inconsistencia, que le hizo en cuarenta y ocho horas, por ejemplo, formular el programa de los rojos, y escribir después disparando bala rasa contra ellos, era la excesiva impresionalidad de su carácter.

Las convicciones ideológicas de Manuel de la Revilla no fueron totalmente constantes. De entrada, el krausismo le sedujo pero poco a poco fue acercándose a un

positivismo radical, en la línea de Azcárate, para ir lentamente hacia el hegelianismo. Desencantado de la política, se retraía cada vez más en este terreno, concentrando sus esfuerzos en los estudios literarios y en los trabajos de cátedra. No por eso abandonó el campo que, posteriormente, bautizarán con el nombre de izquierdas. Lo que entonces se calificaba de progresista, lo fue siempre.

Aunque la cátedra de Universidad era su destino, Revilla dedicó al periodismo, realmente, toda su existencia. Era el camino del triunfo personal más fácil. También, el de la labor inmediata que exigían las circunstancias. Aparte de fundar *El Amigo del Pueblo* y colaborar en *El Pueblo*, escribió de modo regular en el *Boletín Revista de la Universidad de Madrid*.

Pero donde sus escritos se aguardaban con auténtica impaciencia ya para escribir atacándole, ya para escribir en su apoyo o por el único deseo de conocer lo que Revilla decía de una u otra cosa, eran los escritos en la *Revista Contemporánea*. En ella, Revilla llevaba una sección fija: "Revista Crítica". Irán apareciendo en esa sección las crónicas de la Real Academia, las conferencias de Ateneo, los estrenos de música, de arte... y las contestaciones a Menéndez Pelayo.

Más tarde funda, con Peña y Goñi, *La Crítica*. No abandona en momento alguno sus deberes como colaborador fijo, imprescindible para la marcha de alguna revista.

No puede separarse del periodismo esta figura. Es él uno de los que interviene, de modo efficacísimo, en la primera protesta política conjunta de la prensa, protesta que se hará célebre con el nombre de *Declaración de la prensa republicana*. Protesta desoída, naturalmente, en aquellos momentos por el gobierno.

Casi toda su obra se encuentra dispersa e inédita. Ateneo de Madrid publicó en 1883 algunos de sus ensayos, de sus artículos, con prólogo del propio Cánovas del Castillo bajo el título **Obras de D. Manuel de la Revilla**. También algunas de sus poesías fueron recogidas en un volumen.

Falta recopilar todos los artículos que, como crítico, publicaba asiduamente. Una labor crítica en la que fue considerado en su tiempo como uno de los mejores. Amigos y adversarios reconocían su imparcialidad, su precisión, su justicia.

Entregado al periodismo Revilla ha sufrido el mal de muchos pseudos-intelectuales. La más auténtica vocación de muchos de estos se ha visto envuelta en la más inmediata aceptación y reconocimiento públicos. Esa gasa de la vanidad triunfadora ha impedido la realización de lo que, auténticamente, querían realizar. ¿Habría algo de impotencia implícitamente reconocida para la labor a la que le destinaron los padres de Manuel de la Revilla?

Sin embargo, en el momento preciso de actuación, en el momento coyuntural que a Revilla le tocó vivir, el periodismo ejercía mayor influencia que el libro. Influencia que solo permanece en el artículo del día, pero que en ese momento puede llegar a ser profunda.

Y profunda debía ser la que ejerciera Revilla. Y debió ser así porque es él, precisamente, quien recibe mayor número de ataques por parte del grupo ultramontano, de los tradicionalistas. Ha de defender, incluso, la memoria de su padre que, para neocatólicos como Vicente Barrantes, tenía una responsabilidad ante la nación y ante Dios por haber apoyado la marcha al extranjero de estudiantes universitarios españoles. Estudiantes que quedaron “contaminados” de ideas “extranjeras” y que habían vuelto decididos a difundirlas en España con enorme peligro para la esencia sustancial de esta. D. José de la Revilla es reo ante la historia tanto por Sanz del Río como por Manuel de la Revilla.

Tradicionalistas, su auténtico siglo

Pasamos ahora al grupo tradicionalista o casticista. Representa en la Corte, en el Congreso, en los Ateneos y círculos políticos, las aspiraciones de lo que, arma al brazo, intentaban mantener una solución al problema España que arrancaba, como solución, falsa desde sus principios. Si negaban a la monarquía alfonsina su legitimidad histórica, defendían otra ilegalidad al no tener en cuenta que su propio rey había nacido en territorio no español, por lo que su entronización era imposible según los principios por los que combatían. Pero, a pesar de todo, mantenían la estructura monárquica.

Los carlistas se encontraban con el apoyo de la Iglesia. Muchos pensadores y pseudos-intelectuales católicos apoyaban, aunque sin llegar a extremismos absurdos, a los tradicionalistas. Formaron lo que se dio en llamar neocatólicos o ultramontanos.

El nombre implicaba no solo una confesión de partido religioso, sino también una serie de posturas políticas, intelectuales...

Este grupo se plantea los problemas fundamentales de España con un enfoque totalmente reaccionario. Para sus miembros, las estructuras políticas y religiosas españolas han llegado a la máxima perfección en la Edad Media. En el terreno escolástico el pensamiento de la Iglesia ha alcanzado su punto más culminante con Tomás de Aquino. El pensamiento tomista se convierte en prácticamente dogma...

Naturalmente, la Inquisición se presenta como un Tribunal de la máxima importancia. Gracias a él no han penetrado en España las ideas mezquinas, nocivas y bárbaras que los siglos posteriores han creado en el extranjero.

Es una convicción que lleva a este grupo a un combate dialéctico contra los difusores, para los que difunden las ideas procedentes de “las nieblas hiperbóreas”, que llevan implícito el germen de la heterodoxia religiosa, del cambio en lo político, de la evolución histórica hacia un futuro, porque niegan la perfección absoluta eterna...

Como fines del Estado, este grupo asigna unos cometidos trascendentes, antipráticos, de total adscripción o filiación religiosa. La libertad individual queda constreñida a seguir unas pautas muy determinadas que se quieren de perfección moral y religiosa. Se exige un cierto inmovilismo interior.

Este grupo se convierte, al atenuarse un tanto su extremismo, en el brazo decisivo que apoyará la Restauración y la intentará mantener dentro de su credo.

Representantes: su labor periodística De este grupo se nos muestran como máximos representantes: Nocedal, Ortí y Lara, Vicente Barrantes. Hay que agregar la personalidad de Campoamor, la de Pereda, Gumersindo Laverde porque el pensamiento de estos, aunque adscrito a la línea neocatólica o ultramontana, no alcanza las sublimidades de los puramente ultramontanos. Hasta hay momentos en que llegan a chocar con ellos, por la impresionante rigidez de Nocedal, máximo pontífice del grupo en el Congreso junto a Ortí y Lara.

Y, por encima de todos, se nos aparece Menéndez Pelayo. En aquellos momentos, con diecinueve años, se incluía en la más rígida línea del grupo tradicionalista. El paso del tiempo consiguió hacer de Menéndez Pelayo un personaje algo más liberal a cambio de introducirse aún más en el siglo XVI, siglo en el que él se sentía verdaderamente cómodo.

Nocedal – Ortí y Lara Cándido Nocedal, nacido en La Coruña en 1821 y muerto en Madrid en 1885, pasó de liberal en su juventud a ser el máximo representante de D. Carlos

de Borbón en la Península cuando en ella no se encontraba D. Carlos. Su labor en el periodismo destaca con la fundación de *La Constancia* y, principalmente, *El Siglo Futuro*. Periódico este que recibió duros ataques, en réplica a los por él hechos, hasta del propio Menéndez Pelayo.

Su simpatía por el periodismo, arma fundamental del momento, pero arma algo moderna en el fondo, se refleja en las primeras palabras que aparecen en *La Constancia*:

Bajamos con pesar a este charco de inmundicia que se llama Prensa...

Consecuente con sus principios religiosos, Juan Manuel Ortí y Lara fue privado de su cátedra de Metafísica en Madrid por negarse a jurar la Constitución de 1869.

Ortí y Lara fue uno de los protagonistas más destacados que incitaron al gobierno a la expulsión de los heterodoxos Sanz del Río y demás krausistas de las cátedras que ocupaban.

Con Caminero desencadenó una campaña en la que demostraba todos los errores filosóficos del krausismo. Y hasta tal punto los tradicionalistas consideraron acertadas sus críticas que, según García y García de Castro, Menéndez Pelayo solo se reservó “el papel de clavar en la picota la barbarie de aquel lenguaje de morería”, después de haber dado por concluidos los aspectos filosóficos del problema, sin más que hacer “suyas las conclusiones de los ilustres apologistas”.

Ortí y Lara hizo resurgir el pseudónimo *El filósofo rancio* que allá por los años de la Constitución de Cádiz, aparecía al pie de violentos artículos católicos que precisamente atacaban a esas Cortes.

Vicente Barrantes Y, por último, voy a ocuparme de otra de las figuras más significativas de este grupo; del escritor, académico y periodista pacense D. Vicente Barrantes.

Vicente Barrantes solo debió añorar un puesto: Jefe de Gobierno. Tuvo, en vida, todos los demás. Surgió al periodismo en Badajoz, en *El Guadiana*, en 1847. Pronto pasó a Madrid como redactor de *El Teatro Español* en 1849. Ascendiendo en su labor de prohombre político, no abandonó el campo periodístico. Se convirtió en colaborador fijo de *El Mundo Pintoresco* de Madrid, *El Mundo Ilustrado* de Barcelona y muchos otros periódicos y revistas. Y en corresponsal cubierto por el anonimato del *Diario de Barcelona*.

Siguiendo la costumbre de la época también montó su propio, su personal periódico. Como título, *Las Píldoras*. El cuerpo de redacción contaba con un solo hombre, el mismo que hacía de director, Vicente Barrantes. Y, todos de acuerdo, decidieron que *Las Píldoras* fuera un periódico satírico. Y, por orden gubernativa, *Las Píldoras* fueron prohibidas a poco de aparecer.

Y siguiendo la costumbre del periodismo de la época, de todas las épocas, hacía aparecer su firma con los pseudónimos “Publicio” o bien “El Abate Rascarrabias”.

Por más conocidas dejo las figuras de Laverde y Menéndez Pelayo. Cuando trate de los inmediatos motivos de la Polémica, reseñaré esquemáticamente ambas personalidades.

Tipos de prensa

Es la prensa, en los momentos inmediatamente anteriores a la Restauración, uno de los factores de mayor influencia política.

Hay, en división ya clásica, dos tipos de periodismo: el de invectiva, de polémica constante y cierta demagogia, y el periodismo formativo que, al rigor de la información, añade un sentido orientador, de pensamiento.

Se puede hablar de un tercer tipo de prensa. Aquel que, sin ser de invectiva, tampoco es formativo. Es el que se corresponde a períodos históricos muy concretos. No informa a una opinión pública que, en general, tampoco existe, o carece de oportunidades para expresarse en esos momentos. Es un periodismo deformante, uniforme en los escasos sectores diferenciados que permite la coyuntura circunstancial.

La prensa surgida en la década de los sesenta corresponde al primero de los tipos expresados. Y, precisamente por ello, pudo ser considerada como un auténtico *cuarto poder*.

Si Castelar, dirigiendo *La Democracia*, por publicar el artículo “El rasgo” provocó una violenta reacción del gobierno, con su destitución y obligación a los demás catedráticos de firmar una adhesión a la reina, y de los estudiantes, con la trágica noche de San Daniel, la campaña de los neocatólicos en sus periódicos consiguió la expulsión de todos los catedráticos considerados krausistas.

Esta verdadera influencia la tenía la prensa por ser el campo en el cual todos los pensadores, políticos e incluso medianías aprovechadoras, acudían. En ella se daban a conocer. En ella trataban de mantener su prestigio.

Juan López Núñez, en artículo aparecido en la Revista *Por Esos Mundos*, bajo el título “La Prensa Española”, escribe:

Todos los que en España valían y representaban algo, intelectual y políticamente, agrupáronse en torno de la libertad, y por ende en derredor de la Prensa: Castelar, Galdós, Bécquer, Tassara, Valera, Núñez de Arce, Albareda, Lorenzana, el mismo Asenjo Barbieri, Salmerón, Pi y Margall, Figueras, Fernández y González... Todos, todos los que al nacer traían en sus almas secretos tesoros de gloria para nuestra Patria, desfilaron por la Prensa y en ella fueron dejando preciosos jirones de su espíritu...

Sobre un pueblo que todavía tiene, al nacer el siglo XX, el 50 % de su población analfabeta, es verdaderamente curioso notar la influencia tan enorme que tenía la prensa. Nuevamente se presenta ante nosotros la realidad de que el pueblo español jamás ha intervenido en el siglo XIX en la marcha de su propia historia. Los periódicos influían, ciertamente. Pero solo sobre el sector prepotente instalado sobre el resto de la nación. Esta, en su mayoría, no se enteraba de lo que ese sector disponía para su gobierno y en su nombre.

Antonio Asenjo viene a confirmarnos estas palabras en su historia, breve, **La prensa madrileña a través de los siglos** aparecida en Madrid en 1933. Escribe:

Los periódicos, hasta el último tercio del siglo XIX, eran casi todos de pequeño tamaño, y sus presupuestos lo bastante reducidos para vivir con una modesta tirada.

Caracteres del periodismo revolucionario... Durante la República el auge periodístico es magnífico. Triunfante la Revolución de septiembre, en los tres primeros meses de 1868 aparecen más de noventa títulos de periódicos y revistas nuevos. Desde septiembre de 1868 hasta finales del 70, más de 360. Realmente las libertades que la Revolución trajo consigo permitieron el nacimiento de más de un periódico por día en los primeros momentos. Una explosión efímera de publicaciones efímeras...

Estas libertades no fueron vistas, sin embargo, con la misma simpatía por todos los sectores. Alfonso Escobar, marqués de Valdeiglesias, director de *La Época*, máximo representante periodístico de los alfonsinos, nos da una imagen de la prensa revolucionaria extremista, pero también de la monárquica y del estilo en el que se situaban los ataques y defensas de unos y otros:

Los periódicos que atacaban más duramente a la situación eran los republicanos opositores, los cuales se leían tanto o más que los gubernamentales de la Revolución

Y más adelante agrega:

A fin de contestar a la prensa extremista, que amenazaba sagrados intereses, y contrarrestarla si era posible, se publicaron algunos semanarios satíricos, en apariencia escritos por revolucionarios, pero que, en realidad lo estaban por monárquicos del antiguo régimen y por carlistas.

Su objeto era asustar a las clases conservadoras, a las personas de orden, del peligro que les amenazaba, para que adoptasen medidas defensivas contra él. (T. I, p. 101-102)

...y del periodismo bajo la Restauración La llegada de la Restauración cambió totalmente el tono del periodismo. De la invectiva máxima que suponía la prensa revolucionaria de la que se hacía pasar por tal según cuenta el marqués de Valdeiglesias se pasa a una prensa de orden. Ya no habrá explosiones de libertad que lleven a publicaciones de aparición meteórica, a veces ni una semana de duración, en el número de nuevos periódicos. El orden penetra en todas las estructuras españolas.

Se pasa a un tono de moderación, despojándose del apasionamiento del período anterior. Pierde su agresividad política. Pero no todo su matiz polémico –el poso del republicanismo aún no ha desaparecido–, que ahora ha de buscar nuevos campos. Los encontrará en la crítica, la historia, la literatura...

La pérdida de agresividad política, de apasionamiento exaltado, hace que la prensa muestre una aparente superioridad sobre la del período anterior. La aparente mesura y calma permiten el surgir de revistas culturales, formativas, aunque de casi nula información de lo que ocurre en el momento. Y hacen que las revistas ya existentes de este tipo alcancen una mayor difusión, un mejor renombre.

Permanecen y se crean publicaciones periódicas características del sector burgués. Además, la publicidad hace su entrada permitiendo una cierta estabilidad de la empresa fundadora y una mayor tirada de ejemplares.

Las revistas de la Polémica

Entre estas publicaciones hay cuatro que tienen, para este trabajo, un primerísimo interés. Están agrupadas en dos sectores: los sectores que corresponden a tradicionalistas y progresistas.

En el primero: *Revista Europea* y la *España Católica*. En el liberal: *Revista Contemporánea* y *Revista de España*. Los frentes de la Polémica, los situados en primer lugar en cada bando. La inicia la *Revista de España*. *España Católica* reproduce los artículos de Menéndez Pelayo contra Revilla a los que este contesta en *Revista Europea*.

Alma de la *Revista de España*, José Luis Albareda había nacido en Sevilla en 1829. Y explotó, como andaluz, sus gracias personales. Empezó como periodista en *Las Novedades*; su andalucismo, siempre en aumento, le llevó a fundar en 1860 *El Contemporáneo* que, a pesar de su conservadurismo se colocó en la oposición gubernamental. Será en 1868 cuando funde *Revista de España*.

Fue, durante la Restauración, gobernador de Madrid, ministro de Fomento y de la Gobernación. Embajador en París, la anécdota cuenta que, al llegar a la capital de Francia hizo publicar en los periódicos la nota siguiente:

El nuevo embajador español es monárquico en España y republicano en Francia.

Verdadero modelo en publicaciones de su índole la *Revista de España* alcanzó una serena reputación. En ella colaboran Cánovas, Azcárate, Valera, Echegaray... Los intelectuales ensayistas de más categoría del momento. Ya en la “Introducción” se apuntan los propósitos de la revista, muy claros: monárquica-liberal-independiente. Y a estos principios tratará de mantenerse fiel toda la historia de la revista.

Revista Contemporánea Surge a finales de 1875. Como director y propietario, José del Perojo. Como colaborador fundamental, Manuel de la Revilla. Realmente, un modelo de revista cultural, de profundo contenido intelectual.

Perojo tenía entonces 27 años. Nacido en Cuba, estudiante fuera de España, se doctoró en filosofía por Heidelberg, cuna entonces del neokantismo. Allí conoció a Kuno Fisher, profesor y rector de la Universidad, que ejercería sobre su pensamiento honda influencia.

Vuelto a España, comenzó a publicar trabajos sobre los filósofos alemanes. En 1875 había publicado la primera serie de sus “Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania” cuyo primer artículo titulaba “Kant y los filósofos contemporáneos”. Después irá estudiando, paulatinamente, a Schopenhauer, Fechner, Wundt... Traducirá al castellano

y por vez primera, la **Crítica de la razón pura** de Kant con un prólogo y la vida de Kant escritos por Fischer.

No abandona el periodismo. Será el fundador y director de *La Opinión* en 1886, *Nuevo Mundo* en 1894, *El Teatro*, en 1900. Por último, de la revista gráfica *Por Esos Mundos* que hará renacer, en 1912, la Polémica. Únicamente hacer constar que mantener la *Revista Contemporánea* le llevó, prácticamente, a la ruina económica.

El primer número de esta última revista aparece completo de traducciones extranjeras. Novelas alemanas, autores ingleses, ensayistas belgas, la “Vida de Kant” de Kuno Fisher... Y la sección que se hará fija de Manuel de la Revilla, “Revista Crítica”. De esta sección, incluida siempre en las últimas páginas de cada número, que ocupan las 121 a 128 en el primero, voy a transcribir un extracto de la declaración de propósitos.

Propósitos de la “Revista Crítica” Es un reflejo muy justo del pensamiento que entonces tenían de nuestra situación los intelectuales. Fiel reflejo del periodismo crítico que Revilla ejerció.

Sus palabras parecen cobrar extraña dimensión de actualidad. Y de permanencia en nuestra historia. El recuerdo de Larra lo atestigua. Revilla escribe:

Dar cuenta sumaria, pero exacta y razonada, de las principales manifestaciones de la vida intelectual de España, ya examinando los libros más importantes que se publiquen, ora reseñando los debates y trabajos de todo género de las Academias y Ateneos, ya, en fin, dando idea de las producciones que aparecen en nuestros teatros, es el objeto de estas revistas críticas, que han de ser, según esto, una sumaria pero fidelísima crónica del movimiento intelectual de España.

En este país –donde no resuelta todavía la célebre cuestión planteada por Larra acerca de si *no se lee es porque no se escribe o no se escribe porque no se lee* apenas se publican al año media docena de obras y se representan otras tantas producciones dramáticas que merezcan especial atención- la tarea que nos imponemos no deja de ofrecer serias y casi insuperables dificultades...

Aquí, por el contrario, la actividad intelectual apenas se manifiesta. La vida del espíritu se halla reconcentrada en Madrid y unas cuantas capitales de provincia, y aun en estos puntos solo se manifiesta en algunas, muy pocas, publicaciones verdaderamente notables, y en los debates de algunos centros científicos y literarios. (.) A los trabajos de estas corporaciones, a las escasas publicaciones que hemos mencionado y a algunas producciones dramáticas se reduce ¡triste es decirlo! la vida intelectual de nuestra patria.

¡Y aun si esta actividad se desplegara en todas direcciones! Pero al paso que en el extranjero se cultivan por igual todos los ramos del saber humano, en España únicamente logran favor las bellas letras y la filosofía, yaciendo las ciencias experimentales en lamentable atraso. Cuando la Europa culta se preocupa ante todo de los arduos problemas que suscitan estas ciencias... España apenas contribuye a este movimiento portentoso.

Regístrese el catálogo de publicaciones españolas, y difícilmente se hallará alguna que a las ciencias naturales se refiera, y caso de hallarse, no competirá de seguro con las notabilísimas que aparecen en el extranjero. La generalidad de nuestros científicos da escasa pruebas de actividad, y, lo que es más triste, si algo hacen, muestranse apegados a rancias doctrinas y a añejas y anti-científicas preocupaciones.

Manuel de la Revilla y la *Revista Contemporánea* no pertenecen al campo krausista, aunque los ataques que reciban por parte de los neocatólicos lo quieran así. Revilla, en su sección, hace una breve, pero clara exposición de las dudas y oscilaciones del sistema krausista, su indecisión entre la dirección individualista y la socialista, por ejemplo. Habla con respeto de un sistema al que perteneció, pero ya no. Y Perojo viene de Alemania entusiasmado con las doctrinas neokantianas.

Revista Europea En el campo opuesto tiene la máxima representación periodística la *Revista Europea*. Su tono es moderado. No llega a los extremos exaltados de algunas publicaciones del sector tradicionalista.

Aparece en 1874, el día 1 de marzo. Ya antes habían existido publicaciones con el mismo título pero de escasísima permanencia. Así, en 1837, 1851... En esta nueva etapa se publicará semanalmente, todos los domingos. Sus editores, Medina y Navarro.

Carece de una mínima introducción con declaración de propósitos. Directamente, “La Filosofía del progreso” firmada por Emilio Castelar. Contiene secciones fijas como un interesante anecdotario bajo el rótulo “Boletín de Ciencias y Artes”, con sueltos en los que se dan noticias de lo que por el mundo ocurre en ciencias, literatura, ingeniería, artes... Y cifras estadísticas.

Su tono de liberalismo lo demuestra en las firmas de los artículos, en los temas de muchos de estos. Así, el propio Revilla publicará en esta Revista, precisamente, las *Cartas inéditas de Don Julián Sanz del Río*, en los números 3, 5, 6 correspondientes a marzo y abril del primer año de publicación, 1874.

LA POLÉMICA DE LA CIENCIA ESPAÑOLA

Antecedentes inmediatos. Prejuicios antikrausistas Según Bonilla, Menéndez Pelayo estudió en la Universidad de Barcelona por dos motivos principales: 1º, vivía en la ciudad condal un amigo de su padre, el Dr. Luanco, erudito investigador de la historia de la Alquimia en España; 2º, las doctrinas racionalistas de algunos catedráticos de Filosofía y Letras de Madrid no eran del agrado del padre.

Esto supone la creación, en el espíritu del joven estudiante, de un prejuicio de animadversión contra las doctrinas de esos catedráticos y contra estos mismos. No penetrará en el fondo ideológico del sistema, sino en la antiestética gramatiquería que emplean. Ya Clarín señaló esta postura previa de crítica y censura, sobre todo basada en el idioma. “¡Jamás pasaría él (Menéndez Pelayo) por aquello de la *egoidad!*”.

Por otra parte, la Universidad de Barcelona era reducto ganado para la escuela escocesa, hamiltoniana. Su máximo representante, Milá y Fontanals, catalanista y profundamente católico, al ejercer una influencia decisiva, al convertirse en *el* maestro para el Menéndez Pelayo de entonces, le apartará definitivamente del campo progresista liberal.

Así, a D. Marcelino, cuando se trasladó a Madrid, por trasladarse el Dr. José Ramón de Luanco, en el curso 1873-74, el enfrentamiento por los pasillos, a la salida de clase, con los entusiasmados krausistas, le provocó un estado de completo desasosiego. Sobre todo al llegar la época de los exámenes, junio, mes del que afirmará “de infausta recordación” en carta a su amigo de Barcelona, Rubió y Lluch. En esta nos relata una imagen del Salmerón catedrático en el momento de indicar cómo suspenderá a todos los alumnos de primer año de asistencia a sus clases.

Y el 30 de mayo escribe a sus padres indicando se traslado a Valladolid para aprobar la asignatura de Metafísica.

Mientras, en Barcelona, la Facultad de Letras publicaba el periódico *Miscelánea científica y literaria*. Creada en 1874 se mantuvo esta revista, eminentemente universitaria, todo ese año y el primer semestre de 1875.

Primeros ataques de Menéndez Pelayo Y en esta revista Menéndez Pelayo publica en 1874 un violento artículo contra Manuel de la Revilla. Este había sacado a luz unos **Principios generales de literatura** y realizado una crítica del libro de Adolfo de Castro **Obras inéditas de Cervantes** que no le había agradado.

El artículo de Menéndez Pelayo en la revista de la Facultad, en *Miscelánea*, tiene frases como

Pero, ¡ya se ve!, el pobre don Manuel no ha tenido tiempo para engolfarse en el estudio de añejos manuscritos y ratonadas ediciones, ni siquiera para recorrer las páginas de un libro que acaba de salir de las prensas. Harto trabajo ha tenido con la publicación de las cartas inéditas de su inolvidable maestro Sanz del Río, que nos ha dejado soporíferos, tan recomendables como la **Analítica** y **El ideal de la humanidad**, libros que honrarían la literatura del Congo y Mozambique.

Y refiriéndose en concreto al libro de Revilla, a los **Principios generales**,

Resulta, pues, una rapsodia infernal, un libro de taracea, una colección de necedades, un cúmulo de simplezas, una compilación de boberías, un libro *escrito en krausista*, para decirlo de una vez.

Son ataques a los que no se responde. Pero se deja el ambiente cargado y preparado para la explosión posterior.

La huida a Valladolid permite el encuentro de Menéndez Pelayo con D. Gumersindo Laverde, catedrático en esta ciudad por entonces. Es un encuentro, amistoso, que tendrá magníficas consecuencias. Lo mismo que lo ha tenido el de Madrid con Salmerón, antagónico.

Laverde había escrito ya unos *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción pública españolas*. Y es en este ensayo en el que se encuentra contenido todo el germen del plan que va a seguir Menéndez Pelayo en la Polémica. Será Laverde, precisamente, el motivador e incitador auténtico, el que marca los pasos de lo que tiene que ir haciendo Menéndez Pelayo.

Ya en 1875, en carta fechada en 9 de junio en Nueva, animaba Laverde a Menéndez Pelayo a entrar en campaña contra el krausismo. Le indica que lo está haciendo, pero muy débilmente, Campoamor. Como afirma García y García de Castro:

El discreto catedrático compostelano (.) había descubierto en el krausismo algo más que una academia de mal gusto.

Al acecho El krausismo lo veían los tradicionalistas y neocatólicos como un sistema que atacaba de raíz toda la historia de España. Implicaba una absoluta revolución en la estructura político-religiosa para el futuro. Y los ultramontanos esperan su ocasión para un ataque decisivo.

La Primera República fue una República de profesores. Casi todos salieron del ámbito de la escuela krausista. La Restauración supuso el ataque de los neocatólicos. Muchos krausistas están en el exilio; otros, expulsados de sus cátedras.

Las pruebas y acusaciones más amargas que contra un gobierno se podían lanzar, la inexistencia de científicos, va a ser ahora el campo de batalla. Inexistencia que era lugar común decirlo y admitirlo, con algún otro periódico en contra. Pero la segunda Polémica, con Echegaray como figura central, parecía no haber dejado duda alguna.

Laverde, en 1876, ya ha ido reuniendo material bibliográfico que considera suficiente y más recoge su discípulo Menéndez Pelayo. Se podrán lanzar ahora numerosos nombres y títulos que permanecían desconocidos en nuestra historia científica.

Solo había que aguardar una oportunidad. Mientras los krausistas continúan hablando de sociología, derecho político; mientras otros los atacan por sus conceptos relativos a la monarquía o los regímenes doctrinarios no se podrá lanzar una campaña que se quiera “científica”. No hay motivo, o se podría perder la posible resonancia nacional.

La Polémica se quiere que atienda, de entrada, a una premisa fundamental y que es su tesis previa. Para unos, esa tesis es la falta de pensamiento científico, ahogado por la constante presión de la intolerancia política y, fundamental, religiosa. Para otros, lo es el desarrollo científico bajo la Casa de Austria, es decir, bajo la Inquisición. En cualquier caso, la tesis es que bajo los gobiernos de corte católico no hay desarrollo científico y, con él, desarrollo social como lo han tenido las naciones no sometidas a la intolerancia como lo ha estado la nación española.

Pero los tradicionalistas van a argumentar que ese desarrollo existe y que es desconocido porque las ideas liberales de los últimos años han hecho decaer los estudios y el conocimiento que de ellos se podría tener. Y hay que sacar a luz los nombres y reivindicarlos. Se aturdirá al contrario anegándole en una maraña de precursores y genios

que no se conocen. Aunque, realmente, tampoco los conocen quienes los van a citar con tanto entusiasmo. Pero con su reivindicación, se reivindica la estructura político-católica hispana.

Primera fase: 1876

Y es en este ambiente en el que se produce lo que se ha venido en calificar como primera fase de **la** polémica.

El 28 de Marzo de 1876 había aparecido en la *Revista de España* el IV ensayo de Gumersindo de Azcárate titulado *Las Constituciones irreformables* de la serie *El self-government y la monarquía doctrinaria* que reunirá en libro en 1877. Azcárate, en el Párrafo II: ‘Concepto de lo que es una Constitución’, escribe:

Según que, por ejemplo, el Estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden, y podrá hasta darse el caso de que se ahogue casi por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos. (p. 114 de la 1ª ed. del libro)

Azcárate, aquí, ha tomado la misma tesis que Echegaray, que antes Masson: es el estado, su despotismo político apoyado en la intolerancia religiosa, quien ha impedido que la ciencia se haya desarrollado en España en los últimos tres siglos. Poco antes, en el Párrafo I, Azcárate habla de los ataques que cierto periódico -no cita el nombre, pero se refiere a *El Pensamiento Español*- hace a sus artículos por contener ideas contrarias a las instituciones más fundamentales de la patria. Estas ideas se basan en la petición de libertades mínimas y de la defensa del gobierno por el pueblo y no por monarca absolutista alguno.

En carta fechada el 7 de Abril, en Valladolid, Gumersindo Laverde copia y envía la frase a Menéndez Pelayo. Y añade una nota con guión exhaustivo para una posible réplica. Laverde agrega:

El asunto, como V. ve, es de importancia y de honra nacional, y ya que yo no puedo, desearía que usted empuñase la pluma y refutase con la extensión conveniente, en forma de artículo o de carta, el aserto infundado del buen Azcárate...

Mándemele y yo cuidaré de publicarle donde más convenga. Tiene esto mayor interés cuanto que el ataque va indirectamente contra el catolicismo.

Es la segunda ocasión en la que Laverde incita a entrar en campaña a Menéndez Pelayo.

En esta segunda ocasión, Menéndez Pelayo va a seguir fielmente el plan elaborado por Laverde. El 18 de Abril ya tiene en Valladolid la Carta el catedrático lucense. Quien la retoca, según él mismo confiesa, y la envía a la *Revista Europea*. El 30 de abril, número 114 que comprende los meses de Marzo a Junio, páginas 330-339 del t. VII, aparece la Carta con el título "Indicaciones / sobre la actividad intelectual de España / en los tres últimos siglos". Constituye la Carta I de la Polémica de la Ciencia Española.

Como Carta a Laverde comienza con la cita señalada por este y la afirmación

Sentencia más infundada ni más en contradicción con la verdad histórica no se ha escrito en lo que va del presente.

Y se reconoce que no es Azcárate el único en sustentarla. Posición común a todos los

prohombres del *armonismo* juzgar que la actividad intelectual fue nula en España hasta que su maestro Sanz del Río importó de Heidelberg la doctrina regeneradora, y aun el mismo pontífice y *hierofante* de la escuela jactóse de ello en repetidas ocasiones...

Así como muchos otros, que desconocen que existió filosofía española pero lo desconocen

como el alemanesco doctor que refunde a Hegel, se extasía con Schelling, o martiriza la lengua castellana con traducciones detestables de Kant y de Krause.

Y de esos otros Menéndez Pelayo va a dar un breve panorama: indicará que unos se declaran neo-kantianos, otros se acogen al pesimismo de Hartman, unos se van a la derecha hegeliana y otros a la izquierda hegeliana y de ahí al positivismo; otros se apuntan al decaído eclecticismo francés disfrazado de espiritualismo, algunos se acogen a la escuela escocesa existiendo algunos secuaces del tradicionalismo e incluso numerosa falange acogida al tomismo. Pero nadie se proclama luliano, vivista, ni suarista... Y Menéndez Pelayo agrega

Yo, pobre de erudición y débil de entendimiento; yo, que sólo en la modesta condición de rebuscador y bibliógrafo puedo ayudar a la generosa cruzada por V. desde 1855 emprendida, y por pocos, aunque valiosos sustentadores, apoyada, voy a exponer brevísimas consideraciones sobre el párrafo del distinguido filósofo krausista que me ha dado pie para estas mal trabadas reflexiones.

Materia a materia, nombres y escuelas de los siglos XVI, XVII y XVIII. Es, el XVI, el de mayor altura en todos los órdenes del pensamiento. El XVII decae algo en los terrenos científicos lo mismo que el XVIII, pero sin culpa alguna de la Inquisición. Y esto último sería el reconocimiento explícito de una decadencia en cuanto a las contribuciones españolas en el terreno científico o, en otras palabras, un reconocimiento de las tesis de

Azcárate, de Echegaray. Pero La Polémica de la Ciencia Española no entra en ello. No se debaten esas tesis. Lo que se tiene es otro punto. Se llega a afirmar

Y si (la Inquisición) molestó a Olavide, a Marchena y a algún otro propagandista o secuaz del enciclopedismo, más digna es de encomio que de censura por haberse opuesto, aunque desgraciadamente sin bastante energía, a la importación de doctrinas pobres, rastreras y monstruosamente impías, hoy, para todo hombre de ciencia, de cualquier campo filosófico, dignas de menosprecio y risa.

La Carta II de la Polémica lleva por título **De re Bibliográfica**. En ella se esboza todo un posible programa de trabajo en el que, en primer lugar, se fomente la composición de monografías bibliográficas generales; en segundo lugar, particulares para cada ciencia, y en tercer lugar, se solicita la creación de cátedras en los doctorados de las facultades, con otras instituciones encaminadas al mismo objetivo. Tras esta declaración de propósitos, nueva relación de nombres y, sobre todo, de un índice en el que se recogen las materias de mayor interés en cuanto al estudio de la historia de la ciencia y la cultura españolas. Un índice que, en el fondo, es el programa de trabajo que va a llevar a cabo Menéndez Pelayo a lo largo de su vida.

Esta Carta, fechada en Junio de 1876, se publica en el número 125 de la *Revista Europea*.

Núñez de Arce y los juicios de Revilla En medio ocurren en la vida intelectual española dos acontecimientos muy señalados para La Polémica: la recepción de ingreso en la Real Academia de la Lengua de Núñez de Arce y la recensión del discurso de éste por Manuel de la Revilla en la *Revista Contemporánea*.

El 21 de Mayo de 1876, Núñez de Arce lee su Discurso de ingreso que titula "Causa de la precipitada decadencia y total ruina de la literatura nacional bajo los últimos reinados de la Casa de Austria". Le contestará, en nombre de la docta corporación, Juan Valera con "La decadencia de la Cultura española después de 1680".

Los dos discursos, de Núñez de Arce, de Valera, los reproduce, casi íntegros, la *Revista Europea* en sus números 118 de 28 de Mayo y 119 de 4 de Junio. Como indicación del motivo de reproducirlos, la *Revista* afirma, en referencia a Núñez de Arce:

Su discurso, que ha llamado poderosamente la atención y servido de base a muchas polémicas, quizá no sea un verdadero documento académico, pero tiene un alcance y una trascendencia que no es posible desconocer, y en este concepto debemos reproducirlo.

Y en cuanto al de Juan Valera

...ha sido como una especie de contradicción indirecta a ciertas acentuadas deducciones del Sr. Núñez de Arce, circunstancia que, dadas las afinidades políticas de ambos personajes, sólo puede explicarse, en concepto de algunos, por el espíritu de originalidad e independencia... o por los deberes que le imponía la representación de la Academia...

Matices, ciertamente. Pero Núñez de Arce, en su discurso, ha hecho referencia al despotismo político, a la intolerancia religiosa. Los dos puntos básicos, una vez más, en La Polémica. Y había pronunciado frases como las siguientes:

Sujeto por innumerables trabas, nuestro pensamiento iba lentamente apocándose bajo la sombría, suspicaz e implacable intolerancia religiosa, que se abalanzaba sobre aquella sociedad indefensa, envolviéndola en sus invisibles redes para poder a mansalva extinguir con el hierro y el fuego las opiniones calificadas de sospechosas hasta en lo más recóndito del hogar y en lo más hondo de la conciencia.

Intolerancia y fanatismo religioso, con la Inquisición de por medio y prácticamente la misma metáfora que utilizara poco antes Echegaray. Intolerancia religiosa como la causa de la decadencia de España en todos los órdenes.

El segundo acontecimiento es la aparición en el tomo III, vol. IV, pp. 504-11, de la "Revista Crítica" de Manuel de la Revilla en *Revista Contemporánea*.

A Manuel de la Revilla -frío, y más académico que los académicos de los cuales realiza la recensión- ninguno de los dos discursos le parece apropiado por el lugar en el que fueron pronunciados. Mantiene la misma postura que al ingresar Barrantes y contestación de Nocedal en Abril anterior con propaganda tradicionalista. Para Revilla la Real Academia es un lugar en el que debía estar prohibida la política. Ni de izquierdas, ni de derechas: Literatura y gramática.

Y respecto al fondo de los discursos, señala:

En sus términos generales, la tesis es exacta; la intolerancia, aún más que el despotismo, acabó con nuestra cultura y hubo de precipitar, por ende, a nuestras letras en lastimosa decadencia; pero la sana crítica exige un análisis más delicado y completo, para explicar este hecho, a primera vista tan sencillo y tan complejo en realidad.

Es un hecho que la decadencia científica y literaria no fueron paralelas. A despecho de los que se obstinan en descubrir en aquella época un supuesto florecimiento de la ciencia española, es lo cierto que en este punto caímos bien pronto en lamentable atraso.

Por doloroso que sea confesarlo, si en la historia literaria de Europa suponemos mucho, en la historia científica no somos nada, y esa historia puede escribirse cumplidamente, sin que en ella suenen otros nombres españoles que los de los heroicos marinos que descubrieron las Américas y dieron por vez primera la vuelta al mundo. No tenemos un sólo matemático, físico ni naturalista que merezca colocarse al lado de las grandes figuras de la ciencia; y por lo que hace a los filósofos, es indudable que en la historia de la filosofía puede suprimirse sin

grave menoscabo el capítulo referente a España... no es posible dudar de que en tan triste resultado cabe no pequeña parte a nuestra feroz intolerancia religiosa.

Revilla cita a Laverde y a Menéndez Pelayo, con matizado desdén, sin violencias.

Lo mismo que al discurso de Valera, del que afirma

!Cosas del Sr. Valera!

Revilla ha tomado la postura de Echegaray, de Núñez de Arce, de toda la línea intelectual progresista. Admite la intolerancia como factor básico, aunque matiza siguiendo a Echegaray que la decadencia lo es en el terreno científico y filosófico, no literario ni artístico y pide un estudio más pausado de las causas. Revilla, de esta forma, se limita a responder a las preguntas de Masson con la admisión de que poco nos debe Europa en cuanto a la ciencia y la filosofía, a admitir la inexistencia de científicos, a separar Europa de España pero no entra en la tesis básica: el papel que el pensamiento científico tiene para el progreso y desarrollo de las naciones.

Las afirmaciones de Núñez de Arce llevaron a que Menéndez Pelayo escribiera el 25 de Mayo a Laverde:

He leído el discurso de Núñez de Arce en la Academia, y la contestación de Valera. El primero parece escrito por el Abate Marchena, y es una serie de inocentadas y vulgaridades, indignas del talento de su autor; el segundo es cosa bien escrita y bien pensada, aunque harto escéptica y poco resuelta en las conclusiones. Valera mienta allí mi oscuro nombre, entre los defensores de la ciencia española...

La contestación de Laverde, una incitación más a la polémica. Que continúe en la misma línea de la Carta I contra Azcárate. El 1 de Junio Menéndez cuenta a Laverde el artículo de Revilla. Escribe:

Envío a usted la carta acerca de los estudios bibliográficos, para que añada y corrija en ella lo que bien le pareciere. Pero no sé si será conveniente publicar antes otra, impugnando al bueno de Revilla... Me parece que vamos entrando en harina, y me alegro de ello. Con esto se fijará algún tanto la atención del público en ciertas cuestiones.

Laverde contesta inmediato. En su carta incluye todo un bosquejo de noticias y nombres "no para que se ajuste a ellas" sino para servir de ideas. No empleados de modo completo en la Carta III, los datos que suministra Laverde irán saliendo a retazos en las demás. Y Laverde afirma

El dedicar una carta a refutar lo que dice Revilla en la *Revista Contemporánea*, me parece, no ya oportuno, sino de todo punto necesario, y creo que debe ser la primera que usted escriba...

Y, efectivamente, la Carta III aparece en la *Revista Europea*, nº 127 correspondiente a 30 de Junio. El título es de Laverde quien ha escrito a Menéndez Pelayo

A la carta ante-revillesca le puse por título *Mr. Masson, redivivo*. Usted verá si le parece bien. A tiempo está de cambiarle cuando corrija las pruebas. Al lado de Denina y Forner, como refutadores de Masson, debe ponerse en dicha epístola el nombre de Cabanilles.

La Carta es reproducida por *La España* en sus números de 31 de Agosto y 1 de Setiembre. Es periódico que reproducirá alguna más.

Curiosamente el ataque frontal va contra Revilla que se ha limitado a hacer una reseña del discurso de Núñez de Arce y no va contra éste, que es quien ha provocado la reseña. Revilla se les muestra a Laverde y Menéndez Pelayo como un krausista -lo cual ya no era correcto porque Revilla había abandonado, por así decir, viejas posiciones- por lo que debe ser el centro de ataque. De Núñez de Arce, someros apuntes:

he aquí que el eminente lírico Núñez de Arce, nombre caro a nuestras musas, al tomar asiento en la Academia Española, se acuerda de haber sido periodista y diputado *constituyente* y gobernador de Barcelona después del movimiento septembrino, y con mengua de su buen juicio y talento poderoso, ¡debilidades humanas!, nos regala un trocito de poesía *doceañista*, capaz de hacer llorar a las piedras. El Sr. Núñez de Arce es de los que para todo encuentran una explicación: la *intolerancia*. ¡Felices ellos, que así poseen la clave de nuestra historia!

Y Menéndez Pelayo, en pretendido tono irónico, indica la contradicción en aquellos que se aferran a la intolerancia como causa de la decadencia, porque bajo la intolerancia florecieron las letras españolas pero la intolerancia mató toda actividad científica. Y el párrafo que dedica a Núñez de Arce lo termina poniéndolo en semejanza con el poeta Quintana, a quien

se le parece mucho más en ideas religiosas y políticas: uno y otro se hacen insoportables cuando se acuerdan de haber pertenecido a la incorregible y rehacia estirpe *liberalesca* de comienzos del siglo presente, que se empeñó en sobrevivirse a sí misma hasta días muy cercanos.

Pero dejemos el discurso del nuevo académico, ya que con tanta brillantez le trituró su compañero el Sr. Valera (pocas veces se pudo decir con igual exactitud que ahora: *Paz a los muertos*) y hablemos algo del artículo del Sr. de la Revilla...

Tras un ataque personal un tanto incalificable contra Revilla, del cual llega a la afirmación de que

no es ya *krausista*, no es siquiera *hegeliano*, por más que tal se le creyera en algún tiempo; ha renegado de esas sectas por *reaccionarias* y *atrasadas*; hoy no gusta de *espiritualismos* e *idealismos*, según informa en el mismo artículo a que contesto; hoy tiende con toda claridad al *materialismo positivista* en crudo, y rompe lanzas en pro de la teoría darwiniana.

Y nueva lista de astrónomos, botánicos, mineralogistas, físicos... Con la acusación de antipatriotismo para todo aquél que niegue la actividad científica española. Sin embargo, hay un terreno en el que Menéndez Pelayo no se encuentra firme. Es un terreno estrictamente científico y parece que es de ciencia parece que se habla. Pero en él de poco valen los insultos personales. Es el terreno matemático. Y aquellos que han vindicado la ciencia española tampoco parecen haber aportado nombres ilustres, salvo el de Jorge Juan, un marino. No dándose por vencido, emplaza a los especialistas en ese campo a que diriman la cuestión. Afirma

Yo soy completamente extraño a tales disciplinas, y aunque conozco *de visu* los libros de muchos españoles cultivadores de las ciencias exactas, nunca he caído en la tentación de leerlos (otro tanto digo de los extranjeros y juzgo que lo propio le habrá sucedido al señor Revilla) (...) a algún docto matemático incumbe la resolución de este punto, no al señor Revilla ni a mí, meros profanos que hablamos al aire en tales materias, gracias a la manía que hoy reina de generalizar las cuestiones y confundirlo todo. *Tractent fabrilia fabri.*

Una sorprendente afirmación porque, precisamente, lo que está en el origen de las polémicas, lo que da nombre a estas, son las ciencias, su papel, lo que los españoles han hecho en ellas, su influencia en el mundo. Y el emplazamiento que hace Menéndez Pelayo a los investigadores científicos lo prolonga a los futuros investigadores porque

De sofistas y oradores de Ateneo estamos hartos en España. La generación presente se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas: faltan estudios sólidos y macizos.

Simultáneamente ha aparecido la traducción de *Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia* del americano Draper. El prólogo, de Salmerón, es reproducido en la *Revista de España* del 14 de Julio. En él, Nicolás Salmerón afirmará que durante los siglos XVI y XVII

nos quedamos adheridos y como petrificados en las viejas imposiciones dogmáticas.

A lo sumo

tuvimos voces aisladas, sin enlace ni consecuencia directa con el proceso de la edad Moderna.

Carta V: La salmerónica

La réplica a Salmerón se le presenta más difícil a Laverde que es quien, nuevamente, lo sugiere a Menéndez Pelayo en carta de 20 de Julio. El día 25 le manda este desde Santander lo que va a ser Carta V: "Prosíguese el pensamiento de las cartas anteriores". Laverde intenta que Menéndez Pelayo modifique algunos elementos:

Volviendo a su última epístola literaria no debo ocultarle el temor de que acaso, por haber sido V. discípulo suyo, sobre todo, sea de mal efecto lo recargada de colores que presenta V. la caricatura de Salmerón...

Y con fecha de 17 de Agosto, Laverde insiste:

Algunos que en La Coruña leyeron sus epístolas, alaban su condición; pero añadían: "¡esos *neos* siempre mordaces!" ¿qué dirán cuando lean la salmerónica?

En la carta V, ya en su versión definitiva, aunque mantiene el título dado, Menéndez Pelayo no cita a Salmerón. Señalará

me haré cargo, después, de las rotundas aseveraciones de otro Mr. Masson, y de primera magnitud, que ya tenemos en campaña. *Dios los cría y ellos se juntan*.

Dividida la Carta en dos partes, la primera continúa las monografías expositivo-críticas con la sugerencia de editar una revista y, si es posible, crear una Sociedad que tuvieran como único objetivo la propaganda en favor de la filosofía española "ya que existen revistas dedicadas en todo a la ciencia alemana".

La segunda parte está dedicada a refutar al nuevo Mr. Masson, a un jefe del krausismo. De quien afirma

El cual no es ningún doctrino, sino un *hierofante*, un *pontífice máximo*, un *patriarca* del krausismo, jefe reconocido, por lo menos, de una fracción o cofradía, personaje influyente y conspicuo en épocas no lejanas, varón integérrimo y severísimo, especie de Catón revolucionario, grande enemigo de la efusión de sangre, y mucho más de la lengua castellana. Todos le conocemos...

Reconoce que no va a hablar ni del traductor ni del libro sino que se va a centrar única y exclusivamente en el prólogo. Una vez más, se rehúsa adentrarse en el contenido de lo que el prologuista y autor han escrito. Sólo señalar los yerros históricos que se cometen y en las expresiones gramaticales que, como "religión positiva", le parecen inconcebibles

como si pudiera haber alguna religión negativa o como si la negación constituyese dogma.

Revilla replica Mientras, Revilla ha contestado y publicado "La filosofía española. Contestación a un artículo del señor Menéndez Pelayo", en el t. V de *Revista Contemporánea* del 15 de Agosto.

Y vuelve a mantener la absoluta falta de verdadera ciencia y verdadera filosofía españolas. En la primera no basta con tener algún nombre de segunda o tercera fila para que la nación suponga algo en el mundo científico. Hacen falta creadores de hipótesis nuevas, revolucionarias, o grandes sintetizadores y expositores. Sobre todo hace falta un ambiente para que pueda hablarse de ciencia de una nación.

En cuanto a la filosofía afirma que, efectivamente, tuvimos filósofos, pero una cosa es que haya filósofos y otra que haya filosofía... La historia de la filosofía... no es un conjunto de biografías ilustres, sino el desarrollo gradual y sistemático del pensamiento humano en el cual no influyen ni poco ni mucho los genios, por grandes que sean, si no logran darse a conocer e imponer su propio pensamiento.

Revilla plantea la problemática de a qué denominar historia. Es lo que, en el fondo, junto a la cuestión de qué entender por ciencia, se está debatiendo. Desde su concepción, el desarrollo gradual y sistemático del pensamiento humano. Y lo mismo puede decirse de la historia de las restantes disciplinas como ocurre en las ciencias, que es el tema que, realmente, estaría en el fondo de la discusión. En este sentido, vuelve a la afirmación de que no hemos tenido filosofía española

en el sentido de escuela nacional que haya ejercido verdadera influencia en el pensamiento humano

como

tampoco hemos tenido una historia científica de verdadera importancia.

Antes ha defendido a la *Revista Contemporánea*. Afirma que tan patriótico es dar a conocer las publicaciones, ideas y adelantos extranjeros como las rebuscas arqueológicas del Sr. Menéndez. Del que sólo puede explicarse su furia

teniendo en cuenta sus opiniones neocatólicas, y, siquiera por esto, no hemos de darle el gusto de contestar uno por uno sus destemplados ataques.

Segunda Ante-revillesca La contestación de Menéndez Pelayo es fulminante. Su tono polémico crece. El 27 de Agosto Laverde da cuenta de haber recibido el borrador de la epístola contra Revilla

que es contundente, y a la que pondré por título "Mr. Masson, redimuerto". Mañana mismo la revisaré e irá a Madrid en seguida...

Esta Carta, VI de las menéndez-pelayistas, aparece en el nº 135 de la *Revista Europea* el 24 de septiembre. Es reproducida en *La España* los días 28, 29, 30 de Septiembre y 2 de Octubre.

Comienza:

Mi distinguido paisano y amigo: Picó Mr. Masson en el cebo; ya le tenemos en campaña.

Y aquí Menéndez Pelayo se confiesa, en frase que ya se ha hecho tópica,

Tengo por honra grandísima el que el Sr. de la Revilla me llame *neo-católico, inquisitorial, defensor de instituciones bárbaras*, y otras lindezas. Soy *católico*, no nuevo ni viejo, sino *católico* a machamartillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil

en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna. (...) Estimo cual blasón honrosísimo para nuestra patria el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI, y comprendo, y aplaudo, y hasta bendigo la *Inquisición* como fórmula del pensamiento de *unidad* que rige y gobierna la vida nacional a través de los siglos, como hija del espíritu genuino del pueblo español, y no opresora de él...

La respuesta pretende ser 'superabundante'. Vuelven las escuelas filosóficas: lulismo, suarismo, vivismo, senequismo, averroísmo, maimonismo, y otras menores. Y lo que quizá haya que lamentar, una vez, más, es que sólo aparecen los nombres llenos de calificativos admirativos...

Y, como antes: en los terrenos científicos, en aquellos que parecen dar nombre a la polémica, solicita que los físicos, los matemáticos, biólogos... se conviertan en bibliófilos para poder decidir la importancia de los descubrimientos de nuestros clásicos en sus respectivos campos. Por en medio no se ataca únicamente a Revilla sino a toda la *Revista Contemporánea* de la que llega a asegurar

Y considero semejante Revista como empresa anti-católica, anti-nacional y anti-literaria...

Ante lo estéril de la discusión y la dureza y el tono que utiliza Menéndez Pelayo, Revilla prefiere no continuar. Se da cuenta de que, de modo efectivo, picó el cebo. Contestó y, con su nombre, ha dado paso a la amplitud de la Polémica. Será uno de los defectos que Perojo señalará a Revilla en el futuro.

Menéndez Pelayo, de alguna manera, intenta refutar la tesis de Masson: la razón conceptual, la denominada filosofía natural o matemática, hubiera provocado un cambio en el estado de la nación. Aunque, realmente, se ha centrado en la afirmación de que no hay científicos y la ha cambiado, la ha convertido, como Denina, en teólogos, jurisconsultos, filósofos, escolásticos..., pero no científicos: matemáticos, físicos, astrónomos...

Ya Laverde ha indicado que modere el tono. A lo cual Menéndez Pelayo contesta:

En cuanto a lo incisivo y mordaz de mis epístolas, creo tener disculpas por la naturaleza de la Polémica, el género de los adversarios, un si es no es ridículo que tenemos en campaña. Yo, que con un enemigo personal sería muy comedido, soy implacable con los adversarios sistemáticos y testarudos del sentido común y de la patria. En lo de Salmerón templaré algunas frases, aunque, realmente, todo lo que digo de su persona y del famoso prólogo, es duro y cruel, si bien archijustificado. Dígame usted cuáles son allí las frases más ofensivas, para modificarlas.

Revilla quiere ponerse a salvo, diciendo que no discutirá conmigo por las formas que empleo. No sé qué conducta seguirá, después de leída mi segunda carta.

Tercian los motivadores

La primera fase, la más dura de la polémica, ha concluido prácticamente. Revilla ni contesta; Salmerón, desde el exilio, tampoco. Y, sin embargo, es fase que van a cerrar quienes de alguna manera la habían provocado. Gumersindo Azcárate publica en *Revista Europea* el 5 de Noviembre un ensayo titulado "Una carta sobre la filosofía española".

Es una epístola de tono moderado, sensato, que dirige a Laverde, para quien tiene frases cariñosas. Explica el por qué de su artículo: el origen de la polémica y ciertos ataques realizados a su padre, D. Patricio Azcárate a quien defiende. Igual que a sí mismo de los "prejuicios sistemáticos" que le condenan. En cuanto a la Polémica aclara que el tiempo de decadencia hay que referirlo básicamente a los siglos XVII, XVIII y primeros del XIX. Y se alegra de que existan personas que investiguen con ardor en los terrenos de la historia de la filosofía y las ciencias españolas. En todo lo demás, mantiene lo dicho en el Origen.

Naturalmente, Laverde replica. Escribe "Contestación a la última réplica de D. Gumersindo Azcárate" y lleva fecha de 9 de Noviembre, en Lugo. Se publica en *Revista Europea*. Y se alegra del tono moderado. Y por los deseos de que tanto la ciencia como la filosofía españolas alcancen difusión y logren ser conocidos por cada vez mayor número de personas. Pero insiste en las divergencias en cuanto a la decadencia y desaparición casi total del pensamiento español en el siglo XVI y siguientes. A pesar de lo cual reconoce que, en visión global, de conjunto, sí hubo algo de decadencia.

Y con estas cartas como Addenda Menéndez Pelayo va a reunir en un libro las distintas cartas -siete en total- que ha ido publicando. El libro, con prólogo de Laverde, llevará por título **La Ciencia Española** y se editará en 1876. En ella no se incluyen, por supuesto, las cartas entre Laverde y él, los artículos de Azcárate, Núñez de Arce, Revilla, Salmerón... Sí las de Azcárate y Laverde y una nota final en la que Menéndez Pelayo indicará

Esta carta de mi amigo Laverde puede servir de cumplida respuesta, no sólo a la del Sr. Azcárate (que tuvo buen cuidado de no mentarme en la suya, él sabrá por qué: sin duda por desprecio de sectario), sino a la que apunta D. Luis Vidart...

Segunda fase: 1877

Pero la Polémica no termina aquí. Continúa en 1877. Menéndez Pelayo está de viaje de estudios por Italia. En este momento Alejandro Pidal y Mon publica en *La España Católica* dos artículos sobre las epístolas de la Polémica, realmente una crítica acerca del libro publicado por Menéndez Pelayo. En esta crítica, Pidal y Mon discrepa en algunos puntos, realmente de forma, de la filosofía vivista que Laverde hizo profesar a Menéndez Pelayo. La contrapone a la filosofía tomista, a la que considera culmen y supremo estadio de la auténtica filosofía.

Entre Menéndez Pelayo y el canovista Pidal y Mon no existen muchas divergencias. Pidal admiraba al joven santanderino. Lo que pretende hacer ver, en su segundo artículo, y para posterior rectificación, es que Menéndez Pelayo se toma demasiadas libertades frente al escolasticismo.

La amistad de los ahora aparentemente contrincantes se va a poner de manifiesto en la intervención que Pidal y Mon tuvo cerca de Cánovas para conseguir que se derogara la ley sobre edad de opositar a cátedra de Universidad y para formar un tribunal *ad hoc* para Menéndez Pelayo.

Menéndez Pelayo contesta desde Florencia haciendo ver que todas las direcciones de la "filosofía española" tienen caracteres comunes. Y trata de distinguir entre teología y filosofía tomistas. Para la primera todos sus elogios; para la segunda, su más amplio rechazo.

Ante estas aseveraciones interviene José del Perojo, desde la *Revista Contemporánea*. Ha sido él quien tradujo **La Crítica de la razón pura** de Kant y a quien, de manera indirecta, había criticado Menéndez Pelayo, como el alemanesco traductor de Kant. Había sido el fundador de la *Revista Contemporánea* y recibido, por ello, más ataques. En su comentario a los artículos de Pidal pone a Laverde y a Menéndez Pelayo "a los pies de los caballos" en expresión pelayista. Y Perojo vuelve a negar la existencia de la filosofía española y ello por la

Inquisición como causa fundamental de la decadencia de España
Y utiliza el sistema de Menéndez Pelayo, pero ahora, como Denina, invirtiendo. Cita nombres y nombres, siglo a siglo, materia a materia, de extranjeros. Los más ilustres genios

de cada rama del saber, de cada especialidad del conocimiento científico. Ningún nombre español. Junto a la Inquisición, el despotismo político y la intolerancia religiosa.

Menéndez Pelayo replica en tres epístolas. Argumentos, los mismos. La diferencia es que hay más erudición, más notas bibliográficas, más títulos y ediciones, más precursores...

Y Polémica local: Santander Todavía en 1877 Menéndez Pelayo tiene que mantener polémica en Santander, más local. Y ello contra el abogado J.A. Gabica, representante republicano del revolucionario Ruiz Zorrilla, que estaba en el exilio, como Salmerón, en París. Y Menéndez Pelayo vuelve al ataque contra los krausistas y contra Salmerón en cuya defensa ha salido Gabica recordando a Menéndez Pelayo que Salmerón está en el exilio por lo que la violencia de los ataques contra el mismo es injustificable.

Tercia Pereda quien en el fondo es el motivo y origen de los ataques al krausismo y de la polémica santanderina en sí.

Amemus Patriam! El emplazamiento hecho por Menéndez Pelayo a los científicos para ser ellos los que afirmen, con el peso de su autoridad en la materia, que sí hubo ciencia, pero bien entendido que sin que sea un factor instrumental clave para la modificación social de la nación, va a ser recogido de modo más o menos inmediato. Pero siempre con un afán vindicatorio. En el fondo no se investigará el pasado histórico por el estudio en sí, sino como auxiliar para la refutación de los progresistas, liberales, positivistas, krausistas, empiristas... La tesis previa vindicatoria se mantiene. Aunque la violencia en el tono polémico tiende a desaparecer.

Por lo pronto, Menéndez Pelayo publica entre 1887 y 1888, la tercera edición de **La Ciencia Española**, en tres volúmenes, con adición de nuevos escritos y, lo que es más importante, con una serie de notas a las Cartas. Entre ellas, hay una extensa nota a la Carta III, *Mr. Masson redivivo, Réplica a un escrito de D. Manuel de la Revilla* en la cual Menéndez Pelayo reconoce de modo explícito la ausencia de matemáticas ‘puras’ en España. Y agrega como posible explicación, que toma de Fernández de Navarrete,

en el siglo XVI, las Matemáticas puras se miraban como un estudio abstracto, de pocas o muy remotas aplicaciones. Y que en este punto la opinión no ha variado mucho, nos lo prueba el hecho tristísimo de estar desiertas nuestras Facultades de Ciencias, donde bien o

mal se profesa la ciencia por la ciencia misma, sin consideración a ningún fin ulterior... (t. I p. 97)

Más adelante insiste,

Y en España, ni entonces ni ahora (y ahora menos que entonces, porque los vicios del carácter nacional han ido creciendo, y han venido muy a menos sus virtudes) ha tenido ni tiene la ciencia desinteresada, la ciencia cuyo mayor título de nobleza está en *no servir para nada* (según la opinión del vulgo), muchos aficionados que persigan sus exquisitos y rarísimos deleites. Esta es la verdadera causa del fenómeno, sobre el cual tanto se desbarra, echando la culpa a antiguas instituciones, en vez de echárselas a nuestros defectos... (id. p. 90)

Un cambio en la postura del máximo polemista. Y un reconocimiento explícito de que los críticos tenían razón. Aunque no en las causas de esa inexistencia de matemáticas puras, inexistencia de razón conceptual y no práctica, del conocimiento científico que la misma entraña.

A la búsqueda de más nombres y bibliografías

Con la Matemática inexistente, con ausencia de ciencia pura, se puede, sin embargo, buscar un análisis de lo realizado por los españoles en este terreno, responder de alguna manera a la exigencia del primer Menéndez Pelayo.

Felipe Picatoste Así, respecto a lo que Europa debe a España, Felipe Picatoste -a quien Francisco Vera atribuye los artículos contra el discurso de Echegaray- publicará en 1887 tres gruesos volúmenes bajo la rúbrica **Estudios sobre la grandeza y decadencia de España**. El primero lo titulará **Los españoles en Italia** donde se afirma en el Libro Quinto, capítulo XIV titulado "Historia de la ciencia":

La historia de las ciencias, especialmente en España, no está escrita todavía. Francia la ha falsificado, atribuyéndose casi todos los descubrimientos en que no ha tenido con frecuencia más parte que la propagación, negando otros, o guardando incomprensible silencio sobre todos aquellos que no podía atribuirse. (p. 235)

Y más adelante

Casi todos los historiadores de las ciencias se han limitado a copiar a Montucla y Saverien. El primero cuando cita a algún español, lo que sucede rara vez, dice que no tiene tiempo para analizar sus trabajos, y suele equivocar su nombre y el título y fecha de sus obras. (*id.*)

Picatoste no entra en más cuestiones sino en la aseveración de que hay que realizar dicha historia. Pero es en el tomo III, **El siglo XVII**, donde plantea la decadencia de España. Tras admitir la misma, reconoce que no es posible señalar una sola causa de la misma ni explicar esa decadencia en sólo breves frases. Agrega

No fué sólo la Inquisición, cuando en otras naciones, incluso la misma Italia, se opuso al progreso y persiguió las ciencias mucho más que en España (...) No fué sólo el absolutismo, cuyo gobierno en el fondo tuvo mucho de paternal en España (...) No fueron sólo las guerras, que con otra organización interior hubieran podido sostenerse perfectamente (...) Fueron todas estas cosas y otras que hemos de analizar, unidas de un modo perfectamente lógico. (p. 13)

España, por una ley histórica incontestable, debía ser detenida en su camino victorioso, como todo lo que marcha fuera de su carril natural, y debía purgar las imprudencias por él cometidas (p.15)

La Historia como disciplina básica de la humanidad, con sus leyes inexorables, en línea a lo Hipólito Taine. La metáfora, la del tren: los hechos históricos, como los físicos, han de tener presente el impulso primitivo y la velocidad adquirida. Y una pequeña variación de la aguja lanza a un tren por un nuevo camino, precipitándole tal vez. Y Picatoste va a señalar que Carlos V fue el primer impulso mientras que su política fue la aguja que varió la dirección de nuestra patria equivocadamente (p. 13). Y todo el libro se dedica al estudio de la influencia de los Austrias en España, propiciadores de la decadencia de la misma. Bien entendido que se trata, ya, de una decadencia en todas las líneas y no sólo en las ciencias.

Será en 1891 cuando Picatoste publique **Apuntes para una Biblioteca científica española del siglo XVI**, premiada por la Biblioteca Nacional de Madrid. Esta obra comienza ya un período de cierto estudio crítico, valorativo, que es lo más importante. Aunque el afán vindicatorio todavía supera el estudio objetivo.

Fernández Vallín Lo mismo ocurre en 1893 con el discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias de Acisclo Fernández Vallín con el título **Cultura científica de España en el siglo XVI**. Parecería la réplica adecuada al pronunciado por Echegaray en 1866. Sin embargo, el tipo de estudio científico lo revelan frases como las siguientes:

No había en Europa, en aquella centuria, a fines de la anterior y principios de la siguiente, filósofos que superaran a los españoles, ni humanistas tan notables, ni teólogos tan consumados, ni canonistas tan insignes, ni escriturarios tan celebrados, ni místicos tan sublimes, ni historiadores tan eruditos, ni médicos tan renombrados, ni naturalistas tan sabios, ni físicos y químicos tan expertos, ni matemáticos tan conocidos en las universidades extranjeras, ni astrónomos y cosmógrafos que aventajasen a los nuestros.

Con esta serena crítica, y la cita, con más adjetivos, de muchos, innumerables nombres, se conseguía rechazar el antipatriótico aserto de Echegaray y los krausistas. El **Discurso**, traducido a los idiomas extranjeros, les haría ver la importancia de España, lo

que Europa debía a la misma. Y España volvería a ser colocada en el máximo pedestal que, por derecho propio, le correspondía.

Dos extranjeros opinan Si la polémica se centró, desde Forner, entre españoles, también opinan algunos extranjeros sobre el estado de la cultura científica española. Así, un botánico suizo, Alphonse de Candolle, en 1885, aceptando la ausencia de desarrollo en las ciencias en la Península Ibérica, señalará como causas de esa ausencia

La península española ha estado bajo un régimen de Terror, durante tres siglos, y no ha salido más que para caer en las revoluciones y reacciones casi tan horribles. Los hombres de espíritu independiente no han tenido nunca seguridad de una cierta duración.

Candolle va a aceptar las tesis de Francis Galton quien había mantenido que la Iglesia Católica había perseguido a los que eran inteligentes, honestos e independientes. Pero no se queda en eso: Candolle va a señalar cómo España, hasta 1789, ocupaba el cuarto o quinto lugar por el número de miembros o asistentes de las Academias de ciencias de París, de la Sociedad Real de Londres, de la Academia de Ciencias de Berlín. Sin embargo, desde 1829, no figura ningún español en tales instituciones científicas europeas. Lo que implica que hubo un momento en que, al menos en relación con Europa, se hacía ciencia en España, eliminada tras la guerra de la independencia y Fernando VII.

Por su lado, el Discurso de Fernández Vallín va a tener una respuesta inmediata, el mismo año de 1893. El historiador de la matemática sueco Eneström escribirá en la Revista *Biblioteca Mathematica*, especializada en esta materia:

La interesante obra de Vallín da muchas noticias, pero desgraciadamente son más bien bibliográficas que científicas; sus indicaciones son, en general, demasiado vagas, para formar idea del valor científico de estas investigaciones. Sería, pues, de desear, que esos escritos fuesen examinados por algún docto español, para tener una respuesta definitiva a la pregunta: ¿Cuáles han sido los méritos científicos de los matemáticos españoles en el siglo XVI?

Para un especialista en la materia no basta citar nombres, fechas seguidas de grandes adjetivos. No basta la fachada o la encuadernación de un libro, sino el examen de su contenido. Y este no ha sido hecho ni por los vindicadores, ni por los detractores. Es lo que pondrá de relieve la petición de un especialista en la materia, de un historiador de la Matemática como Eneström., quien exige algo más que meras referencias bibliográficas.

Pero es una petición que ya hace variar, de alguna manera, los elementos que entran en la Polémica. Lo que esta ha conseguido poner de relieve es que, de hecho, muy poco de

ciencia y de artes se debe a España. Los aportes bibliográficos de los apologistas dicen muy poco si no se hace un estudio valorativo de los mismos. Dejando a un lado las causas de esa poca existencia, un mínimo de objetividad exige que se entre a examinar lo que, mucho o poco, se tiene y tratar de establecer su valor intrínseco.

Y, de nuevo, Menéndez Pelayo El Discurso de Fernández Vallín va a propiciar que Menéndez Pelayo retome parte en la Polémica. En *La España Moderna* le han pedido que haga una "Revista crítica" de lo que se va publicando pero Menéndez Pelayo, que se encuentra en Italia en esos momentos, se niega a tal labor. En su justificación, sin embargo, envía un ensayo a la Revista, publicado en 1894 con el título "Esplendor y decadencia de la cultura científica española". Aprovecha el motivo para atacar de manera indirecta, sin citarle, a Manuel de la Revilla que lo había ido haciendo en *La Revista contemporánea*.

Y no puede evitar hacer una crítica al Discurso de Fernández Vallín: sorprendente porque es ahora Menéndez Pelayo el que adopta la postura de Revilla cuando el Discurso de Núñez de Arce: no le parece apropiado el lugar ni el tono. Y más aún: manifiesta un cambio de actitud radical en cuanto al aspecto vindicatorio. Algo en lo que insiste en las notas de la Tercera edición de **La Ciencia Española** donde explícitamente reconoce que, en el fondo, no ha habido ciencia española aunque no entre en la causa de esa ausencia. En sus palabras

Pero es cierto que esta historia, tomada en conjunto, sobre todo después de la edad Media y de los grandes días del siglo XVI, está muy lejos de lograr la importancia ni el carácter de unidad y grandeza que tiene la historia de nuestro arte, de nuestra literatura, de nuestra teología y filosofía. Por el contrario, la historia de nuestras ciencias exactas y experimentales, tal como las conocemos ahora, tiene mucho de dislocada y fragmentaria, los puntos brillantes de que está sembrada aparecen separados por largos intervalos de oscuridad, lo que principalmente se nota es falta de continuidad en los esfuerzos, hay mucho trabajo perdido, mucha invención a medias, mucho conato que resulta estéril, porque nadie se cuida de continuarle, y una especie de falta de memoria nacional que hunda en la oscuridad inmediatamente al científico y a su obra. (t. II, p. 434)

Y como no conoce las causas, plantea como problema una búsqueda de las mismas, problema que

hasta ahora no ha sido ni medio resuelto y, sin embargo, urge resolverlo. Pero por más soluciones que discurro no encuentro ninguna que totalmente me satisfaga (id.)

Menéndez Pelayo, aquí, va a dar paso a un tópico y a una exigencia sorprendente

en este país de idealistas, de místicos, de caballeros andantes, lo que ha florecido siempre con más pujanza no es la ciencia pura (de las exactas y naturales hablo), sino sus aplicaciones prácticas y en cierto modo utilitarias

y por ello

hay que empezar por convencer a los españoles de la sublime utilidad de la ciencia inútil (id.)

Palabras en las que resuenan las de Echegaray tantos años antes. Y lo que hay de más sorprendente, desde mi punto de vista. Menéndez Pelayo reconoce que es imposible hablar de químicos españoles como adelantados cuando la Química se inicia con Lavoisier, con Davy, con Berzelius en los primeros años del siglo XIX, y ello gracias a la pila de Volta y la electrolisis. Y de aquí que sea imposible poder entrar en polémica en este terreno. Y lo hace extensivo a la Física...

Sorprendente porque es la admisión de que la ciencia también tiene una evolución y surge en unos momentos y tiene, por ello, una historia. Hasta ese momento todos los que han estado inmersos en la polémica parecían ver el pensamiento científico y el literario como algo estático, con sus altibajos, ciertamente, pero sin evolución alguna. Se hablaba de historia y de ciencia como algo permanente, de conocimientos adquiridos ya para siempre, sin posible evolución sino, en todo caso, desarrollos. Ahora, Menéndez Pelayo se pasa al cuadro propio del siglo XIX: el cuadro del evolucionismo de los sistemas dinámicos. Y esto supone, realmente, una auténtica novedad: Menéndez Pelayo, al menos, se ha europeizado...

Tercera Fase: 1896-97, intervienen científicos

La Polémica de la Ciencia Española no ha terminado. Pero ahora el giro ya iniciado por Menéndez Pelayo en su Tercera edición, las obras de Picatoste, de Vallín a pesar suyo, de algunos otros, hace que se acepte que la ciencia española, en general, no puede compararse con la realizada en el extranjero. Lo cual no significa que no exista tal ciencia, al menos en algunos momentos. Es lo que había puesto de relieve el trabajo de Candolle, por ejemplo. Y que posiciones como las de Echegaray y los matemáticos de su generación, negando todo lo anterior, implican una posición no muy correcta: suponen que todo lo que se haga es cosa de ellos. Y la ruptura con el pasado no es siempre la línea más ventajosa para la realización de la ciencia.

Pero se plantea un problema: los científicos, en general, no son historiadores. Y la Polémica de la ciencia española exige de ellos para que den cuenta del pasado. De aquí que, en un primer momento, los científicos que van a intervenir en los entornos de 1896 seguirán

buscando causas del decaimiento, del poco cultivo de la ciencia en España. Con unas diferencias: ya son científicos formados en las Escuelas de Ingenieros, en las Facultades creadas desde los planes de Gil de Zárate y bajo la Ley Moyano que se han logrado mantener con sus más o menos altibajos.

Como científicos han aceptado el cuadro mental propio del siglo XIX y que no es otro que el evolucionismo, en el que se habla de especies -y en lo social de naciones-, de razas, de medio ambiente, del papel del individuo en el interior de esa especie... Y saben del papel que la enseñanza tiene en la formación del científico, de la necesidad de su incorporación a una determinada comunidad científica. Y contemplan la Polémica de la Ciencia como algo marginado, una polémica que, de modo efectivo, ha asegurado la decadencia y nulidad de la ciencia española. Decadencia o inexistencia a la que hay que poner remedio impulsando la enseñanza, los intercambios con científicos de otros países, regenerando de alguna manera la actividad científica existente. Regeneración que pasará por el estudio previo de las causas para, así, intentar remediarlas.

Y es un término el de regeneración que, unido a la noción de evolucionismo que se acepta como una tesis de hecho, se hará tópico y no solo entre quienes intenten fomentar y desarrollar las ciencias en España, sino toda la vida social y económica de la misma.

José R. Carracito En particular José R. Carracido, que ganaría la Cátedra de Química Orgánica en la Facultad de Farmacia de Madrid en 1881, y sería Rector de la Universidad Central en 1918, va a exclamar, en el Discurso de apertura del curso 1887-88:

Es indispensable que en los cimientos de nuestra regeneración científica se sepulsen muchas inteligencias y voluntades antes de formar la raza en la cual se hayan encarnado las aptitudes psicofísicas que honren con sus brillantes producciones científicas la generosa abnegación de sus modestos predecesores.

Insistirá en conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el 6 de abril de 1896 que titula "Condiciones de España para el cultivo de las ciencias". En ella reconoce la inexistencia de ciencia española, la radical decadencia y postración de España a partir del siglo XVI con la llegada de los Austria. Pide, exige, una regeneración no solo de la ciencia sino de todo el pueblo español. Pero ahora los términos no son ya individuales sino de nación y de la evolución propia de la misma. Carracido indicará que cada nación tiene una forma propia de hacer ciencia porque

La vida científica no puede desligarse del medio histórico, sociológico y geográfico, porque su influjo alcanza con poder inexorable a todas las manifestaciones del espíritu, conformándolas harmónicamente para que el principio de adaptación no se infrinja (p. 14)

De aquí que toda nación exige adaptarse a un medio, ahora el científico. Esa adaptación exige tiempo y sacrificio. España es una nación que quedó marginada a la riquísima producción intelectual que se produjo en la centuria del XVII, de la que "apenas fuimos espectadores". Y no basta importar, sin más, esa ciencia como se intentó en los tiempos de Carlos III y de su sucesor:

Este conato de vida científica, no siendo término natural y forzoso de una serie evolutiva, sino producto repentino y artificialmente cultivado por solícitas atenciones de los elementos oficiales, sólo hubiera podido consolidarse perseverando aquellas largo tiempo para que sus raíces se extendieran y afianzaran en las capas del sedimento histórico constituidas por los esfuerzos acumulados de varias generaciones. (p. 31)

Hay que modificar las condiciones del medio ambiente porque, de lo contrario

si este no existe porque nuestros predecesores no los legaron, resulta la fatal sentencia de vivir condenados para siempre a la esterilidad en las ciencias matemáticas y experimentales. (p. 34)

Carracido acepta

Según la doctrina más aceptada por los modernos tratadistas, considéranse las sociedades como organismos de orden jerárquico muy superior a los individuos, pero regidos unos y otros, a pesar de sus diferencias, por idénticas leyes evolutivas (p. 34)

Como el órgano es consecuencia de la función, la primera necesidad del cultivo científico es preparar el medio social, dotando de recursos a los científicos y tratando de crear un ambiente favorable para que puedan trabajar. Y aquí Carracido reconoce el hecho de que la obra del científico carece de la aureola de la popularidad, aureola que sí tiene la obra del literato, del artista, del

actor en los debates parlamentarios o interviene con arte en el manejo de las pasiones políticas (p. 38)

Y pide y exige de la colaboración del medio social para que esto no ocurra. Podrá el científico hacer su obra, si hay, al menos, noticia de la misma, difusión en ese medio social. Medio social más clave que el factor étnico que se le muestra secundario para la realización de la ciencia frente a la consideración de Renan para quien los pueblos semitas tienen, entre otros caracteres los de ausencia de cultura filosófica y científica.

Ramón y Cajal En la misma línea, la figura central de Ramón y Cajal. Respecto a la Polémica de la Ciencia española comentaría

En cuanto a mi humilde opinión, formada después de pesar serenamente los alegatos de entrambas escuelas, coincide casi completamente con el juicio de un escritor francés imparcial de nuestros días. Dusolier, que siguió con interés los incidentes de la famosa controversia, afirma: "Contrariamente a los asertos, demasiado modestos o demasiado desdeñosos, de la escuela krausista, creemos que ha existido, en efecto, una ciencia y una filosofía españolas; pero pensamos también que todo el talento de Menéndez Pelayo no basta para probar que esta filosofía y esta ciencia sean muy importantes".

Una ciencia y una filosofía no muy importantes. Pero, como científico, y al igual que a Carracido, a Ramón y Cajal le preocupa no el pasado sino el porvenir de la ciencia en España. Y, como Carracido, acepta las tesis de los Ilustrados de que

La posteridad duradera de las naciones es obra de la ciencia y de sus múltiples aplicaciones al fomento de la vida y de los intereses materiales.

Son palabras de su Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales leído el 5 de Diciembre de 1897 y costeado por el doctor Lluria. Un discurso que se convertirá en el libro **Los tónicos de la voluntad. Reglas y consejos sobre investigación científica**, cuya segunda edición aparecerá, muy modificada, en diciembre de 1898. mientras que la tercera aparecerá en 1912, bastante más ampliada. Las palabras citadas van bajo un titulillo: "Nuestro atraso científico y sus causas pretendidas...".

Con este punto de partida, para Cajal corresponde al Estado estimular y promover la cultura, desarrollar una política científica.

Pero también entra, en aras de imparcialidad, en el problema que han abordado todos nuestros grandes escritores en los últimos tiempos. Y se pregunta:

¿Es exacto que, en orden a la filosofía y a la ciencia, hemos decaído verdaderamente? Como productores de civilización en su más amplio sentido ¿es lícito afirmar que hemos degenerado con relación a nuestros antepasados de los siglos XVI y XVII?

Ramón y Cajal indicará que *resurgir*, *renacer*, *regenerarse* son procesos dinámicos que implican estados previos de agotamiento, decadencia o regresión. Y establecerá una serie de tesis como:

- . España es un país intelectualmente atrasado, no decadente
- . España no es un pueblo degenerado, sino ineducado

Y Cajal pasa revista a las distintas hipótesis de nuestra postración política y social ya que señalar las causas de nuestra insuficiencia vale tanto como mostrar sus remedios. Tesis de causalismo determinista típica del positivismo científico. Entre las teorías mencionará la térmica y la oligohídrica como teorías físicas mientras que en las teorías

político-morales apuntará la económico-política, el fanatismo religioso, el orgullo y arrogancia españoles, segregación intelectual...

Y el remedio, para Cajal

Porque, lo hemos proclamado mil veces y lo repetiremos otras mil, España no saldrá de su abatimiento mental mientras no reemplace las viejas cabezas de sus profesores (Universidades, Institutos, Escuelas especiales), orientadas hacia el pasado, por otras nuevas orientadas al porvenir...

El remedio, la educación, no sólo la del científico, y, en ella, el dominio de la voluntad más que del entendimiento...

Comás Solá Si Carracido es químico, Cajal histólogo, puede citarse la figura del astrónomo Comás Solá quien en 1894 realiza el mapa de Marte. En 1899 se plantea el problema de nuestra regeneración, es decir, nuestra *generación* intelectual y trabajadora. Va en la misma línea que antes Carracido. Afirmará en "Nuestra decadencia", artículo publicado en *La Vanguardia* el 28 de Noviembre y en el que realmente se acoge a la misma posición que Silvela en su artículo "Sin pulso", y limitándose únicamente al siglo XIX,

Una nación sin Ciencia es una nación muerta. Pásese revista a los autores de los descubrimientos capitales que honran el siglo XIX: no se encontrará entre ellos apenas a un español, a ningún turco, a ningún chino, a ningún marroquí. Por eso España, Turquía, la China y Marruecos se las van repartiendo las naciones poderosas. Sólo la inteligencia y la actividad dan derecho a la vida.

Y, como Carracido, apuntará el desdén que las ciencias tienen en España

parece entre nosotros que la única ostentación intelectual es el arte y la literatura.

Cuarta Fase: 1912-13

Se puede afirmar que, realmente, la Polémica de la Ciencia española presenta una Cuarta fase en los años 1912-13. A la muerte de Menéndez Pelayo, la revista *Por esos mundos* de Madrid le dedica un homenaje en el mes de Mayo, pp. 594-611.

Y no se le ocurre más que reproducir el artículo de Perojo, fundador de la Revista, y los de contestación de Menéndez Pelayo. Lo titulan

Una polémica entre don Marcelino Menéndez Pelayo y D. José del Perojo. El papel de España en la historia de la filosofía y de las ciencias.

E.H.V. firma la entradilla justificadora. Recuerda a los dos autores y a Revilla. Después:

La polémica en que los dos se enzarzaron es el eterno debate que lleva la historia de España, y que no ha terminado aún, ni llevará camino de terminar mientras en los jóvenes cerebros

españoles no se sustituya radicalmente la educación metafísica por el espíritu científico de observación, a que prestan espléndido campo las ciencias físicas.

En realidad pensadores de la derecha y pensadores de la izquierda ofrecen en la España contemporánea una misma forma mental. Solamente las direcciones son opuestas. Pero como la lucha se entabló con las mismas armas, se ha ido eternizando.

De modo inmediato, nueva polémica. Ramiro de Maeztu toma parte publicando varios artículos en *Nuevo Mundo*. La Revista iniciadora publica toda una serie de artículos en los números siguientes. En Noviembre destaca uno, de Juan José Calomarde titulado "Las Ciencias en España", pp. 626-629.

Puntualiza Calomarde en su artículo las teorías de uno y otro bando. No acusa, de modo exclusivo, a la Inquisición. Afirma

Y el resultado de tal discusión es un convencimiento pleno de que no existió ciencia española.

Y lo mismo dice refiriéndose a la filosofía, y todo ello pese a los verdaderos esfuerzos de Menéndez Pelayo para demostrar lo contrario. Y termina

Y ya en la parte de mayor interés de esta Polémica, es decir, convencidos de que ni hubo ciencia española, ni aun puede decirse que la hay, y en la obligación que todos tenemos de fomentarla como único medio de que progrese nuestro país...

Se ha vuelto a las tesis de los Ilustrados: es la ciencia y las innovaciones técnicas que conllevan el motor de las actividades humanas, el motor del progreso y desarrollo materiales de las naciones. Y España no ha tenido parte alguna en ello, y de ahí su atraso, su anterior decadencia o, en términos de Cajal, su postración.

Rey Pastor interviene Pero el remate final para las aseveraciones de Menéndez Pelayo, y siguiendo las recomendaciones de Eneström, las va a dar Rey Pastor. Es un especialista en la materia. En la Universidad de Oviedo le corresponde inaugurar el curso académico 1913-1914. Ausente de España por encontrarse en Alemania, leerá el discurso, en nombre del riojano, Rogelio Masip.

El tono de la polémica, de los estudios de lo que ha contribuido España a Europa, varía sustancialmente. Rey Pastor estudia "Los matemáticos españoles del siglo XVI". Expone

No emitiré opiniones... expondré hechos...

Rey Pastor se centra en los matemáticos del siglo XVI, del siglo del cual todos, vindicadores y críticos, parecen estar de acuerdo en ser el de mayor desarrollo de la ciencia

española. Es el siglo de oro por excelencia del que posteriormente se producirá la decadencia. Y Rey Pastor estudia la obra de Sánchez Ciruelo y Martínez Silíceo, pondera el mérito de Juan de Ortega para aproximar raíces cuadradas como reducidas sucesivas de la solución expresada como fracción continua; analiza la acotación de serie de Álvaro Tomás... A la vez, va relacionando esta labor con los conocimientos que se tenían en la época.

Y tras un examen detenido de cada uno de los autores matemáticos considerados más famosos del siglo XVI, examen del contenido y no de los títulos, concluye

España no ha tenido nunca una cultura matemática moderna

Con una puntualización en cuanto al término cultura ‘moderna’:

Se refiere a los siglos que inaugura el renacimiento.

Al menos los matemáticos comienzan una labor crítica, objetiva en cuanto a su disciplina. Pero ya no se entra a discutir la tesis de Masson: se la da por supuesta. Es el desarrollo científico y las innovaciones técnicas el que conlleva el motor básico del progreso de las naciones. Un progreso no sólo material, sino también intelectual. Ello exige, evidentemente, un medio social adecuado con intercambios científicos, con publicaciones, con centros de investigación.

En ese intento de regeneración o de consolidación de lo que ya va siendo una incipiente cultura científica en España, se tiene la plasmación de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, la creación el 5 de Abril de 1911 de la Sociedad Matemática Española que va a tener como órgano expresivo la Revista de la Sociedad que desde 1919 será la *Revista Matemática Hispano-Americana* y en la cual una sección se dedicará al estudio de la historia de la disciplina, con recuperación de textos, biografías, discusión de los contenidos de los trabajos matemáticos... Y la aparición en Congresos Internacionales como en el de Cambridge en 1912 al que asiste una delegación española con 25 miembros que culmina con la edición de las **Memorias** presentadas a dicho Congreso en la sección de enseñanza reunidas por M.C.J.R. –el matemático Cecilio Jiménez Rueda–...

En este ámbito también interviene algún joven filósofo, al que ya he citado como Ortega y Gasset. Para quien se hace problema el ser de España y, en unos primeros

momentos va a indicar la necesidad de la ciencia como motor de las naciones, en particular de España aunque más bien se incline por el desarrollo de la técnica...

Y, continuación: 1953

Han pasado años. Alejados de la Ciencia, en círculos literarios y políticos se ha seguido hablando de la decadencia de España, del problema España... Como posibles soluciones a ese atraso, europeizar España o, por contrapartida, españolizar Europa. Es el tercer punto señalado por Masson de Morvilliers y que se ha mantenido subyacente en la cultura española: la de si Europa comienza, realmente, en los Pirineos.

Y ha habido una vuelta a ese lenguaje retórico que apuntara Menéndez Pelayo de un país de idealistas, místicos, caballeros andantes... Y Menéndez Pidal crea la figura de El Cid, Américo Castro y Sánchez Albornoz se enzarzan en otra polémica, se hace resurgir la figura del caballero de la Triste Figura, se hace tema el paisaje de España... Y se habla del 'desastre', con resonancia para la generación que pareció surgir de ese desastre, la llamada "generación del 98", de escritores y artistas básicamente.

Pero algunos también hicieron ciencia. Hasta recibieron el Premio Nobel, como Cajal en 1906, o como ingenieros realizaron trabajos como el diseño del Puente del Niágara, máquinas de computación, construcciones arquitectónicas de primer orden... Eran científicos, ingenieros, arquitectos..., no literatos, artistas o políticos. Y la distinción realizada por Revilla, luego mantenida por Menéndez Pelayo, afirmada por Carracido, vuelve a planear, más mitigada, en 1953, vuelve a planear hoy radicalmente postulada de una separación entre las ciencias y las humanidades y que, incluso, se ha llevado a la práctica en los planes de nuestra actual enseñanza media.

En 1953 Rey Pastor publica el 25 de Marzo un artículo en el periódico *ABC* con el título "Torres Quevedo y el 98". Responde, en cierta manera, al libro de Laín Entralgo sobre "la generación del 98", a la edición, ya definitiva, de **La Ciencia Española** de Menéndez Pelayo en el CSIC en 3 vols. como parte de sus **Obras Completas**, a la jubilación de Ortega y Gasset de su cátedra. Y Rey Pastor levanta bandera por *El otro 98*. Una generación, la del 98, a la que pertenecen aquellos

españoles eximios (que) habían puesto el dedo en la llaga, sin posturas literarias, sin virulencias, ni alharacas, pero con entera puntería. Se llamaban Santiago Ramón y Cajal, Eduardo Hinojosa, Leonardo Torres Quevedo, Marcelino Menéndez Pelayo.

Rey Pastor hace una llamada, una apuesta por esa generación, la auténtica, del 98, la científica. La única que intentó sacar a España del atraso material en el que se encontraba. Rey Pastor la contrapondrá a la que en los medios de difusión se denomina "generación del 98" y que es la del atraso, la del tradicionalismo casticista opuesto a todo progreso. Una generación representada por Unamuno quien no sólo había exclamado !Que inventen ellos!, sino que, con mayor inteligencia, había denostado la ciencia y su papel en obras como **Amor y pedagogía**, en ensayos irónicos como el **Tratado de papirología**... Y Rey Pastor, retomando la tesis de que sólo la ciencia permite el desarrollo de un país, su progreso, su avance, escribirá

En oposición a la España introvertida, que deseaba Unamuno, poblada de faquires acurrucados al sol y derviches hirsutos de báculo rascador, consagrados a meditar sobre el enigma de la muerte, surgió una generación vigorosa y optimista, extrovertida hacia la alegría de la vida, que se propuso reanimar a la madre moribunda con el ambicioso plan de reanudar la Historia por nuevo rumbo y hacia nueva meta, antípoda de la señalada por Unamuno. Repudiando, por indigno, el '!Que inventen ellos para aprovecharnos nosotros!', trabajaron con tesón hasta lograr el ingreso de España en la comunión internacional de la ciencia, y esta generación, a la que pertenecemos cuantos laboramos en la tarea común, esta auténtica generación del 98, que tuvo por mentor y ejemplo a José Ortega y Gasset, al retirarse ahora de la cátedra que tanto honró, le expresa su gratitud, a la que debería unirse la de todo el mundo hispánico, a la par que conmemoramos el centenario de los tres videntes coetáneos, que a todos nos trazaron meta y rumbo: Cajal, Hinojosa y Torres Quevedo.

Para Rey Pastor, matemático, solo un país en el que se aprecia el trabajo de los científicos y no solo de literatos y artistas será un país auténticamente culto y civilizado. Y para ello, cuando se habla de generaciones, debe hablarse, también, de quienes hacen ciencia. Y es lo que nunca se hizo ni se hace en España.

La respuesta, el 5 de Mayo, también en *ABC*, se titula *Buscando lo que nos une. Carta abierta a un matemático insigne* y la firma Pedro Laín Entralgo. Reconoce que en el artículo de Rey Pastor late algo muy profundo como la

convivencia entre los literatos y los hombres de ciencia, entre los aficionados a Unamuno y los detractores de Unamuno, entre los universalistas y los casticistas, entre los resueltos a la originalidad y los temerosos de ella.

Y trata de responder a las cuatro cuestiones que laten en el artículo de Rey Pastor: Qué sea una generación; si lo que se ha denominado "generación del 98" lo es, verdaderamente; cuáles son sus componentes; estimación respecto a la obra de tales componentes.

Claramente, el desacuerdo es total. Pero si esto se puede estimar como cuestiones académicas, Laín Entralgo pasa al terreno unamuniano. Y aunque como católico discrepe del catolicismo de Unamuno, Laín hace una defensa apasionada del mismo y pide que en la discrepancia no se trate de expulsar su recuerdo a las tinieblas exteriores del país.

Laín pasa a tratar de aquello que puede unirle a un científico como Rey Pastor: hacer ciencia, pero de calidad. Como la hicieron Cajal, Menéndez Pelayo, Hinojosa, Torres Quevedo, como la ha hecho Rey Pastor. Es, quizá, lo más importante y deseable, sin seguir con más polémicas, estériles. Y aunque él no sea científico, tratará de dar cumplimiento de las obras ajenas:

Y así -cada uno en lo suyo- el otro, y el otro.

Laín no ha respondido, en el fondo, al problema real al que se dirigía Rey Pastor: las relaciones entre las ciencias y la literatura o lo que se denominan humanidades, relación que podría crear un ambiente cultural como el exigido por Carracido, por Comás, por Cajal, por todos los científicos. Ambiente clave para el arraigo y el cultivo de la ciencia en una nación. Y ahora ya no se trata de polémicas acerca de la causa de unos posibles atrasos, decadencias o atonías: se trata de una preocupación por el papel que la ciencia puede tener en lo social. Admitido, ya, que también en España y a pesar de todas las dificultades, puede elaborarse ciencia y crear innovaciones técnicas.

A Rey Pastor le duele, como matemático, que al hablar de una generación se olviden, precisamente, los nombres y obra de quienes hacen ciencia y sólo se admire a quienes, como Unamuno, se enfrentan a la misma: que sólo se estime lo literario o lo artístico, no lo más profundo de la razón humana, la razón conceptual. Y no es la primera vez que ha ocurrido esto en España. Pero, como dijo Echegaray en 1866, si un pueblo

no ama la ciencia pura y con ella fortifica su razón, caerá fatalmente en vergonzoso embrutecimiento, y desdeñado por todos, extraño a la vida del pensamiento, sufrirá la pena del olvido, triste muerte de todo pueblo que no ha sabido conquistar su inmortalidad en la historia.

Porque se ha aceptado, después de tanta discusión un tanta vana, que la ciencia va ligada a transformación civilizadora, a lo que Baroja calificara de revolución. Y cito precisamente a un escritor, a un novelista de esa Generación del 98 que olvida a sus compañeros científicos; en una conferencia pronunciada por Pío Baroja en la Casa del Pueblo de Barcelona el 25 de marzo de 1910, menciono las palabras siguientes:

El nacionalismo, liberal o no, es la Historia; el radicalismo debe aspirar a ser la ciencia.

La Historia en la política es traidora; la ciencia, no; la ciencia es honrada, humana, internacional. La ciencia nos une a todos los hombres; la Historia nos quiere separar por casta, por categorías rancias. Hay que dejar la Historia...

Hoy, al lado del sabio, no está el sacerdote, ni el guerrero; hoy, al lado del sabio, marcha junto a él, muchas veces delante de él, el revolucionario...

En la esfera religiosa, en la esfera moral, en la social, todo puede ser mentira; nuestras verdades filosóficas y éticas pueden ser imaginaciones de una humanidad de cerebro enloquecido. La única verdad, la única seguridad es la de la ciencia, y a ésta tenemos que ir con una fe de ojos abiertos... (O.C. t. V pp. 534-535)

PERO, ¿QUÉ SE HA DEBATIDO, EN EL FONDO, EN LAS POLÉMICAS?

He tratado de exponer las distintas Polémicas de la Ciencia española. Polémicas que subtienden toda la cultura española pero en las cuales de lo que no se habla realmente es de Ciencia. Eso es secundario. De lo que se trata, tras la pregunta por lo que se debe a España, es de la decadencia, el subdesarrollo, la diferencia con Europa... y, sobre todo, del papel de la intolerancia religiosa, el papel de la Iglesia católica a través de los años, de los siglos, que ha atenazado a España. Temas que no son propios de una u otra generación sino que, repito, subtiende todo el panorama español desde el siglo XVII...

Y debo insistir en lo que dije al principio. Sólo a partir de 1913, con la intervención de los científicos, comienza a analizarse, a criticarse el papel real de los textos científicos, de su contenido.

Hasta ese momento la ciencia es un ente secundario: lo que se discute es el hecho de que solo las naciones que han propiciado y potenciado las ciencias naturales han progresado materialmente. La ciencia es la revolución, la transformación. Pero una transformación dinámica y que conlleva la verdad, no la posible duda, el engaño. Y son las palabras que he mencionado de un escritor, precisamente: Pío Baroja en 1910.

Aquí está uno de los grandes problemas: el progreso 'material' como elemento de civilización frente a lo que algunos consideran estado 'natural' y espiritual. Y si ese progreso viene posibilitado o impedido por unos gobiernos ligados o independientes a un cierto tipo de religión.

Las revistas y los diarios en las que reflejaron sus puntos de vista los distintos contendientes solo reflejan el espíritu de la circunstancia ambiental en que se movía España. La historia de las Polémicas resulta ser un trozo de nuestra historia contemporánea y un trozo de nuestra historia periodística.

En cuanto al fondo, podemos repetir, una vez más, Es la imagen de una escisión permanente de España, símbolo de todas las luchas civiles de nuestra historia contemporánea.

Introducción	2
Las Primeras Polémicas	7
1. Antecedentes	7
2. <i>La Primera Polémica</i>	9
Masson de Morvilliers	10
3. Siglo XIX: <i>Segunda Polémica</i>	16
Un Matemático: Echegaray	17
1876: Los entornos de la Polémica de la Ciencia Española	24
Situación social	24
Instrucción Pública: Leyes, reformas, depuraciones...	37
Figuras representativas y el Cuarto poder	46
<u>La</u> Polémica de la Ciencia Española	63
<i>Primera fase: 1876</i>	65
Tercian los motivadores	76
<i>Segunda fase: 1877</i>	77
Amemus Patriam!	78
A la búsqueda de más nombres y bibliografía	79
<i>Tercera fase: 1896-97, intervienen científicos</i>	83
<i>Cuarta fase: 1912-13</i>	87
<i>Y continuación: 1953</i>	90
Pero, ¿qué se ha debatido, en el fondo, en las Polémicas?	94